



Mariano José de Larra

## **Obras inéditas**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Mariano José de Larra**

## **Obras inéditas**

(Fígaro)

Teatros

Un procurador o La intriga honrada

Comedia nueva

Dos cosas estamos esperando siempre para escribir en cuanto a redactores del ramo de teatros: la primera que los señores procuradores y próceres (las cosas por su orden), que los señores procuradores y próceres que llenan nuestras columnas, de paso que tratan de llenar las esperanzas de los españoles, nos dejen meter baza y hablar en nuestra propia casa. La segunda, que la nueva dirección nos dé alguna función buena donde podamos una vez siquiera tributarle algún elogio, haciendo la vista gorda sobre esas parvedades de materia con que entretiene malamente el apetito de los aficionados al arte, si alguno queda. Pero cansados de esperar nos lanzamos a hablar: está visto que los primeros no escupen, y que la función buena corre parejas con el fin de la guerra civil. Por más que se muden empresas y direcciones, la dificultad sigue en pie: La Trinidad se pasa y Malboroug no viene ya.

Entretanto, pues, que la empresa se porte bien, hablemos nosotros mal, y cumplamos con nuestro deber, siquiera por distinguirnos de los más.

El título prometía Un procurador, y al lado de un procurador, en un mismo cartel, La intriga honrada. Ha dicho Fontenelle: voilà des mots, qui jurent de se trouver ensemble, cita que no va en manera alguna con el adjetivo honrada, sino con el sustantivo intriga. Empezaremos por advertir que no tratamos de ofender a nadie, y si no fuera por detenernos, daríamos principio haciendo nuestra profesión de fe, como es costumbre, a pesar de haberla ya hecho otras quinientas veces; pero costumbre indispensable desde que la profesión de fe viene a ser el principio de todo discurso, más que en él no se discurra, como el sombrero es el principio de toda persona que lo gasta, empezando a contar por arriba. Y para que con nuestra profesión de fe quedase probado que no queríamos ofender a nadie, diríamos en ella que hemos emigrado (en cuanto a que hemos viajado), y que hemos vuelto, que nuestros antecedentes políticos son los más inocentes del mundo, pues en cuanto a Fígaro, el mayor exceso que hemos cometido ha sido hacer la barba más o menos blandamente a nuestros parroquianos, y eso sin dolor, de nosotros por supuesto: y no se nos diga que los hemos desollado, que para eso los hemos afeitado de balde; y concluiremos diciendo, que no habiendo hecho en toda nuestra vida sino murmurar, seríamos siempre consecuentes con nuestros precedentes. ¿Qué más se nos pudiera pedir?

Pero en atención a que por el proyecto de ley electoral, ya aprobado, no tenemos ni en cuanto a poetas ni en cuanto a rapistas profesión conocida; en atención a que nuestra fe allá

se va con nuestra profesión, visto que no tenemos fe en ninguna profesión, y que hacemos profesión de no tener nunca fe, no queremos hacer hoy nuestra profesión de fe.

¿Nos habrán entendido nuestros lectores? Probablemente no: convenimos en que hubiera sido difícil, la verdad es que no queríamos decir nada; no sabemos por tanto si por casualidad hemos dicho algo. Pero si no nos han entendido, sepan que eso mismo nos sucede a nosotros todos los días con todo el mundo, y cuidado que oímos gente: y no por eso nos desesperamos. En conclusión, nos parece que no podemos ser más explícitos.

Y como ya estamos casi al fin de nuestro discurso, vamos a entrar con franqueza en la cuestión. Empezaremos por declarar a la faz de la Europa, que nos mira, sólo que no nos ve, y aun de la América, que ni nos ve ni nos mira, pero que nos siente, que no entraremos de lleno en la cuestión del juicio de esta comedia por varias razones: primera, porque no habiéndose seguido echando, nadie sino nosotros en este momento se acuerda de ella: ha caído en desuso: tiene contra sí la experiencia; segunda, porque ya nuestros dignos colegas los demás periodistas han iluminado la materia con sus eruditos juicios, como lo tienen de costumbre.

Nuestra intención al tomar la pluma no ha sido otra que la de decir que el título prometía, si bien nos chocaba, aun en el título, como llevamos dicho, aquello de ver juntos una intriga y un procurador, que por honrados y grandes que sean una y otros, nunca admitiremos la posibilidad de que quepa una intriga en un procurador, ni un procurador en una intriga. Esto sólo se ve, sólo se puede sufrir en las comedias: son utopías.

Pero es lo peor que ésta, como otras muchas, es cuestión de nombre, porque en el fondo de la comedia de que estamos hablando, aunque sin decir nada de ellos, como es costumbre de periodistas y oradores, ni había más procurador que uno de la curia, ni la intriga suficiente para la comedia misma.

La cosa desde luego no era española, en lo cual se parecía a las demás cosas que hay en España, sino francesa; porque eso sí, intervención, parece que no hay diablos que la traigan de allá, pero comedias y contrabando... Pues vean ustedes lo qué es, y cómo será esta comedia: preferimos el contrabando. Luego, está acomodada a nuestra escena con el mismo tino con que se aplican las cosas todas que de aquellos benditos países tomamos.

El argumento es cosa sencilla: un procurador que quiere dar un padre y una madre a un muchacho de esperanzas, y para eso casa por fuerza un viejo y una vieja; viva representación por cierto del ministerio Martínez, casando el Estatuto con la España, dos cosas viejas, para que legitimen la revolución, muchacho que promete.

La comedia, sin embargo de esa malicia que nosotros le encontramos, y de la cual el autor que la escribió hace cuarenta años no tiene la culpa, ni gustó ni petó. Experimentó la suerte de un ministerio nuevo; a lo cual añadiremos que tuvo que ceder el puesto a otras comedias, y desaparecer: fin y paradero que pudiera igualmente tener esta otra comedia más seria, de la cual aunque vemos ya seis personajes, no acertamos a ver siquiera un acto, desde que está levantado el telón, que hará como cuatro días.

Y volviendo a la empresa y a la comedia del Procurador, no queremos concluir este artículo sin hacerle una grave interpelación, en que está interesado el honor de la opinión pública que representamos, y el de el teatro mismo, y a la cual estamos seguros que no satisfará de ninguna manera.

¿Nos podrá decir la nueva empresa qué especie de sistema tenía pensado desde que la solicitaba para cuando llegase al poder? ¿Llevaba por plan hacerlo bien o hacerlo mal? Y es preciso que nos responda a esto, porque si pensaba hacerlo mal, confesaremos con toda la ingenuidad que nos caracteriza que no hay más allá, es decir, que no se puede hacer peor. Desde luego pasan días y no se hace nada: ¿se estará por ventura enterando todavía del estado de los teatros? Vive Dios que si es esto, sabemos más que ella los demás. ¿Nos dirá que la administración anterior le dejó los teatros en mal estado? Già lo sappiamo. Por eso esperábamos las maravillas que iba a hacer. Pardiez que pasar días, eso ya lo hacemos todos, señora.

¿Dónde están esas comedias que debía tener preparadas? ¿Esos planes y reformas, ese progreso, esa mayor capacidad? No valía la pena seguramente de que la empresa anterior hubiera dejado el puesto, porque de estos pasos de la vida es de quienes se cuenta aquello de malo vendrá que bueno me hará.

Resumiendo, es probado que en punto a empresas, lo más que se puede decir es: ¡Dios nos la depare buena! porque está visto que nosotros no nos la sabemos deparar.

ANDRÉS NIPORESAS.

## Representación

de la tragedia titulada: «La muerte de Abel», largo tiempo prohibida

La ilustración de nuestro Gobierno parece haber dejado en pie las tragedias en cuaresma por este año, y algunas otras representaciones; sólo han quedado excluidos del ensanche dado al arte los bailes nacionales: efectivamente, la autoridad ha conocido que se puede muy bien ver comedias y salvarse: lo que parece estar todavía en duda es que se pueda uno salvar viendo bailar bailes nacionales. Yo estoy con el Gobierno por la negativa. Los bailes suizos, como los de la ópera El Guillermo, que se sigue representando, tienen otro ver: los nacionales son los especialmente desagradables a los ojos de Dios, con la circunstancia de que su Divina Majestad parece llevarles más en paciencia el resto del año, que en ciertos cuarenta días, llamados Cuaresma. Esto parece querer decir que hay circunstancias para todo, y que lo que es bueno en tal mes, es malo en tal otro, aun a los ojos del cielo. Lo mismo se dice de las ostras, las cuales sólo son buenas en los meses de erre. Un historiador podría inferir de aquí que las danzas que bailaban los israelitas alrededor del arca del Testamento no eran bailes nacionales, sino bailes del Guillermo, bailes suizos. Es probable que fuese así.

Convengamos en que hay pocas cosas más ridículas, ni más insolentes, que la petulancia con que suele el hombre autorizar con el nombre tan sagrado de Dios, sus pequeñeces.

La muerte de Abel es un hecho incontestable, y esta tragedia una de las acreditadas obras literarias del repertorio de Máiquez. Muchísimo mérito debería tener aquel célebre actor, cuando adquirió su fama en las obras que representó, y cuando se la comunicó a ellas mismas. Entre todos los dramas representados por Máiquez no recordamos uno bueno.

Es preciso tener muchísima precisión de hacer una tragedia para hacer La muerte de Abel. Advertimos que no vamos a hablar del asunto, consignado en las Escrituras sagradas, que respetamos: vamos a hablar sólo de la tragedia y de los medios de que, para llevarla a cabo, se ha valido el autor.

Los primeros padres empiezan a poblar el mundo. Adán parece un buen sujeto; Eva, al fin, mujer. Abel es un verdadero pisaverde, tierno, rubio y adamado. Delicado y poco trabajador; ha escogido por tanto el oficio de pastor: lleva y trae las ovejas, reza y duerme, y como es feliz, quiere a todo el mundo. Es natural. Caín es robusto, fuerte, rehecho, feote, poco amigo de dengues: labra la tierra, y sustenta con su fruto a toda la familia; mata a los leones y les roba la piel para abrigar a todos con ella: si esto es malo, venga Dios y véalo. No tratamos de hacer la apología de Caín, ya es pleito perdido, pero sí de poner las cosas en claro, y la poca habilidad del autor Legouvé. Seguramente que no pasarían las cosas como él las pinta. A pesar de todo eso, como Abel es más zalamero, y siempre tiene la risa en los labios, quiérenlo más. Caín gasta mal humor y quiérenlo menos. He aquí la ventaja de los buenos modales. Pero tener mal humor no es delito, sobre todo cuando se trabaja mucho. En estos dimes y diretes, en estos chismecillos de vecinos, pasa el primero y segundo acto: sobre si Caín quiere, sobre si no quiere a su hermano. Tantas veces se lo dicen al pobre, que ya da al diablo a Abel y a sus parientes: dícele a su padre las verdades del barquero: castellano viejo, el pan pan y el vino vino. Entonces no había pan ni vino: por consiguiente no he dicho nada. Pero de allí a poco vuelve en sí; oye un sermón del gran Papá, pide perdón, se reconcilia con Abel, y llenos ambos de fervor, vuélvense a Dios, que anda por allí cerca, según luego se ve, y depone cada uno su ofrenda, en su respectivo altar; de inútiles flores Abel, de productivas espigas Caín.

Era costumbre entonces que bajase una pella de fuego de la bóveda azulada, que se ha descubierto después no ser más que aire, sobre el don que más agradaba a Dios. Así es, que de allí a poco baja la llama revoloteando, y consume el de Abel. He aquí a Caín furioso de nuevo. ¿Es esta llama la justicia? Ostigado y frenético, jura odio y venganza eternos. ¿A qui la flaute?

En el tercer acto ha soñado Caín: es muy común en los héroes de tragedias el soñar; véanse Dido, Edelmira, Malvina; en una palabra, todos. Los fisiólogos no han podido dar todavía con la causa de esta singularidad. Sea que como comen poco y tienen muchas penas, hagan malas digestiones, sea que cenén demasiado tarde, sea en fin lo que sea, el hecho es indudable. Caín, pues, ha soñado que veía a la posteridad de Abel, rezando siempre y dándose buena vida, a costa de la suya, atareada y laboriosa. De aquí vino sin duda decir: Sueños hay que verdades son; porque ha sucedido ce por be todo lo soñado por Caín. Con este motivo éste mató a Abel de un porrazo. El autor ha sustituido en este lugar a

la célebre quijada del animal mal sonante y sufrido, una especie de azadón. ¿Por qué? Esta es alteración notable y que pudiera inducir en error al público. La cosa fue quijada y esto lo aseguramos como si lo hubiéramos visto.

Lo mismo es caer muerto Abel, que se levanta un airazo de todos los diablos: los naturalistas no han podido nunca descubrir que el homicidio levante aire, pero otros tiempos, otras costumbres. Éste es uno de los muchos secretos que se han perdido y que mueren con el poseedor. Caín se horroriza y más su familia. De allí a poco se ve en el fondo de la naturaleza un triángulo rodeado de rayos de oro; cuyo triángulo habla, y le pide cuentas a Caín, condenándole a vida vaga y execrada. El delincuente no sabe qué responder, y toma las de Villadiego, terminándose la función con una divertida y copiosa lluvia, efecto también sin duda del homicidio.

No negaremos que hay por aquí y por allí algunos rasgos sublimes, pero como dice Virgilio: *apparent rari nantes in gurgite vasto*.

Nos ha chocado mucho que se usara del adjetivo sangriento en tiempo de Adán hasta con abuso; pero más que todo, que el buen señor Adán incurra en el anacronismo grosero de hablar de sus cenizas, aludiendo a su muerte. Todos sabemos que hasta muchos siglos después no se quemaron los cadáveres: no es de sospechar que el respetable anciano, de suyo poco pedante, estuviese tan al corriente de la historia egipcia, griega y romana; lo uno porque Adán fue un tanto anterior; lo otro, que es lo principal, porque nació ya grande para aprender. La figura retórica de las cenizas está, pues, inoportunamente colocada en boca de Adán. Es verdad que en el día también se llama cenizas a los cadáveres, y se cree decir una cosa muy elegante: en nuestro entender lo que se dice es un disparate, ahora lo mismo que en tiempo de Adán.

Y esta es la ocasión de decir de paso que la lengua de los primeros hombres debería ser poco rica y nada a propósito para largos parlamentos metafísicos de teatro: debería reducirse a unos pocos nombres propios. Pocas sensaciones, pocas ideas; pocas ideas, pocas palabras. Y esto, dado caso que hubiesen \*egado ya a formarse y fijarse palabras, y que no fuese más bien sonidos casi inarticulados toda la conversación gastada en los primeros tiempos de este mundo percedero y de pura conversación, ya en el día, merced a los adelantos de los hombres.

Marzo de 1835

Príncipe

La honra de una mujer

Comedia nueva en dos actos

Dice el anuncio, acerca de esta comedia, que está arreglada a nuestra escena, sobre el original francés de Bayard. No diría mentira más grande la misma Gaceta, aunque fuera

extraordinaria, porque la tal comedia está traducida palabra por palabra, sin más variaciones que la del título. Ni diría cosa más ridículamente escrita un parte militar; porque ¿qué quiere decir una comedia arreglada sobre un original para un teatro? El que tal anuncio puso debe de tener el entendimiento arreglado sobre la cabeza para un hospital de locos. No quisiéramos ofender a nadie, pero la necesidad más urgente, más inmediatamente necesaria al hombre después de ser poeta es la de explicarse para poder ser entendido: en tal caso el uso de la palabra dicha o escrita es un gran don: de otra suerte, la lengua viene a ser un badajo, que suena a merced de cualquier impulso, de donde debe de haber venido llamar comúnmente badajadas a las tonterías parecidas a los anuncios del teatro.

Bayard es conocido entre los autores de vaudevilles por uno de los mejores, y distínguele singularmente de los demás la tendencia melancólica y llorona de sus producciones: no le va en zaga a ninguna en esas calidades la que acaba de relatarse en el teatro del Príncipe.

Una joven inglesa, de alta jerarquía, rica y recién casada, ha sido perseguida por un atolondrado de buen corazón, pero de éstos que no reflexionan las consecuencias de ciertas calaveradas. Picado por la virtud de la joven, el calavera inventa una manera diabólica de hacerse escuchar; súbese a la altura de la ventana de su casa una noche por medio de una escala; nada consigue, pero es visto, y compromete de esa suerte la honra de la mujer que adora, que a poco de marchar del país su ofensor con su regimiento, es ya el objeto de las hablillas de Lincoln. Éstas llegan a oídos del marido, que se bate y es muerto en duelo de resultas. El padre de la joven la maldice y la abandona. Sin embargo, esta mujer es del todo inocente.

Desesperada y sola busca un asilo en Francia, donde la tiene en su compañía una compasiva señora; muerta ésta, regresa a su patria y pasa a Escocia, donde cree encontrar otra protectora en lady Gerald. Al lado de la casa de lady Gerald vive un anciano misántropo, que se ha cansado de los hombres y de sus injusticias, en tales términos que no parece sino que el buen viejo ha vivido en España: y fortifica más esta opinión la circunstancia de haberse quedado ciego, como si hubiera visto nuestras cosas, o como si las hubiera él mismo dirigido. El buen viejo, que gruñe sin cesar, se enfada, maldice, y pierde, en fin, el tino a cada paso como un ministro, no es otro que el aburrido padre de Carolina. Lady Gerald, deseosa de colocar a su amiga desdichada, le propone entrar en casa del viejo, quien no teniendo en su compañía más que un sobrino bastante zafio, necesita de una persona amable, que le cuide, le acompañe, le lea, y le aguante. En una palabra, le hace falta uno que sufra. El viejo es un Gobierno que anda buscando gobernados. Carolina reconoce a su padre; pero disimula, calla y da gracias al cielo de haberla devuelto por este medio a su familia. En tanto aparece por allí el sobrino de lady Gerald, que es precisamente el atolondrado que comprometió a Carolina. El horror de éste al verla en tal posición por culpa suya, y a saber el cuento de sus desdichas ocurridas después de su partida de Lincoln, su reparación, la dificultad de hacerse perdonar por el viejo, la manera de dársele a reconocer, y la boda, en fin, de estos dos corazones, nacidos uno para otro, como los de todos los que se casan, producen algunas escenas sumamente interesantes, tiernas en extremo, y capaces de conmover al más frío calavera. En una palabra, se necesita toda la habilidad de los actores españoles para desnudar de efectos este dramita, recomendable por su excelente moral, y por lo bien conducido del artificio.

Así es que nosotros, que por una casualidad rara le hemos visto representar en Lisboa, en Bruselas y en París, le hemos visto en todas partes gustar infinito, y de los teatros ingleses sabemos que ha obtenido en ellos iguales triunfos. Ahora suponer que el Portugal, la Francia, la Bélgica y la Inglaterra no tienen sentido común, es un atrevimiento de que no nos sentimos capaces. Pues imaginar que la falta está en el público de Madrid, que después de oír lánguidamente esta comedia, se ha contentado con dar un aplauso a su escena más interesante, y coronar el final con otro, sería también una injusticia. Hay aquí, pues, un enigma para los que no meditan. Además de la diferencia de costumbres, que suele ser causa de que estas comedias modernas francesas no tengan el menor éxito en Madrid, además de las malas traducciones, que no pocas veces tienen la culpa de ese mismo resultado, hay otra razón de tanto o más peso.

Hasta que una comedia es entregada al teatro, el poeta es todo. Una vez en manos de la dirección, el poeta no es nadie: los actores son todo. La comedia mejor, mal representada, no puede resistir un solo día, y en nuestro país el teatro está en un abandono para tener idea del cual es forzoso haber salido de España. No es este ni aquel actor quien tiene la culpa, sino el atraso del arte en general. Y si a esta razón se agrega que ni aun se permite hacer a los actores españoles lo poco o mucho que pueden y saben, si se considera que hay comedia, como *La Honra de una Mujer*, que se pone en escena después de tres ensayos, que estos ensayos son más bien repasos de papeles, donde no preside ningún hombre inteligente, o donde los que lo entienden algo más no quieren tomarse el trabajo de explicar a los otros las dificultades de sus papeles, entonces no se extrañará que queden sacrificadas a tan culpable apatía piezas que pudieran hacer mucho efecto. Una comedia no entendida, lánguidamente dicha, sin color y sin movimiento, es la peor de las comedias por muchas bellezas que encierre.

Nosotros somos de opinión que se cierre el teatro, supuesto que ni la empresa, ni los autores, ni los actores, ni el público toman el menor interés por él.

FÍGARO.

Señores redactores de «El español»

Muy señores míos: Deseoso de saber quién soy y qué lugar me toca ocupar en esta bien arreglada sociedad, de que siempre me he creído parte, y no habiendo podido averiguarlo del ilustrado Gobierno que nos rige, a quien le tocaba decírmelo y de quien no es posible recabarlo, por más diligencias que hago, sin duda a causa de las atenciones más graves que le ocupan, me dirijo a ustedes por si pueden explicarme mi posición y darme la clave de las circunstancias que en ella me han puesto.

Yo estaba en Madrid, señores redactores, este carnaval pasado, esperando la suerte que me correspondiese, puesto que había tomado parte en el movimiento popular ocurrido en agosto en esta capital: público fue el resultado de este movimiento, que en busca de mi propia seguridad me lanzó a Valencia, donde me agregué a los patriotas que dirigidos por la



junta de aquella provincia se levantaron allí como en otros puntos de España para oponer un dique al ministerio Toreno, de triste recordación. Caído éste y de vuelta de Valencia, esperaba en Madrid que se me destinase al ejército para seguir la carrera militar que he abrazado, o que se hiciese de mí lo que en justicia pareciese conveniente, según los servicios que pudiese haber prestado a la causa pública.

Una casualidad, no sé si feliz o desgraciada para mí, me puso en relación en medio de un baile de máscaras con el actual señor Presidente del Consejo de Ministros, quien parecía haber conocido a mi señor padre y que no se desdeñó en aquella noche de manifestarme un aprecio singular, y aun de hacerme concebir esperanzas medianamente lisonjeras acerca de mi suerte futura.

Viniendo tales promesas de compatriota tan eminente y del hombre que constituía las esperanzas del país, en una palabra, del señor Presidente del Consejo de Ministros, Ministro de la Guerra en interinidad, no sólo no tuve inconveniente en darles crédito sino que hubiera creído injurioso para S. E. abrigar la menor duda acerca de su sinceridad, y dime una y mil enhorabuenas por la buena suerte que me había deparado tan a tiempo la protección de ese extraordinario personaje.

Comencé a hacer mis disposiciones de campaña y de allí a poco efectivamente fueme dicho por S. E. que pasase a reunirme con el brigadier don Narciso López, Comandante general de la provincia de Cuenca, donde me sería remitido mi despacho de teniente graduado de capitán. S. E. acompañó esta insinuación con una carta para dicho señor Comandante, en vista de la cual no tuviese éste inconveniente en tenerme a su lado en calidad de edecán suyo ínterin recibía yo mi despacho.

Partí, pues, para Cuenca, creyéndome tan teniente que por aquellos días nadie hubiera sido bastante a quitármelo de la cabeza, tal me lo tenía yo de creído, y tal me habían puesto las multiplicadas pruebas de amistad de S. E., a que por otra parte viviré siempre reconocido. Pero pasaron días, fueron y vinieron correos y mi despacho nunca llegó.

Después de una campaña de veintinueve días esperando siempre a los facciosos y a mi despacho, regresé a Madrid con el señor Comandante general y traté de poner en claro mi posición. Pero, ¿cómo querrán ustedes creer, señores redactores, que en siete veces que he tratado de ver a S. E. me ha sido de todo punto imposible, que no he conseguido respuesta alguna, y que no he vuelto por tanto a saber de mi tenencia?

En tal estado, señores redactores, ¿qué harían ustedes? ¿Irse a la guerra? ¿Cómo, en qué concepto? ¿a qué cuerpo? ¿Estar en Madrid?

En este último supuesto ¿como paisano o como militar? ¿Se debe entender que me han despachado en el solo hecho de no haberme dado mi despacho? Y en tal hipótesis, ¿por qué? En caso de quererme prender, ¿a qué autoridad correspondería yo? ¿Debo dejarme prender por un alguacil o por un ayudante de plaza, o por todos indistintamente?

Bien caigo ahora en la cuenta de que las promesas arriba indicadas se me hicieron en un baile de máscaras. ¿Debo inferir de aquí que no pudieron pasar nunca de una broma de Carnaval, y que yo he andado ligero en entenderlas al pie de la letra como hombre de poco mundo? Puedo asegurar a ustedes, sin embargo, que entonces me pareció que S. E. estaba sin careta, y que no llevaba más disfraz que el de Ministro, y que yo oí a S. E. con esta misma cara que sigo usando, que todos mis amigos me conocen y que es pública en Madrid, y aun con mucha más formalidad de la que acostumbro a tener cuando oigo promesas de Ministros. Para ser conciso: dos cosas había para mí indudables en aquella época: el programa del 14 de setiembre y mi charretera. El resultado ha probado que no era menos infalible la una que el otro.

No por eso dejo de vivir agradecido a la broma que me dio S. E. en dichas máscaras: lo uno porque habiendo podido embromarme en cosas desagradables me dijo las más bonitas y lisonjeras del mundo, y lo otro porque a veces me inclino a creer que S. E. lo sentía como lo decía; y lo que hago en el día es creer a pies juntillas que de entonces acá yo he desmerecido en el concepto de mi buen protector: acaso habré hecho alguna tontería que no haya llegado a mi noticia; pero sea cual fuere la causa, no deja de ser por eso mi posición menos ambigua. Ella me pone en el caso de acudir a ustedes, no ya en busca de mi despacho, que ya supongo no se habrá dejado olvidado ningún señor Ministro en esa redacción, sino en busca de consuelos y aclaraciones, sin los cuales se ha de ver loco de cavilar antes de verse teniente su afectísimo E.

Carta de Fígaro a un viajero inglés

Notre cause à nous, amis de la liberté, est assez bonne pour nous laisser être justes: c'est à nous à confesser la vérité sur toute chose et sur tout homme.

LERMINIER. Philosophie du droit.

¿Con que es V. inglés, señor viajero? ¿Con que es V. viajero, señor inglés? Amigo, por acá tenemos casi todos la desgracia de no ser ingleses, incluso yo, que soy natural de este mismo Madrid, donde parece que está V. viajando ahora. A pesar de ser V. inglés, ¿querrá V. creer que yo no sabía que estaba V. en Madrid, ni que era V. viajero? Pues en esta misma ignorancia que yo viven muchos de mis compatriotas: vea V. si estamos atrasados en este país. Aquí no se sabe nada: ni filosofía, ni historia, ni política, ni legislación, ni que está V. en Madrid. Por eso ha hecho V. muy bien en ponerlo en los papeles públicos, y aun si hubiera V. añadido su nombre y su apellido, no sólo sabríamos a la hora de esta que es V. viajero y que es inglés, circunstancias inapreciables, sino que sabríamos hasta quién es V. Por acá decimos que cada uno es hijo de sus obras, y si el artículo titulado El reverso de la medalla es obra de V., como a cien leguas se deja ver, no puedo menos de dar a V. la enhorabuena, por ser hijo de tan buenos padres.

Ya sé que en Inglaterra es uso y costumbre no dirigir la palabra a persona a quien no haya uno sido competentemente presentado; pero habrá V. de perdonarme si me tomo la libertad de hablarle, lo uno porque tengo algo que decirle, y si esto no fuese para un inglés razón bastante, también porque acá en España dirigimos la palabra a cualquiera, aunque sea inglés.

¿Con que ha escrito V. en inglés un artículo combatiendo el mío? No dirá V. que no somos en España hospitalarios: ni se quejará V., por cierto, de la parcialidad del director de El Español, que no contento con admitir artículos en oposición con sus doctrinas y sus redactores, hasta se los traduce a V. en castellano, ¡y en castellano de El Español! Sin duda V. no ha querido abusar de su bondad, solicitando que antes de traducir al castellano su respuesta a mi artículo, le tradujeran mi artículo al inglés, con cuya diligencia acaso me hubiera V. entendido y nos hubiéramos ahorrado estas contestaciones; sin que esto sea por mi parte presumir de hallarme a la altura de entender a un inglés. La verdad del hecho es que yo escribía para España y no para Inglaterra, que a haber escrito para V., mucho me hubiera mirado y remirado; y es por tanto grave injusticia que se nos venga la Inglaterra a medirnos aquí con el compás de su progreso, a nosotros, pobres neófitos de la libertad. Así es que estoy de acuerdo con el epígrafe de V., que sin duda los traductores no acertaron a traducir ¡tal debe ser él de remontado! en el cual he venido a barruntar que se dice que saber poco es peligroso, cosa que había llegado ya a nuestra noticia en España, y que en caso de beber de esa fuente que cita, es preciso beber mucho. Confieso que en punto a beber, donde hay un inglés nos podemos quitar el sombrero los españoles de ambos hemisferios. Digo esto, no tanto por ofender a nadie, cuanto porque es verdad reconocida, y desafíos aparte, porque debo confesar a V. que tengo más de hombre del pueblo que de miembro de ninguna cámara, y me ahorcarían.

Chanzas aparte, debo empezar declarando a usted que respeto la patria de Bacón, de Shakespeare y de Byron, cuanto un demócrata puede respetar la cuna de la libertad política y civil, y cuanto un pobre aficionado al saber puede respetar la nación del progreso.

Sé poco, es verdad, y de ello no me avergüenzo, porque al fin, ¿qué es el saber humano si el que más sabe, sabe que no sabemos nada? y porque ese es mal que trataré de ir remediando todos los días, así movido de mi propia inclinación como de los buenos consejos de V. Pero vamos claros. ¿Como cuánto tiempo puede hacer que salió de Inglaterra vuestra Gracia? (y cuenta que no hablo de la que Dios le ha dado para escribir). Lo digo porque se me figura por el contexto de su artículo que no ha salido todavía de las costas de Albión.

Ha de saber vuestra Gracia que yo me propuse tres fines al escribir mi artículo de los Barateros. Primero: decir que en toda sociedad mal organizada, gran parte de los delitos son más culpa de la sociedad misma que de los que ella declara delincuentes.

Ésta es la primera parte del artículo. Si antes de escribir para España, se hubiera vuestra Gracia dignado de aprender nuestras costumbres y de echar un vistazo sobre nuestra legislación, hubiera conocido que no hay tantas verdades absolutas como cree, y que en política como en legislación las más son relativas al país a que se aplican.

En Inglaterra tiene vuestra Gracia razón: en Inglaterra donde se hallan consignadas en la Magna Carta desde 1215 los derechos del ciudadano; donde además del gran principio constitucional de no poder levantar el rey subsidios sin participación del común consejo del Reino, único que teníamos ya muy superior en España, pues que el común consejo en Inglaterra se componía de los altos barones, y ese mismo principio dependía entre nosotros de los procuradores de las ciudades que tenían voto en Cortes, se ve defendido el derecho y la libertad de cada uno, y se halla establecido por el art. 48 que no se podrá arrestar, ni encarcelar, ni desposeer de sus bienes, hábitos y libertades, ni se impondrá la muerte a nadie en cualquier forma que sea sino después de enjuiciado por sus pares según las leyes del país, y que la justicia no será vendida, rehusada ni diferida; en Inglaterra donde el trono no derribó la libertad como en España bajo nuestro Carlos I, sino que la libertad derribó el trono bajo el suyo; donde en vez de perderse los derechos del pueblo, como en España, se reforzaron cada vez más y se afirmaron irrevocablemente en 1688 por el bill de derechos impuesto como condición al príncipe de Orange, Guillermo III, para ocupar el trono, por los lores espirituales y temporales y las comunidades reunidas en Westminster; en Inglaterra, donde nunca le ha ocurrido al pueblo tener que pedir la libertad de imprenta, porque nunca le ha ocurrido al legislador prohibir el pensamiento; en Inglaterra, donde el hombre del pueblo no ve pesar sobre sí más injusticia que la de una aristocracia monopolizadora del país, ni puede establecer más queja que la falta del trabajo; en Inglaterra la sociedad no es una fantasma, la sociedad ampara y protege a sus socios; y en Inglaterra, tiene razón su Gracia, sería el sofisma el único que podría decir lo que en boca de la sociedad española juzgué preciso poner.

Pero ¿sabe su Gracia cómo estamos en España? ¿Sabe que en España siempre se ha preso y se ha deportado a quien se ha querido? ¿Sabe que hace meses todavía se ha encontrado un hombre en las cárceles de Zaragoza que llevaba treinta y seis años de prisión, y para quien reinaba todavía Carlos IV, a pesar de la abdicación de Aranjuez, a pesar de Napoleón, a pesar de la cooperación de nuestra aliada la Inglaterra, a pesar de la Constitución del año 12, a pesar de la primera restauración, de la muerte del rey, de las amnistías, del siglo XIX, y del Estatuto Real? ¿Sabe su Gracia que, por nuestras leyes, si un plebeyo saca por el vicario para casarse una hija de un caballero que se ampara, como menor, de la ley contra la tiranía de su padre, éste puede impedir sin embargo el matrimonio por la desigualdad de clases? ¿Sabe su Gracia que ahora, en el tiempo de la libertad, se coge a un hombre del pueblo mendigando y se le mete por fuerza en San Bernardino, donde se le obliga a trabajar, donde está por fuerza? La sociedad puede declarar delito la vagancia y la mendicidad, y puede imponerle pena, siempre que a todo hombre que se presente pidiéndole trabajo, esa sociedad le dé trabajo: si dando trabajo a todo el que lo pida, queda todavía quien mendiga, puede imponerle la pena, pero no puede forzar a nadie a entrar en un establecimiento, porque el hombre tiene hasta el derecho de morirse de hambre y de no trabajar: en sí lleva la pena.

¿Sabe el inglés que en España las cárceles, los presidios son casas de desmoralización y de crimen donde el que entra una vez inocente, o poco culpable, sale salteador de caminos o asesino? Y, ¿a quién la responsabilidad sino a la sociedad? Si en España, como en los Estados Unidos, el que va por una falta leve a una casa de corrección saliera de ella con un capital, que el establecimiento le hubiese reservado de los ahorros de su trabajo, el viajero inglés tendría razón en llamarnos sofistas.

¿Ha oído hablar vuestra Gracia, señor viajero, de un cierto Jaime el Barbudo, famoso ladrón que se declaró en hostilidad con esta sociedad y que le hizo la guerra muchos años hasta ser por ella vencido? Unos caballeretes de Crevillente robaron por broma unos carneros y los merendaron pacíficamente después de haber arrojado a la ventura las pieles de las reses. Las pieles cayeron en un corral de Jaime: Jaime fue sentenciado a presidio: en el presidio la atmósfera pestífera se agregó a su rencor, y salió de presidio para no dejar las armas hasta al pie de la horca. ¿Y a quién la culpa? ¿Qué debió Jaime el Barbudo a la sociedad?

Hace dos días un hombre del pueblo es atropellado por un hombre de cabriolé: el hombre del pueblo reclama sus cántaros rotos: sobreviene un celador de policía, y al oír al hombre y al ver el del cabriolé, vuelve la espalda diciendo: Bah! bah! Y si este hombre se toma la justicia por su mano, ¿a quién la culpa?

¿Y esta es la sociedad? ¿Qué amparo la debemos los que nos vemos robados de noche, de día, por las calles, en nuestras casas, en los caminos reales? En un país donde han reinado años enteros los Niños de Écija se quiere que demos apoyo a la...

Tratado de sinónimos de la lengua castellana

Fragmentos

INGRATO. DESAGRADECIDO.-Ingrato: el que olvida el amor, el favor y beneficio recibido.

Otros se dan a gatos  
Por olvido de Príncipes ingratos  
LOPE DE VEGA.

Desagradecido. El que no paga ni agradece el favor, pudiendo y no habiéndolo olvidado, y siempre supone mala índole.

Ingrato. El que no corresponde al amor que se le profesa. Lo no agradable.

Olvido ingrato, aborrecido adoro...  
CALDERÓN.-Nadie fíe su secreto.

REY MONARCA.-Rey es el que rige, el que gobierna aunque sea en compañía o coartado por un consejo, senado, cortes, etc. Monarca es el único jefe, el que reasume en sí solo el poder: el que manda y gobierna solo. Puede haber dos reyes; no puede haber más de un monarca.

**DOMINANTE. IMPERIOSO.**-Dominante es aquel cuyo carácter se inclina a sobreponerse a los demás. El imperioso es el que manda con altivez a los que están debajo de él, a los que ya domina. El dominante puede ser imperioso, logrado el dominio. El imperioso no puede ser ya dominante.

**ABDICAR. RENUNCIAR.**-Se dice abdicar sólo los puestos elevados, y supone la espontaneidad; es decir, la abdicación es voluntaria. Renunciar se entiende más ordinariamente no querer admitir una cosa que se le propone a uno o da nuevamente: se puede renunciar lo que no se ha disfrutado todavía. Se renuncia a un proyecto injusto o difícil, lejano, imposible de conseguir, a las esperanzas formadas. Hacer dimisión sólo se dice de un empleo civil o militar. Se abdica el trono; se renuncia una herencia; se hace dimisión de un empleo. Deponer, sólo se dice de una dignidad, que se ha poseído: puede no ser voluntario: por lo regular no depone uno; le deponen.

**ABANDONAR. DESAMPARAR.**-Se desampara sólo aquello que necesita nuestra protección o defensa. Se abandona lo que se necesita y lo que se estima y lo indiferente; la patria, la casa, los bienes, las relaciones, los amigos. Se desampara a un infeliz; un puesto militar que se defendía. Desamparar es quitar el amparo. Abandonar es más bien apartarse de...

**ABRUMAR. OPRIMIR. AGOBIAR.**-Los males y desgracias abruma cuando pasan de aquel punto que se puede tolerar: y abruma los favores y beneficios recibidos, cuando ya no se pueden pagar por su número o calidad. Un tirano nos oprime. Un gran peso material, una desgracia excesiva nos agobia.

**ACUSAR. DENUNCIAR. DELATAR.**-Acusar es perseguir el crimen ante la ley, por interés personal.

Denunciar es avisar al magistrado dónde está el crimen o el criminal para que le castigue.

Delatar es descubrir el criminal por venganza o maldad.

El acusador, que acusa al matador de su amigo o de su hermano, obra por resentimiento particular y arrostra las resultas: el denunciador, de buena fe, obra por el pro común y lo hace a cara descubierta; cumple con su conciencia y no teme las resultas.

El delator es siempre malo y vil. Oculta el nombre, por vergüenza, temeroso de que se descubra la causa que le obliga a la bajeza; y por cobardía, miedoso de las consecuencias. Pelea armado con un hombre indefenso.

Al acusador le ciega un momento de cólera; un error, acaso momentáneo, que le hace creer necesaria la satisfacción.

**MIRADA. OJEADA.**-La mirada puede ser fija y larga: la ojeada es más vaga y rápida. Se echa una ojeada de pronto sobre uno hacia uno, para sorprenderle; se echa una ojeada al

rededor. Se le dirige a uno una mirada terrible, severa, dulce, etc., para explorarle, conmovérle, etc.

**ÁSPERO. ESCABROSO.**-Áspero es lo que es desapacible al tacto por las desigualdades de su superficie: cuando estas desigualdades son tan grandes que pueden ser también desapacibles a la vista, entonces se llama más comúnmente escabroso. Se dice mano áspera, tela áspera, camino escabroso. Dícese también camino áspero; pero no suele decirse, mano escabrosa. De todo lo que es escabroso se puede decir áspero: no a todo lo que es áspero se le puede llamar escabroso.

**CREAR. INVENTAR. DESCUBRIR.**-Crea el que saca de la nada, hace y forma de nueva planta: inventa el que halla un medio, un artificio, una cosa nueva. Descubre el que encuentra lo que estaba antes oculto. Dios crió el universo. El gobierno crea una academia. Un hombre inventó el arte de escribir. Colón descubrió un nuevo mundo.

El que crea, crea por sí solo, sin algún auxilio exterior: así crea el genio. El que inventa halla a fuerza de buscar y de combinar, aplicando a las cosas su estudio, viendo en ellas por la fuerza de su imaginación calidades o propiedades que nadie ha visto hasta él. El que descubre acaso lo debe a la casualidad; y en ningún caso pone nada de suyo; no hace más que hacer patente a los demás lo que ya existía, en el mismo estado que él lo ve, antes de verlo él.

**CABO. PUNTA. EXTREMO.**-Cabo se entiende el principio o fin de una cosa; así se puede decir de un bastón que por el un cabo tiene contera y por el otro, puño. Punta circunscribe más la figura: punta es el cabo de una cosa que va adelgazando: la punta es aguda: el cabo puede no serlo. Extremo se entiende el cabo último, donde concluye una cosa. Así, si se dice «puso un pañuelo en el extremo del bastón,» se entiende en la contera, considerando que el bastón principia en el puño. El extremo representa el cabo de la cosa que está más lejos del sujeto que la tiene. El extremo de una caña es el hierro, el de una caña de pescar el cabo donde está el hilo, etc.

**ENNOBLECER. HACER NOBLE.**-Solo el rey puede hacer noble a uno. Cualquiera puede ennoblecerse a sí mismo por su gran talento, sus riquezas, sus virtudes. El noble ennoblece a la mujer plebeya con quien se casa, pero no la hace noble. Se ennoblece (metafóricamente) una palabra poco noble, sabiéndola usar: se ennoblece un uso, una costumbre, un traje, etc., usándolo ciertas personas. Hacer noble es sólo dar el privilegio de la nobleza, y adquirirle uno con su dinero se dice, hacerse noble, mas no ennoblecerse: esto sólo se dice de quien se entronca con un noble, como ya hemos dicho.

**ESPOSO. MARIDO.**-Esposo es literalmente el que ha contraído esponsales, el prometido, empeñado por su palabra. Marido es el casado, pero hablando de él con relación a la mujer. Llámasele también a este esposo comúnmente en estilo noble: marido es más bajo: pero siempre esposo nos fija más la idea del enlace o unión social: marido el estado del hombre en el matrimonio relativo al de la mujer. Esposo se dice de los dos: así decimos, los esposos. En plural quiere decir el marido y mujer casados.

ESPONSALES. CASAMIENTO. BODA. MATRIMONIO. NUPCIAS.-Esponsales es la mutua promesa que hacen hombre y mujer de casarse. Casamiento es el contrato hecho entre los dos ante la Iglesia para vivir en matrimonio. La boda es la celebración del casamiento: el matrimonio es el estado de los casados, su unión y vida común. Los esponsales se contraen: el casamiento se hace: la boda se celebra: el matrimonio se vive. Así decimos: Pedro y Juana contrajeron esponsales, hízose el casamiento en tal parte o casáronse en tal parte; vinieron a celebrar la boda a mi casa; y su matrimonio fue citado siempre como uno de los mejores. Nupcias, que equivale a boda, sólo se usa para indicar el orden numeral de esta: así sólo se dice: casó en primeras, segundas, terceras nupcias, etc.

DESPOSAR. CASAR.-Desposar. Su primera acepción es sólo autorizar el cura los esponsales. Casar es autorizar el casamiento. Desposarse es, en su primera acepción, contraer esponsales; casarse, verificar el casamiento. En el día se usan indistintamente: siempre hay dos diferencias: desposar y desposarse son más nobles; casar y casarse más comunes y familiares. En desposarse parece que se fija más la idea de desempeñar, casándose, la palabra que había dado de casarse: en casarse sólo se representa la idea de unirse para hacer vida común en el matrimonio.

COMERCIAR. NEGOCIAR. TRAFICAR.-Comercio, negocio, tráfico: el comercio es el cambio de valores: se considera en general: negociar es hacer una cosa perteneciente a comercio: así se dice, hacer tal o cual negocio, negociar en tal o cual cosa: esta idea es más circunscrita: traficar es llevar y traer géneros de una parte a otra para ganar con ellos, de modo que el tráfico es el servicio del negocio. Mercader es el que compra y vende en pequeño y suele serlo de un ramo determinado de comercio; mercader de libros, de hierro, etc. Una nación tiene un comercio boyante: un particular, una compañía, negocia, hace un negocio, es negociante en letras, por ejemplo: un revendedor trafica: un mercader vende. De modo que el mercader es la segunda mano del traficante; el traficante el criado del negociante; el negociante uno de tantos comerciantes; de negocios se compone y vive el comercio; y todos viven del comercio y son comerciantes. Pero no todo comerciante es negociante ni traficante etc. Todo tráfico, todo negocio es comercio.

NUNCA. JAMÁS.-El verdadero adverbio de tiempo negativo es nunca; en ningún tiempo (Numquam, nonumquam).

Jamás es: en tiempo alguno: así no determina tan fijamente la negación, parece traer su origen de ya más (jam magis): y tanto por esto como por el uso que suele hacerse de él se refiere más bien a lo futuro: en nuestro castellano antiguo ha significado siempre. Y suele unirse a nunca y a siempre, formando un nuevo adverbio o expresión adverbial, y dándoles más fuerza. Úsase por lo general indistintamente, pero nos parece que jamás se refiere a lo futuro, nunca a lo pasado: usados así tienen ambos más fuerza. Es más enérgico decir, «nunca le he visto y ¡ay! jamás le veré,» que viceversa.

Nunca jamás parece que sólo suena bien aludiendo a pasado y futuro, por ejemplo: «¿Es posible que se acabe la virtud? Nunca jamás;» es decir, ni se ha acabado, ni se acabará.

Y la prueba más poderosa que podemos citar en favor de esta nuestra opinión es que cuando se añade el adverbio siempre, sólo es en sentido de futuro: así decimos «me despidió



de ti para siempre jamás,» pero no podría decirse «Juan quiso a Pedro por siempre jamás.»  
Así debe decirse «nunca lo dije; no lo diré jamás.» Entró doña Ana en palacio  
que a ver a mi hermana viene  
con más donaire que nunca,  
tan hermosa como siempre.

CALDERÓN.-Nadie fíe su secreto.

No se puede decir «con más donaire que jamás» porque es pasado.

¿Nunca has visto errante al viento  
preñada nube encenderse?

CALDERÓN.-Nadie fíe su secreto.

CONTIGUO. INMEDIATO. PRÓXIMO.-Contiguo, tocándose: inmediato, sin nada de  
por medio: próximo, lo que está cerca aunque haya algo de por medio. Dos tierras están  
contiguas, dos personas inmediatas, un lugar próximo a otro. Los dos últimos tienen  
acepciones metafóricas.

CONVENCER. PERSUADIR.-El raciocinio convence; la elocuencia persuade. El que  
convence habla al entendimiento para que vea la razón; el que persuade, al corazón para  
moverle. Muchas veces estamos convencidos de la necesidad de hacer un sacrificio, y es  
preciso que nos persuada un amigo a que le hagamos; la convicción es efecto de la  
evidencia; la persuasión es efecto de pruebas morales que pueden engañar. Estar  
convencido de una verdad; puede estar persuadido de un error. Baile.

PRECISO. NECESARIO.-Lo preciso es lo que no puede menos de ser; la precisión es  
una consecuencia forzosa, digámoslo así: lo necesario es lo que hace falta: es necesario  
tener reloj para saber la hora que es, y es preciso que el reloj cueste caro, si ha de ser bueno.  
Hay cosas precisas y necesarias, por ejemplo: es preciso mascar para comer y es necesario.  
Hay cosas precisas y no necesarias, por ejemplo: es preciso ruido para mascar, pero no es  
necesario. Y hay cosas necesarias y no precisas: es necesario ir a paseo, pero no es preciso.  
Comámoslo amigablemente antes que la precisa necesidad nos haga mover las armas y usar  
de la fuerza.

CERVANTES.-Persiles y Segismunda.

SECO. ENJUTO.-Distínguense estos dos participios en que el segundo se entiende  
siempre de la cosa que ha estado mojada. Lo seco puede serlo naturalmente; lo enjuto, por  
lo regular, lo está. (Acad.) Dícese, sin embargo, pasar un río a pie enjuto.

SUELO. TIERRA.-El suelo es la superficie de la tierra. (Acad.)

RIESGO. PELIGRO.-EL peligro es inminente, en el riesgo hay más contingencia. Un  
general corre riesgo de perder la batalla si sus soldados le abandonan en el peligro. El  
peligro es de perder la vida, los bienes: el riesgo se aplica a cosas de menor importancia.

Corro el riesgo de perder un amigo, si no le ayudo en el peligro. El peligro es más próximo, el riesgo es más lejano. Ya nos acercamos al peligro. ¡Quién sabe si habrá riesgo en esa determinación!

Dice Solís, de Hernán Cortés:

«Mantúvose peleando valerosamente hasta que se le rindió el caballo; y dejándose caer en tierra, le puso en evidente peligro de perderse, etc.» Conq. de Mex. CAP. XVIII. LIB. V.

«Don Pedro, entendido el peligro en que estaba, pensó cómo podría huirse del castillo más a su salvo. MARIANA. Historia de España. LIB. XVII. CAP. XIII.

«Don Pedro... resolvió de aventurarse y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla... teníale con gran cuidado el peligro de la imperial ciudad de Toledo,» Íd. íd. íd.

«Este peligro sobrepuja y se adelanta a los infinitos en que de perder la vida me he visto, ETC.»-CERVANTES, Persiles y Segismunda.

VALOR. VALENTÍA.-Hállanse usados casi indistintamente. Parece, sin embargo, que la valentía es la ostentación del valor. Así dice Solís (Conq. de Mex.) después de haber dicho que a Hernán Cortés no le agradó la jactancia intempestiva de Tchechimecal: «cansábase naturalmente de los hombres arrogantes, porque se halla pocas veces el valor donde falta la modestia; pero no dejó de conocer que aquellos arrojamientos del espíritu eran ardores juveniles, propios de su edad, y vicio frecuente de soldados bisoños que salieron bien de las primeras ocasiones y a pocas experiencias de su ánimo quieren tratar el valor como valentía y la valentía como profesión.» CAP. XIV. LIB. V.

PÁLIDO. DESCOLORIDO.-Pálido, decaído de color. Descolorido, sin color. El primero es poco color natural en las personas: el segundo ausencia de color en las personas o cosas. Pálido, por lo regular, sólo se dice del rostro. Dícese carne descolorida, cuadro descolorido.

ADIVINAR. AGORAR. PROFETIZAR. PRONOSTICAR. PREDECIR. VATICINAR. PRESAGIAR.-Adivinar. Es conjeturar lo que está por suceder, o descubrir como a tientas una cosa oculta, presente, pasada o venidera, o por don divino (a Deo), o por conjeturas de poco fundamento. El adivino va a ciegas, no acierta por sí sino por la casualidad: no dice lo que ha de suceder, sino que sucede lo que ha dicho. Se puede adivinar lo que otros saben; basta para adivinar que no lo sepa el que adivina. El adivino admira, choca.

Agorar es asegurar que han de suceder ciertas cosas por señales falsas de que no depende el tal suceso. El agüero es falso; el agorero, necio o pícaro. El agorar envuelve un sentido supersticioso. Es despreciable.

Profetizar es anunciar de palabra un suceso futuro y distante en virtud del espíritu de profecía, don recibido del cielo o adquirido por un profundo conocimiento o experiencia de las cosas. El profeta es sabio, o inspirado de Dios. Habla con superioridad. La profecía es cierta. El profetizar envuelve un sentido religioso y de respeto.

Pronosticar. Es saber por examen de señales ciertas y apoyadas en razones fundadas lo que ha de suceder, mejor lo que según las causas naturales debe probablemente suceder; el término del pronóstico no es tan remoto como el de la profecía. El pronóstico puede quedarse en el pecho oculto, pues el pronosticar no consiste principalmente en decir lo que ha de suceder, sino en saberlo (pre noscere). Yo pronostico lo que ha de suceder y no lo digo a nadie. El pronosticador, pues, camina sobre datos seguros y ciertos a un término verisímil y el pronóstico es por lo menos probable. El médico, el astrólogo pronostican el fin de una enfermedad, el tiempo, etc.

Predecir es decir antes lo que ha de suceder después. Se predice por casualidad o por ciencia; la predicción es cierta porque no se acredita de tal mientras no se realiza. Así, pues, predice el que pronostica una cosa que sucede, si habla el pronóstico; predice el profeta; predice el agorero, si acertó casualmente, y predice el que adivina lo futuro.

Vaticinar. Es adivinar sólo cosa futura, anunciándola, sea por don que tenga el vate, que es lo más regular, sea de otra manera; el adivinar supone el acierto, aunque sea casual; pero hay vaticinios que no se realizan.

Presagiar. Es conjeturar una cosa futura por alguna señal que tiene correlación con la cosa que ha de suceder, pero envuelve cierta duda; de modo que el presagio no es seguro aunque está mejor fundado que el agüero. El que presagia no asegura, sino sospecha, y suele ser fundado en presentimientos interiores o exteriores de las cosas.

NEGACIÓN. NEGATIVA.-Negación es el acto de negar. ¿Ha estado V. en paseo? No. ¿Quiere V. algo? No. Esto es una negación. Negativa es más bien la repulsa o no concesión de lo que se pide: y por esta acepción en que se toma más generalmente no se le puede llamar sinónimo de negación: ni lo es de denegación, porque esta sólo se puede entender en el sentido de repulsa de lo que se pide. La negativa pudiera ser en unos casos sinónima de la negación y en otros de la denegación. (Acad.)

DIABLO. DEMONIO.-Estas dos palabras son en último resultado una misma imagen, son una misma cosa, pero la lengua caprichosa ha parecido separarlas algo en su uso. Parece que el diablo es en general el ángel malo, y demonio más en particular este mismo ángel malo y además maligno, y entendido en el concepto de que pone asechanzas al hombre y le pierde. Así que a los oídos delicados parece sonar mejor la voz diablo que la del demonio: en buena sociedad, si pudiese usarse alguna de estas palabras sin miedo de ser tildado, sonaría mejor diablo que demonio. La lengua, valiéndose de la primera para los infinitos refranes y dichos jocosos y familiares en que la ha empleado, ha llegado a familiarizarnos más con ella y aun a darle un sentido de travesura y picardía al parecer menos importante y terrible que el significado absoluto siempre y repugnante de la segunda. Así decimos, había una de todos los diablos, esas son cosas del diablo, frío del diablo, si es el diablo, tener diablo, por arte del diablo, dado a todos los diablos, etc.

Llámase al demonio enemigo sólo en el sentido de ser el contrario del hombre.

DESPOBLADO. DESIERTO. YERMO.-En el despoblado no hay población. En el desierto no hay nada. El yermo tiene esto de común con entrambos, y se entiende además de tierra sin cultivo ni disposición para dar frutos; es más solitario y apartado de los hombres. El despoblado empieza donde concluye la población; así se dice de un convento que está en despoblado con sólo estar a corta distancia de pueblo. El desierto representa a la idea mayor extensión de tierra, falta de población y de gentes, pero puede ser de tierra productiva. El yermo representa una idea de mayor extensión de tierra todavía en absoluto silencio, quietud y esterilidad: en el yermo parece que nunca puede haber habido ni haber nada jamás. Un país abandonado de sus habitantes viene a ser un desierto. El despoblado puede haber sido poblado y volverlo a ser.

AIRE. VIENTO.-La verdadera voz que representa la idea por que son sinónimas estas dos palabras es viento.

Aire es un cuerpo fluido, elástico en que vivimos: este aire comprimido y agitado se vuelve a llamar aire también solamente: así decimos, hace aire, qué airazo tan fuerte, etc. Pero cuando este aire, soplando de una parte determinada toma nombre de la parte de que viene, se llama viento sólo; así decimos, los vientos cardinales, el viento norte, etc. Fuera de este caso en que se conoce únicamente que la voz propia es viento, el uso les hace sinónimos usándolos casi indistintamente.

No se puede decir que austro es el nombre de un aire, sino de un viento. Y decimos mejor, aire colado, me cogió un aire, etc.

Aire es familiar. Viento del estilo más noble y sublime.

CUELLO. GARGANTA. PESCUEZO.-Cuello es en general la parte que une la cabeza al cuerpo en toda clase de animales. Cuello es el de un caballo, cuello el del ave, cuello el del hombre, y metafóricamente la parte superior y más angosta de una vasija, etc.

Garganta es en rigor sólo la parte interior del cuello, pero cuando se usa por cuello, en cuyo único caso pudiera serle sinónimo, sólo se entiende la parte delantera del cuello de las personas, y por lo regular de la mujer, y en este caso se extiende a todo lo que suele dejar el escote descubierto. Por metáfora su sentido verdadero tiene extensión a toda estrechura de montes etc., la de la pierna etc.

Pescuezo. Suele confundirse con cuello vulgarmente; pero pescuezo es más bien la parte del cuerpo del animal desde la cabeza hasta los hombros, es decir, la posterior, y en este mismo sentido fija y determina esta parte del cuello cuando se habla de ella en los animales. Prueba que debe ser la parte posterior en el hombre la voz pescozón y pescozada sus derivados que son golpe en esta parte: la frase metafórica que dice poner el pie sobre el pescuezo. Nuestra Academia dice hablando del yugo que es el instrumento con que se unen por la cabeza o los pescuezos los bueyes o mulas, etc. Este mayor uso que acaso involuntariamente se hace de esta voz le da un sonido más desapacible, y así sólo está bien en lenguaje poco esmerado. ¿No disonaría decir el pescuezo de un canario, de un papagayo, etc.? Parece que en ciertos casos sólo se puede decir cuello. Esto establece una diferencia muy marcada entre las voces cuello y pescuezo, por lo regular confundidas.

Ni hay más voz para la parte posterior del cuello, pues que el cogote sólo llega a la nuca (Acad.) y esto sólo en las personas.

COLA. RABO.-Cola tienen las aves, los peces, los animales. Rabo sólo ciertos animales. Cola es más general y se entiende la idea de la extremidad prolongada. El rabo sólo presenta la idea de la extremidad, de donde viene la expresión de cabo a rabo. Así que decimos de un mulo que tiene rabo si le faltan en esta parte las crines, pero si las dejan crecidas, como suele suceder con el caballo, nos inclinamos a llamarlo cola: de aquí acaso vendrá el decir generalmente rabo al del mulo, puerco, etc., cola a la del caballo, etc. Y metafóricamente decimos rabo al de una pera, y cola a la de una cometa. La lengua, sin embargo, es caprichosa y hállanse en su uso algunas excepciones de la explicación que de estas palabras damos.

PEZ. PESCADO.-El pez es el nombre genérico del animal que nada y vive en el agua. Pescado representa más bien la idea del pez cuando se hace uso de él para comer y en contraposición a la carne, etc. Así decimos me gusta más la carne que los pescados (y no los peces). A los pequeños y de agua dulce se llama con preferencia peces. Decimos: la ballena es el mayor de los peces; el espada es pez muy extraño; de los pescados el mero; el salmón es un pescado muy raro y exquisito. (Pescado, de pescar.)

BESO. ÓSCULO.-¿Se llama ósculo el beso que no se da en la cara? Si es ósculo también el beso dado en una mano, en una reliquia, etc., son absolutamente sinónimos: en este caso sólo se distinguirían en ser ósculo, fuera del estilo culto y sublime, afectado y pedantesco.

INVENTAR. DESCUBRIR.-Inventar es hallar, discurriendo y haciendo uso del talento natural o adquirido, un medio de hacer las cosas, un arbitrio, de nuevo y como a nadie le había ocurrido anteriormente. Descubrir es hacer patente lo que estaba oculto o cubierto al que lo descubre o a los demás. El autor de una máquina la inventa; la invención es hija del ingenio. El que halla en una planta una cualidad que no se le conocía antes de él, no inventa aquella cualidad, sino que la descubre. El descubrimiento puede deberse, pues, a la casualidad o a la indagación, pero sin esfuerzo ni complicación del ingenio. El descubrimiento existía antes, aunque oculto. El invento ha nacido en la cabeza del inventor.

Colón descubrió las Indias. Se descubre un tesoro. Jersey descubrió la vacuna. ¿Quién descubriría la propiedad narcótica del opio? Guttemberg inventó el arte de imprimir. Linneo inventó un sistema en la Botánica.

La invención es capaz de mejoras sucesivas; el descubrimiento, no. La invención del reloj, que empezó por los de campana, se ha mejorado hasta hacerlos del tamaño de un duro: se ha mejorado la de los coches, etc.

Sólo se parecen el inventor y el descubridor en ser ambos los primeros.

Invención: la acción y efecto de inventar.

Invento: la cosa inventada sólo.

AQUÍ, ACÁ; ALLÍ, ALLÁ.-Aquí, acá: el paraje donde está el que habla. Allí, allá: el paraje distante del que habla, aunque allá parece envolver un sentido más remoto.

Creemos que aquí y allí son absolutos. Así decimos aquí estoy, etc. Acá se dice en señal de llamamiento al que está lejos para que venga al paraje donde estamos desde aquel en donde está, y allá se dice para que el que está allí vaya más distante, allá. Aquí y allí se pueden señalar, son puntos fijos, determinados. Acá, allá envuelven un sentido más lato y casi siempre relativo y en contraposición uno de otro. Cuando hablamos de Francia absolutamente, decimos: allí se vive con gusto. Pero si decimos allá se vive con gusto, parece que hemos dicho ya o vamos a decir cómo se vive acá. Así se dice por acá, por allá.

Nos parece que de un punto fijo y determinado se dice aquí, allí, como aquí en Madrid, en esta casa, etc., allí en el Prado, en París, etc., y de punto más vago acá, allá, como acá en España, en Europa; allá en Francia, en América. Acá en la tierra, allá en el cielo.

LEÑA. MADERA.-Si sirve a la combustión es leña: si a la construcción, madera. El roble da buena leña. Mucho pesa la madera del nogal. Leña se entiende regularmente hecha trozos. Madera es la parte sólida.

LEÑO. MADERO.-Leño es un trozo de árbol cortado y limpio de las ramas. Madero la pieza de madera larga y de grueso casi cuadrado. El leño es informe. El trabajo ha dado ya alguna manera de forma al madero.

LECHO. CAMA. TÁLAMO.-Lecho es aquella armazón o mueble que sirve al hombre para su descanso.

Cama es ese mismo mueble y además también es cama la reunión de colchón, sábanas, etc., y demás ropa que se dispone y adereza para dormir, aunque esté en el suelo, sin armazón alguna, y cama también todo junto. Y cama por extensión el paraje dispuesto o aderezado o natural en que descansan los animales.

Aunque ya generalmente se llama también lecho a la reunión de la ropa, y de la armazón sobre que descansa, aun en este caso se diferencian; porque el lecho se supone hecho y completo: la cama se hace, lecho se entiende entero particularmente en el estilo noble, en que no se suele usar cama por ser más familiar.

Tálamo es sólo la cama de los desposados; y por esto suele ir siempre acompañado del adjetivo nupcial.

MENEAR. MOVER.-Mover; hacer variar a un cuerpo de sitio. Menear: agitar una cosa sin hacerla perder el sitio que ocupa en su totalidad. Éste es el genuino significado de estas dos voces. El soldado que marcha se mueve, y para moverse se menea: el que marca el compás se menea y no se mueve. Un fardo que se traslada de una parte a otra se mueve y no se menea. Si alguno de estos verbos puede en algún caso equivaler al otro es sólo por extensión como dice nuestra Academia. V. Mover.

**SONIDO. RUIDO. RUMOR.**-El ruido es un sonido desapacible. Rumor es un ruido bajo, indeterminado aún, de poco sonido.

**ESTRUENDO. ESTRÉPITO.**-Estruendo es un ruido grande que asorda. Estrépito parece ser un estruendo súbito, y como de cosa que se rompe o estalla. El estruendo de un batán: el estrépito del cañón.

**TRANSPARENTE. DIÁFANO.**-Diáfano se dice de aquellos cuerpos que sólo dejan pasar la luz por poros invisibles. Transparente se dice de estos mismos y de aquellos que la dejan pasar por intersticios sensibles. El cristal es diáfano y, transparente. La gasa es transparente y no diáfana.

**FORMA. FIGURA.**-Forma es el modo de ser de las cosas y así la forma las distingue unas de otras. Figura es sólo la forma o disposición exterior de las cosas. Forma parece aludir más bien a la coordinación de las partes y su congruencia entre sí y con el todo: de la forma depende la perfección. La figura es el contorno exterior, a veces engañoso, que suele deslumbrar a primera vista. La forma puede ser la misma en una mujer hermosa y otra fea: la figura será diferente.

**APARICIÓN. VISIÓN.**-Aparición es la manifestación súbita y visible de una cosa naturalmente invisible o que no se suele ver ni se espera ver, como la aparición de un cometa, etc. Por lo regular la aparición es milagrosa y por lo tanto obra de Dios. Visión se entiende lo que se cree ver o una especie que Dios envía o infunde por modo de revelación: por consiguiente la visión no presenta cuerpo ni es sensible a los sentidos; o se presenta sólo interiormente a la imaginación, o es efecto del esfuerzo de una imaginación acalorada o debilitada y poseída habitualmente de una idea. Cristo se apareció a sus discípulos después de su resurrección; los timoratos supersticiosos creen apariciones lo que sólo son apariencias vanas: los fanáticos ven visiones y creen tenerlas a cada paso.

**VIEJO. ANCIANO. ANTIGUO.**-Viejo se aplica a las cosas que han servido mucho tiempo, o cuya moda ha pasado más o menos recientemente, y a las personas de más edad relativamente a otras en contraposición de joven y a las de mucha edad absolutamente. Viejo es un mueble muy usado, vieja es una hechura que haya dejado de usarse aunque haga poco que haya dejado de usarse, en contraposición de nuevo; decimos de una muchacha de diez y seis años que elige marido de cincuenta que se casa con un viejo.

Anciano sólo se aplica a las personas, y significa siempre absolutamente la mucha edad.

Anciano es también más usado en sentido serio y noble; y se toma casi siempre en buena parte; decimos sólo anciano venerable, buen anciano, al paso que indistintamente decimos buen viejo o pícaro viejo. Anciano lleva consigo cierto sentido de respeto.

Antiguo se dice sólo de las cosas cuya moda ha pasado hace ya mucho tiempo, o (cuando está antepuesto al sustantivo) de las que han llegado hasta nosotros en medio de un largo trascurso de años, o (cuando está pospuesto) de las que han existido y dejado de

existir antes de nosotros. Antiguos son los y \*\*\* tupés; antiguas son muchas casas y decimos de costumbres antiguas, la antigua Grecia, etc.

En plural sólo se aplica a las personas, y decimos los antiguos, pero entonces significa también los que existieron en otros siglos.

Antiguo también es relativo a moderno, así como viejo a nuevo y a joven, pero siempre alude a más tiempo atrás que viejo. Vieja es una noticia de esta mañana, si hay otra más nueva esta tarde. Antigua es la moda de usar polvos en el peinado, sin embargo de que, no hace tantos años que se introdujo la moda moderna de no llevarlos.

CADUCO. DECRÉPITO.-Caduco se aplica a cosas y personas. Caduco es lo que está en el último término de su existencia, próximo a concluirlo. La persona caduca es la persona muy anciana. La persona decrepita es aquella que de puro anciana y caduca, chochea ya. El anciano puede aún llegar a ser caduco, y el caduco decrepito; el decrepito sólo puede morir muy pronto. Ha recorrido ya toda la escala de la vida.

FRUTO. FRUTA.-Fruto: lo que el árbol o planta produce cada año después de la flor y de la hoja, etc., y cualquiera producción de la tierra que rinde utilidad. Fruta es el fruto comestible que, dan los árboles y plantas: y comúnmente aquellas son frutas que sirven más para el regalo que para el alimento, como la pera, guinda, fresa, etc. El árbol que tiene fruta ha dado fruto.

DEFECTO. FALTA.-Defecto: imperfección natural o moral. Falta, el hecho de obrar contra la obligación, y la cosa que se hace en este caso. Por consiguiente el defecto se tiene, la falta se comete. En una falta se reincide, se vive con el defecto. El defecto se corrige, la falta se castiga. La falta es accidental, el defecto natural en el cuerpo o en el ánimo. Es peor cometer una falta que tener un defecto. Hay defectos inocentes; las faltas son siempre nocivas.

CIERTO. VERDADERO.-Cierto, lo que realmente sucede o ha sucedido. Verdadero, lo que contiene o es arreglado a verdad. El hecho es cierto y la relación verdadera.

AMAR. QUERER.-Amar es tener inclinación y afecto o afición a alguna persona. (Acad.)

Querer es amar con deseo, tener cariño, voluntad o inclinación a alguna persona. (Acad.) Se ama más noblemente y con desinterés: el que quiere es con la esperanza del premio y de la posesión.

HABLAR. CONVERSAR.-Habla uno solo: son precisos dos lo menos para conversar: la conversación supone además cierta familiaridad o igualdad entre los interlocutores. No se conversa con Dios, con el rey...

CORREGIR. ENMENDAR. REFORMAR.-Corregir es enderezar lo torcido, hacer entrar en el buen camino lo que iba por el malo: poner bien lo que está mal. Enmendar es poner una cosa mejor que está o resarcir el daño hecho con un bien equivalente. Reformar



es dar buena forma nuevamente a una cosa que desde luego se había hecho mal, o que había degenerado de su primitiva bondad. Lo enmendado queda mejor; lo corregido queda bien; lo reformado toma nueva forma. La enmienda supone la mejora, la corrección la perfección, la reforma una mudanza total. Se puede corregir una cosa a medio hacer; la enmienda supone un yerro hecho enteramente ya. El que se corrige con tiempo no llega a ser vicioso. El que se enmienda es porque lo es. Se corrige un defecto de genio y no se enmienda: se corrige modificando: se enmienda quitando enteramente y poniendo nuevo: se reforma dando nuevas reglas y formas. El que corrige sus defectos gana para con la sociedad: el que enmienda sus yerros para con la sociedad y para con Dios. El que corrige sus defectos hace bastante, pero hace más el que además enmienda sus costumbres y reforma su vida. Se reforma un establecimiento, una nación etc.; se corrige al inferior; se enmienda uno a sí mismo.

**ERROR. YERRO.**-Error es propiamente concepto, juicio falso, inteligencia equivocada (Acad.) Por consiguiente el error es hijo del entendimiento.

Yerro es la falta cometida por equivocación o malicia o ignorancia contra los preceptos y reglas de un arte, absolutamente contra las leyes divinas y humanas, o la mera equivocación por descuido o inadvertencia, tomando o poniendo una cosa por otra.

El error pues, se tiene, o profesa. El yerro se comete. El yerro se enmienda; del error se puede uno retractar; del yerro, no. Era un error creer que el sol giraba en derredor del mundo. Es un yerro decir una cosa por otra.

**MUNDO. UNIVERSO.**-Universo es todo lo creado; lo que vemos y lo que no vemos. Mundo según el Diccionario de nuestra lengua es lo mismo; pero generalmente se entiende por mundo el planeta que habitamos. El mismo Diccionario dice artículo Universo: úsase con más extensión que la voz mundo.

**MOMENTO. INSTANTE.**-Momento; el mínimo espacio en que se divide el tiempo. Instante; el más pequeño espacio de tiempo. El momento dura poco, pero al fin dura algo; el instante apenas da lugar a la imaginación para concebirle y abarcarlo: así se dice: hice esto en algunos momentos que tuve desocupados, y no instantes; este sólo se usa en la mayor ponderación que se puede hacer de brevedad: ¡en un instante! El instante insta más que el momento. **USO. COSTUMBRE.**-Costumbre es el hábito adquirido de alguna cosa por haberla hecho muchas veces. (Acad.)

Uso. El estilo o práctica general de alguna cosa. (Acad.)

Por consiguiente el uso es lo que hacen muchos: la costumbre lo que hace uno o muchos desde mucho tiempo; la costumbre es antigua; el uso, general.

Acaba de probar esto el refrán: en cada tierra su uso y en cada casa su costumbre. (Acad.) El uso es de las gentes que componen aquella tierra; la costumbre de una casa sola.

**AVE. PÁJARO.**-Más especialmente se suele entender pájaro por las aves pequeñas. (Acad.) Ave se dice de las que se comen, sobre todo si están ya aderezadas.

FORASTERO. EXTRANJERO.-Forastero; el que no es del pueblo. Extranjero; el que no es de la nación.

YERRO. FALTA. EQUIVOCACIÓN.-El que comete una falta sabe lo que hace; el que comete un yerro puede no saberlo; porque falta es la contravención al deber simplemente y cada uno sabe su deber o debe saberlo; el que comete falta no es, pues, disculpable. El yerro es la contravención al deber, o la cosa hecha en perjuicio del mismo que la hace por malicia o ignorancia; así que el cometer un yerro puede ser disculpable. El yerro tiene enmienda; la falta no tiene más remedio que no volver a cometerla. La equivocación es siempre inocente, es hija de la inadvertencia o ignorancia, nunca de la malicia. Está disculpada por su misma naturaleza y así una vez conocida se rectifica.

DESPUÉS. LUEGO.-Después denota en general posterioridad en el orden de las cosas. Luego indica también posterioridad, pero más inmediata. Luego iré, después de comer. Luego voy, después iré: y no: después voy.

TRADUCCIÓN. VERSIÓN.-La traducción puede ser libre; la versión es literal.

CONTRA VENENO, ANTÍDOTO. PRESERVATIVO.-Contra veneno es el medicamento o confección que se opone a los efectos del veneno preservándonos de ellos o corrigiéndolos.

El antídoto es esto mismo, pero además, por extensión, dice la Academia, cualquiera otra medicina que preserva de algún mal.

El preservativo es el que tiene virtud o eficacia de preservar (Acad.) sea de lo que fuere.

VENENO. PONZOÑA. TÓSIGO.-Veneno es la cualidad de una cosa nociva a la vida o salud en general: téngala una planta, un mineral, un animal: y la misma cosa nociva.

Ponzoña es sólo la malicia que tiene una cosa nociva y le aplicamos particularmente a la de los animales, o al efecto de la corrupción, al cual no se llama veneno. Es ponzoñoso el hedor que exhala una cloaca y no venenoso. Los indios del Perú emponzoñaban sus saetas mojándolas en un cuerpo muerto. Esto no era veneno ni tósigo (iuca).

Tósigo es el zumo del tejo y se extiende a cualquier especie de veneno; pero parece que sólo se puede llamar tósigo al tomado interiormente: es tósigo un vaso de cicuta, de opio, etc., pero no la picadura de una víbora. Parece además que supone voluntad o del que lo toma o del que lo manda tomar: se da un tósigo a uno, o se bebe un tósigo. Tósigo nunca se dice de los sólidos ni minerales, sino de los líquidos.

La ponzoña parece ser la malicia del veneno, pues decimos tomar un veneno, un tósigo, pero no una ponzoña.

LOCURA. DEMENCIA. LOCO. DEMENTE.-Locura es el desarreglo del cerebro, a veces parcial; la ausencia de juicio; pero puede entenderse a una sola manía, con respecto a

la cual tiene las ideas trabucadas; en lo que se distingue del maniático: de suerte que el loco suele hablar muy racionalmente, no tocándole al objeto de su manía: así era loco D. Quijote: en este sentido se dice que los locos dicen las verdades, y que los hombres todos son locos: hay pocos efectivamente que vivan sin manía. La demencia es el desarreglo completo del cerebro, que queda inepto para todo. Por esto nunca Cervantes llamó a D. Quijote demente, ni demencia la suya, sino locura. Loco es el que no guarda consecuencia consigo mismo: el demente ni aun es inconsecuente: la locura tiene lúcidos intervalos; la demencia, no.

La manía es el acto de fijar la imaginación en un solo objeto; pero el maniático puede ver claramente aquel objeto: toda su enfermedad está reducida a circunscribirse a él: el loco tiene manía o manías, pero no ve claro el objeto de su manía, aunque vea claro en todo lo demás que no tiene con él relación.

CRIMEN. DELITO.-Delito es la contravención a la ley humana. El crimen ofende a la naturaleza, supone maldad, y trastorna la sociedad, va contra las leyes divinas y humanas, por lo cual experimenta el rigor de la ley. Delito es llevar un paisano bigote en el día, y no crimen. Pecado es sólo la contravención a la ley divina, a los preceptos de la religión. La culpa parece que no supone maldad, sino que es hija de la fragilidad humana: incurre en la culpa un hombre bueno, aunque luego se arrepienta de ello: puede ser contra la ley divina o contra la humana: la culpa las más veces es la contravención al deber. Atentado es el crimen grande, que quebranta la ley insolentemente, solemnemente, de una manera escandalosa, perdiendo el que le comete todos los respetos más sagrados que debiera guardar.

EXTRAVIAR. PERDER.-Extraviar es hacer perder el camino, saliendo de él. Supone el acto de la voluntad. Perder es dejar de tener lo que se poseía por descuido, etc. Extravío a un hombre. Pierdo una cosa.

Extraviarse, perderse: lo mismo sucede con los recíprocos. Se extravía un hombre, un animal; no las cosas; estas se pierden. Extraviarse es perder el camino: perderse es no hallar salida en un lugar intrincado. El que se extravía puede volver a hallar el camino, que ha dejado por otro. El que se pierde necesita hallar un camino.

PUEBLO. PÚBLICO. VULGO.-Del pueblo se habla con miedo; del público con respeto; del vulgo con desprecio. El pueblo es temible, el público respetable porque representa la reunión de lo escogido de las gentes sensatas, al paso que aquél representa la fuerza de una nación entera. El vulgo es la hez de la sociedad. Al pueblo es preciso engañarle con maña, sujetarle con fuerza o sucumbir. Al público basta con deslumbrarle. El vulgo tiene todas las ideas equivocadas; se le dirige con milagros, con las más groseras patrañas por poca apariencia que tengan de verdad: es la masa común de las gentes que no se distinguen ni se hacen en nada visibles.

VERÍDICO. FIDEDIGNO.-Verídico: el que dice siempre verdad. Fidedigno: aquel que por ser verídico es acreedor a que se le dé crédito.

**PUDOR. VERGÜENZA.**-Distínguese el pudor de la vergüenza en que sólo se entiende por pudor la máscara honesta de una persona: el pudor es la salvaguardia de la modestia: evita el escándalo: una mujer mala puede tener pudor. La vergüenza es hija de la culpa; el pudor de la modestia. Una persona de pudor tiene vergüenza de dar que decir. Otra persona tendrá vergüenza de no haber tenido pudor. El impúdico es el que sin respeto a las costumbres y moral públicas no trata de ocultar su deshonestidad, o hace ostentación de ella. El desvergonzado es el que no siente remordimiento al proceder mal de obra o de palabra. La vergüenza es la conciencia de la culpa y el remordimiento que produce: y no se aplica sólo, como el pudor, a la honestidad: es aplicable a cualquier falta o culpa.

**TIPO. MODELO.**-Tipo es el molde, el ejemplar primero por el cual se han de producir otros ejemplares iguales; modelo es el ejemplo a imitación del cual se han de hacer cosas semejantes. El tipo tiene en sí la forma exacta del objeto: el modelo es la regla con que nos hemos de informar; el tipo manifiesta el objeto conforme es; el modelo como debe ser. El tipo representa la cosa y sólo de aquella manera puede seguirse; el modelo sólo se debe seguir si es bueno. Sácanse copias del tipo por impresión y del modelo semejanzas por imitación. El impresor trabaja sobre tipos: el escultor sobre modelos. En fin, el tipo se copia, se reproduce, se multiplica exactamente: el modelo se imita, se iguala o se supera, según la mayor o menor habilidad del que se le propone por norma.

**EBRIO. BORRACHO. BEODO.**-El borracho lo es y lo puede estar. Ebrio, lo está un hombre una vez. Fulano es un borracho; o está borracho; está ebrio; éste sólo representa el estado actual: aquél casi siempre la cualidad o vicio. Ebrio es de estilo más noble, y se usa también metafóricamente. Beodo es poético y sólo indica el estado. Borracho es el que se cae por las calles: ebrio y beodo es solamente el que tiene perturbada la razón.

**LEGAL. LEGÍTIMO.**-Legal: arreglado a las leyes. Legítimo: arreglado a justicia y derecho. Procedimiento legal es aquel en que se procede con arreglo a la forma que prescribe la ley: heredero legítimo es aquel que lo es por derecho de sucesión, o por la justicia que le asiste en un testamento o manda legal. Yo soy heredero legítimo por haber quedado heredado por una manda legal.

**LIBERTAD. INDEPENDENCIA.**-La libertad es la facultad de poder hacer lo que se quiere: es el estado del que no tiene coartadas sus facultades, ni obligada su voluntad, ni oprimido su cuerpo: es el estado absoluto del sujeto. La independencia es el estado del que no tiene que dar cuenta de lo que ha hecho ni pedir licencia para lo que ha de hacer: es el estado de uno relativo a otro. Una nación es libre cuando son libres sus individuos y es independiente cuando obra y existe por sí sin dependencia de otra nación. Es libre por sí e independiente de otra. España es independiente y no es libre. Las ciudades anseáticas son libres y no independientes.

**CASTIDAD. CONTINENCIA.**-La continencia es la abstinencia de los placeres carnales: la castidad es la virtud que prescribe al hombre el uso de los mismos placeres conforme a la ley divina. Un casado puede ser casto. Continente es el que no tiene comercio con mujer ninguna. Puede ofenderse la castidad de pensamiento: sólo se puede infringir de obra la continencia. Puede uno ser casto sin ser continente y viceversa.

**ABOLIR. DEROGAR.**-Abolir es dar al olvido; derogar es deshacer lo establecido: se dice abolir de los usos y costumbres; y basta el no uso para que quede abolida una cosa. Derogar se dice de un instituto, una ley, etc., y sólo se deroga una ley por medio de otra. Así se hallan abolidas las cortes de Castilla y no derogadas. Derogadas están las leyes que favorecían los duelos; sin embargo no están los duelos abolidos. Sólo la opinión pública puede abolir; cualquier rey puede derogar.

**ANULAR. REVOCAR.**-Anular es dar una cosa por de ningún valor; revocar es volverse atrás de lo dicho, para decir lo contrario u otra cosa distinta. Distínguese esencialmente en que sólo puede revocar una cosa el que la ha hecho; se anula una cosa que ha hecho otro; pero no puede anular una cosa o quitarle su valor sin un poder superior o igual por lo menos al que se le dio. El rey anuló muchos actos hechos en tiempo de la constitución. Sólo el que ha hecho un testamento puede revocarle; si muere antes de revocarle, nadie puede revocarle ya: es irrevocable.

**PELO. CABELLO.**-Cabello se aplica sólo al pelo de la cabeza de las personas. Dícese pelo de barba, ese caballo tiene buen pelo. Vello es más blando y corto y se usa por el pelo que nace en ciertas partes del cuerpo, o en aquellas donde no suele nacer; aplícase también a los animales. Bozo es el vello que empieza a apuntar a los jóvenes en la barba y bello superior.

**TENER. POSEER.**-La significación de este último es mucho más ceñida; sólo se posee lo que está en poder de uno, con dependencia absoluta, y lo que es de propiedad. Tener se entiende tener cogido, tener momentáneamente. Cosas puede uno tener que no posea: Fulano tiene una casa que no poseerá mucho tiempo. Se tiene de hecho; se posee de derecho.

**ASTA. CUERNO.**-La malicia, polilla de las lenguas, ha hecho más noble asta. Cuerno es bajo, familiar. En montería llámase asta con preferencia al tronco principal del cuerno del ciervo, lo cual establece alguna diferencia. (Acad.) Nos parece que astas se dice mejor de los ciervos, etc. Úsanse indistintamente; dícese sin embargo del caracol que tiene cuernos y no astas. Aun del carnero y cabra, dícese poco asta.

**COMEDOR. COMILÓN. HAMBRIENTO. HAMBRÓN. GLOTÓN. GASTRÓNOMO. GOLOSO. GULOSO.**-Comedor es el que es de buen comer.

Comilón el que come mucho y desordenadamente.

Goloso el que se para más en la calidad que en la cantidad; el que gusta de cosas delicadas y exquisitas y anda picando de ellas.

Guloso el que se entrega sin freno al apetito desordenado de comer; el que por gusto come sin gana.

Hambriento es el que tiene hambre.

Hambrón el que la anda siempre manifestando.

Glotón es el que por costumbre come mucho y con ansia.

Gastrónomo es el conocedor que come mucho pero bueno.

LÍCITO, PERMITIDO.-Lícito es lo que no está prohibido; permitido, lo que está autorizado.

FLUIDO. LÍQUIDO.-Fluido es lo que tiene la propiedad de fluir, correr, dilatarse: el aire es fluido. El líquido no es fluido siempre: el agua estancada, el aceite en una botella, etc., no son fluidos, y son líquidos. Estilo fluido, estilo corriente, que corre. El líquido moja: el fluido no siempre: todos los líquidos mojan, hay fluidos que no.

LIMAR. PULIR. PULIMENTAR.-Limar es deshacer y quitar con lima la superficie de un cuerpo duro. Pulir es poner tersa una superficie por frotación. Pulimentar es dar lustre a lo terso, a lo que se ha pulido. Después de limar un cuerpo se pule y luego se pulimenta. Y en lo metafórico por consiguiente, limar es acabar de quitar las imperfecciones, dar la última mano: pulir es hermosear lo acabado.

ROBAR. HURTAR.-Se diferencian en que hurtar se entiende haciendo desaparecer la cosa y no a cara descubierta, sino ocultando el nombre o el cuerpo. Robar es en general coger lo ajeno contra la voluntad de su dueño; de modo que el que hurta, roba; pero no todo el que roba hurta. Hurta el ratero; roba el salteador de caminos. La etimología de hurtar y sus derivados lo prueban. Furtum, hurto; fur, ratero; furtivo, a hurto, a hurtadillas, hurtar el cuerpo, etc. Hurtarse, esconderse. Aplícase por consiguiente hurtar a cosas más pequeñas. Mal se puede hurtar una casa.

GENTILES. PAGANOS.-Diose el nombre de gentiles a todos los pueblos que vivían fuera del gremio de la primitiva Iglesia, y el de paganos a los adoradores de los dioses falsos que perseguidos por los emperadores cristianos iban a ejercer su culto al campo. Gentiles había que adoraban al Dios verdadero. (Pagano, el que vive en el campo.) (Acad.)

GORDO. GRUESO. OBESO.-Gordo está el que tiene muchas carnes, mucha crasie, gordura, manteca. Grueso es el que abulta, de suyo grande y recio. Obeso es el gordo en demasía. Puede ser un hombre grueso sin estar gordo. Un hombre gordo puede no ser grueso, porque la gordura es relativa; el estado del que es grueso, absoluto. El grueso que engorda mucho, y el que engordando viene a ser grueso y pasa de grueso, ambos se ponen obesos.

MALTRATAR. DAR MALTRATO.-Maltratar es injuriar a uno de palabra o de obra. Dar mal trato es no tratarle con la consideración o justicia u obsequio que le corresponde. Pedro maltrató a Juan dándole un bofetón, llamándole ladrón: en aquella posada me dieron muy mal trato.

MALIGNO. MALICIOSO. MALO.-Hombre malo es el que no tiene probidad, virtudes, costumbres, etc. Malicioso es el que se inclina a pensar mal, a interpretar las cosas en mala parte. Maligno es el que siendo malo es propenso a hacer el mal; el que es nocivo.

ENFADO. ENOJO. INDIGNACIÓN. CÓLERA. IRA. ENCONO. RENCOR.-Enfado; es la impresión molesta de desazón que causa un suceso en el ánimo.

Cuando este enfado proviene de una persona que nos incomodó ofendiéndonos, se llama enojo.

Si la ofensa o la cosa acontecida es tan injusta que salta a los ojos, o tan inesperada que nos sorprende, causa en nosotros la indignación.

Cuando el enfado o el enojo son tan grandes o la indignación que causan tan difícil de reprimir que damos muestra de ello en nuestra alteración o descompostura, pasan a ser cólera; y ésta es pasajera; así solemos decir un arrebató de cólera; porque si esta cólera es duradera y promueve en nosotros el deseo de vengarnos o castigar la ofensa se llama ira.

Si esta dejó en nuestro ánimo una mala voluntad contra su causa, es encono; y si por más tiempo que pase sin lograr la venganza conservamos siempre este encono, lo llamamos rencor.

De modo que el enfado y el enojo se disimulan en un principio; la indignación se reconcentra; la cólera estalla y pasa; la ira se manifiesta, dura y castiga, o se venga; el encono y el rencor se ocultan para lograr la venganza con más seguridad y coger ya olvidado y descuidado al agresor.

ASTRONOMÍA. ASTROLOGÍA.-Astronomía; el conocimiento de los astros.

Astrología; el conocimiento de los astros aplicado a la pronosticación.

TEMPLO. IGLESIA.-Templo es el edificio destinado al culto en cualquiera religión; el lugar donde el hombre concurre a adorar la divinidad, sea cual fuere. Iglesia es el templo de los fieles, de los cristianos. Toda iglesia se puede llamar templo y se llama efectivamente en estilo sublime; no todo templo es iglesia. No podríamos llamar iglesia al templo de Salomón.

TAPAR. CUBRIR.-Cubrir supone la idea de una superficie o extensión que se oculta debajo de otra. Tapar supone la idea de llenar un vacío; se cubre el cielo de nubes; cúbrome la cara con un pañuelo; se tapa la boca a otro; se tapa una botella, un agujero. Y si fuera disimulable decir tápese V. la cara, nunca sería bien decir cúbrase la boca: lo mejor es decir cúbrase la cara, tápese la boca. La cubierta cubre, el tapón tapa.

TOLERAR. SUFRIR. PERMITIR.-Se tolera lo que se puede impedir; se sufre lo que no se puede impedir; se permite lo que se consiente de voluntad. Dios no sólo tolera los malos sino que permite, que los haya. El hombre sufre el castigo del pecado. El año 32 se toleraron las máscaras, aunque no estaban permitidas. Lo que se permite puede ser bueno o malo, lo que se tolera casi siempre es algún mal aunque pequeño. Lo que se sufre siempre es malo, por lo menos para el que lo sufre. El que permite, autoriza. El sufrir supone

inferioridad. El tolerar y permitir, poder y autoridad. El reo no tolera la muerte por más resignado que muera, sino la sufre.

FALTRIQUERA. BOLSILLO. BOLSA.-Faltriquera es el bolsillo que se usa en las ropas y vestidos, destinado a guardar el pañuelo o demás cosas menudas que se llevan encima. Bolsillo es además, y se entiende más generalmente, aquel saquillo destinado para llevar el dinero. Bolsa es sólo la del dinero, y el mismo dinero. Así que el bolsillo y la bolsa suelen ir en la faltriquera.

El conde Fernán González y la exención de Castilla

Drama histórico original en cinco actos y en verso por

Don Mariano José de Larra

## PERSONAS

FERNÁN GONZÁLEZ, Conde de Castilla

DOÑA SANCHA, su mujer

DON SANCHO EL GORDO, rey de León y Oviedo

DOÑA TERESA SANCHA, su madre

EL CONDE DON NUÑO ANSÚREZ, privado del rey

DON GONZALO DÍAZ, privado de Fernán González

DON OSORIO, conde de Monzón

SISEBUTO, secretario de Fernán González

DON DIEGO LAINEZ, rico-hombre de Castilla

DON NUÑO LAINEZ, rico-hombre de Castilla

El Alcaide de la torre de León

Un heraldo

Ricos-hombres de Castilla

Ricos-hombres de León y Oviedo

Soldados castellanos

Soldados de León

Un criado de Palacio

Pueblo de León

La escena es en León, corte del Rey Don Sancho.

Acto primero



El teatro representa el palacio del Rey, unido al monasterio de San Salvador. A la derecha, una puerta; a la izquierda la entrada al monasterio y en el fondo salida a la calle.

Escena I

DON NUÑO ANSÚREZ, EL CONDE DE MONZÓN.

NUÑO Grande imagino, buen conde,  
                          que debe de ser el gozo  
del rey don Sancho, mi amo,  
por no esperaros tan pronto  
en su corte de León.

MONZÓN Nunca me halló perezoso  
ni su espada en las batallas  
ni su cetro al pie del trono.  
¿Y sabéis, don Nuño Ansúrez,  
qué nuevo azar de los moros,  
qué necesidad del reino  
nos llama, cuando hace poco  
que a otras Cortes convocados  
fuimos ya?

NUÑO                       Conde, lo ignoro.  
Sólo entendí por señales  
de su mal velado rostro  
que han de ser feliz presagio  
para sus vasallos todos.  
¡Gran día para sus reinos!  
Con impaciencia, entre otros,  
es esperado en las Cortes  
ese rayo contra el moro,  
el conde Fernán González,  
cuyo brazo poderoso  
si es dique de Abderramén,  
escudo es del cetro godo.

MONZÓN Mucho al conde se le debe  
y a su pecho generoso,  
que si es Marte en la campaña  
sabe templar los enojos  
de la guerra en las virtudes  
de su noble pecho adorno.  
De los grandes el más grande,  
más bueno que poderoso,  
afrenta de los cobardes,  
de los valientes desdoro.

NUÑO El rey sale; podéis verle,

que ahora pasa a su oratorio  
a su rezo.

## Escena II

Dichos, el rey DON SANCHO.

MONZÓN Gran señor,  
pues que tanta dicha gozo  
de vuestra Alteza los pies...

REY. Alzad, conde de Monzón;  
no esperaba yo en León,  
pues que tan anciano es,  
veros hoy, y pronto os hallo  
a acreditar vuestra ley.

MONZÓN Para servir a su rey  
nunca es viejo el buen vasallo.  
Que quien con gran diligencia  
dio su sangre en campos rasos,  
puede andar algunos pasos  
a dar muestra de obediencia.

REY Bien conozco vuestra fe  
y vuestro esfuerzo, buen conde,  
y así ella sola os responde  
que siempre os estimaré.

Decid, vos, ¿qué respondieron  
los demás grandes, don Nuño,  
a las cartas de mi puño?

¿A esta hora, cuántos vinieron?

NUÑO Ya los más, señor, llegaron.

El de Astorga, el de Palencia,  
hicieron gran diligencia;  
puesto que rivalizaron  
el de Nájera, el de Arlanza,  
el de Abelda, el de Viguera,  
y el de Osma, y el de Junquera,  
el del Vierzo, el de Berganza,  
el de Lugo, el de Viseo,  
el de Prusios y Zamora...  
estos condes sin demora,  
dando espuelas al deseo  
de servir a vuestra Alteza,  
su gran lealtad acreditan  
y la audiencia solicitan.

REY Gran gozo de su presteza  
recibo y podréis decirlos  
que en finando la oración,

del palacio en el salón  
saldré luego a recibirlos.  
Y mucho me maravilla  
que hoy ande tan perezoso  
quien estoy más deseoso  
de que llegue: el de Castilla.  
Ya Fernán González tarda.

MONZÓN No es mucho; acaso en sus lazos  
le tienen los tiernos brazos  
de su esposa, que le guarda.

REY Mucho fuera anteponer  
a tan gran necesidad  
el amor a la lealtad  
y la afición al deber.  
El mejor amigo mío  
siempre fue, Monzón, el conde;  
por él su lealtad responde:  
mucho en su consejo fío.  
Y tanto quiero obligarlo  
que aunque me dio con amor  
su buen caballo y su azor,  
nunca yo quise aceptarlo.  
Sobre tomarlo pagado,  
aun quise que cada día.  
Que en pagarlo tardaría  
fuese su precio doblado.  
¿Hay más, Nuño?

NUÑO Señor, ésta  
del obispo de León  
don Velasco; en su misión,  
a vuestra Alteza contesta  
que el rey de Córdoba insiste  
en que el mártir no se ceda,  
San Pelagio, que allí queda,  
cuyo cuerpo le pediste.

REY ¿Eso dice Abderramén?

NUÑO Así la carta lo reza.

REY ¡Ocasión de gran tristeza!  
Mas quejarme no está bien.  
Mal sentirme de él podría  
que con ser yo su enemigo,  
como cristiano, él conmigo  
usó de cortesanía,  
cuando le pedí licencia  
de buscar en sus estados  
sus médicos afamados,  
y curarme la dolencia

por la que don Sancho el Gordo  
me apellidaron los míos,  
quitándome el reino impíos;  
y él a sus intrigas sordo,  
aunque moro, caballero,  
me dio en Córdoba hospedaje,  
sin exigir vasallaje,  
donde con saber certero  
un médico me sanó  
con raras hierbas, y cuando  
cobré el trono peleando,  
con su poder me ayudó.  
Acaso con más bondad  
ese cuerpo deseado  
que hoy le niega a mi enviado  
otorgue otra vez: entrad. (A Monzón.)

### Escena III

Dichos, criado de palacio y después SISEBUTO.

CRIADO Gran señor, un enviado  
del de Castilla aquí llega.

SISEBUTO Gran rey, que bese humilde  
tus augustas plantas deja.

Mi amo y señor, el gran conde  
de Castilla, que en la vega  
inmediata, con sus grandes  
y otros condes suyos queda,  
a solicitar me envía  
para entrar en León venía.

REY Decid al conde que en mucho  
precia el rey su diligencia,  
y que bien puede en mi corte  
llegar a entrar cuando quiera.

(Vase Sisebuto.)

### Escena IV

REY, CONDE DE MONZÓN, DON NUÑO.

REY (A don Nuño.) Y vos, puesto que los grandes  
y obispos con tal presteza  
llegaron, podréis decirles  
que las Cortes se comienzan.  
Que los grandes alborotes  
que en Galicia se despiertan

de que es causa don Gonzalo,  
que así tan mal mis finezas  
paga; y los disturbios todos  
que aun en mis provincias nuevas  
de Vizcaya se suscitan  
sostenidos por don Vela;  
y el moro enemigo fiero  
ya de León a las puertas,  
llaman nuestra vigilancia  
sobre nuestro estado. Es fuerza  
que los obispos con celo  
a la religión atiendan  
también, porque ningún reino  
se gobierna bien sin ella,  
que sólo a su rey acata  
quien a Dios teme y respeta.  
Y dad orden, Nuño, presto,  
que antes que la noche venga  
el mejor de mis caballos  
se aderece, que, pues llega  
hoy el gran Fernán González,  
le quiero dar una muestra  
de cuánto le estimo y quiero,  
igualándole a mi alteza,  
con salir a recibirlo.  
En más su heroica braveza,  
en más su invencible brazo  
León y Castilla precia,  
contra el feroz Almanzor  
que a la cristiandad aqueja,  
que cien escuadras unidas,  
que cien mil huestes guerreras  
harto bien en Piedra-Hita  
tan grande verdad se muestra  
cuando el conde solamente  
con unos ciento y cincuenta  
infantes, y cuatrocientos  
caballos, allí a sesenta  
mil moros, que armó Almanzor,  
y la gente de don Vela,  
rompió en desigual combate  
haciendo en ellos horrenda  
carnicería. ¿Y quién sabe,  
si por su brazo no fuera,  
si de nuevo hasta Gijón,  
como en otro tiempo, hubiera  
cien mil veces penetrado

el moro? Y en fin, su fuerza,  
su grande virtud me imponen  
que por mi amigo le tenga,  
que sólo a los pechos nobles  
los nobles pechos aprecian.

Escena V

DON NUÑO.

¿Qué pretenderá de mí  
diciendo doña Teresa  
que aquí la esperase cuando  
entrase el rey en la iglesia?  
Mucho será que no salgan  
mis sospechas verdaderas.  
Ella al conde de Castilla  
le juró venganza eterna:  
mas ya viene.

Escena VI

DOÑA TERESA, DON NUÑO.

NUÑO Gran señora,  
don Nuño tus plantas besa.

TERESA Levantaos. ¿Al oratorio  
mi hijo entró?

NUÑO Ya entró su Alteza.

TERESA Decid que aquí no entre nadie,  
que a vos sólo hablar desea  
mi cuidado.

NUÑO Así será  
como manda tu grandeza.

TERESA ¿Sabéis, don Nuño,  
que en mis venas corre  
la ilustre sangre de don Sancho Abarca?  
¿Sabéis que en el palacio de sus reyes  
vi la luz, en Pamplona de Navarra?  
¿Que su fausto dejé cuando mi lecho  
vine a partir con el que fue en Simancas  
vencedor, y que en ello don Ramiro  
más de mi padre con la ilustre alianza  
ganó también que si vencido hubiera  
al fuerte Abderramén en cien batallas?

NUÑO No ignoro, gran señora, que este enlace  
su corona, ya débil, afianzaba



inútil fue mil veces, fácil fuera  
vengar la muerte de don Sancho Abarca.  
Yo la boda tracé; ¿quién pensaría  
que el éxito engañase a mi esperanza?  
Cuando preso en Pamplona, entre cadenas,  
la víctima miré junto a las aras,  
viole mi hermana, y en su amor ardiendo  
traidora le salvó. ¡Cielos! ¡qué rabia!  
¡Oh, cuántas veces al amor maldije,  
y maldije con él a doña Sancha!

NUÑO ¿Y qué intentáis? ¿Acaso también ahora  
cuando a estas Cortes la nación le llama  
habéis pensado?...

TERESA Asegurar el golpe  
pienso, en esta ocasión, de mi venganza.

NUÑO ¿De qué suerte?

TERESA ¿Me debes obligaciones?

NUÑO Yo cuanto soy os debo.

TERESA ¿Y recordarlas  
necesito a don Nuño?

NUÑO Gran señora,  
las tiene aquí don Nuño bien grabadas.

TERESA ¿Lo que puedo en la corte yo ensalzarle  
sabe?

NUÑO Lo sé.

TERESA ¿Y el mal que, si faltara  
a lo que espero de él, hacerle puedo  
sabe también?

NUÑO Lo sé.

TERESA Dame palabra.

¿Puedo contar con él?

NUÑO Aquesa duda  
de vuestra boca mi lealtad agravia.

TERESA Pues oye. Hoy mismo sin su gente debe  
llegar Fernán González a este alcázar.

¿Tienes, Nuño, valor?

NUÑO ¿Cuál es tu intento?

TERESA Tengo, su perdición asegurada.  
El rey mi hijo don Sancho ha de prenderle  
Pues yo le he de probar que arma asechanzas.  
Toma: entre grillos, humillado, ociosa  
para su gran valor su fuerte espada,  
yo te le entrego: si las honras quieres  
conservar por mi influjo antes logradas,  
si otras mayores conseguir deseas,  
el corazón del pérfido traspasa.

NUÑO Guardad, reina, guardad vuestros honores



para otra alma más vil y mercenaria.  
 ¡Corrido estoy, por Dios! Sí, los desprecio  
 si he de comprarlos con mi propia infamia.  
 ¿Quién fue el osado que os mintió que Nuño  
 pudiera nunca con cobarde traza,  
 cual ratero ladrón, borrón tan grande  
 echar sobre su honor, tan torpe mancha?  
 ¿Cuándo me visteis con puñal aleve,  
 como asesino vil, en la emboscada  
 su víctima acechar? ¿En qué combate  
 visteis a Nuño huir? ¿Cuál en mi cara  
 brilla señal de la traición infame?  
 ¡Oh! si pudo algún tiempo dar entrada  
 a tan torpes indicios, ved mi pecho,  
 tomad, señora, mi luciente espada.  
 Si en tantas veces como el campo moro  
 bañó en sangre enemiga por la patria,  
 no alcanzó a dar a su infelice dueño  
 mayor blasón, ni más ilustre fama,  
 dad otro empleo a su tajante filo,  
 o bien mi pecho traspasad... ¿qué aguardas?  
 Aun dentro alienta en este pecho un noble  
 corazón español.

TERESA                                                 ¿Y aquesto aguanta  
 quien tanto puede? Huid de mi presencia.  
 Yo enfrenaré, don Nuño, vuestra audacia.  
 ¿Sois vos el caballero? ¿Sois el firme?  
 ¿Sois vos aquel que la ocasión demanda  
 de perecer por mí, y aquel que tanto  
 su fe hasta el cielo y su lealtad levanta?  
 ¡Ah! mal que os pese morirá ese conde  
 y vos con él. Huid. ¿Así se paga  
 quien tanto hizo por vos? Cuando mi padre  
 os armó caballero allá en Navarra  
 ante los grandes de su reino todos,  
 yo misma, ¡necia! ¿no os ceñí la espada?  
 ¿Este el pago será de tanta deuda?  
 ¿Es esto gratitud? ¡Cuán mal vuestra alma  
 su bajo temple esconde! ¿Qué? ¿aun atado  
 el gran Fernán González os espanta?  
 ¿Tan grande es su poder? ¿Queréis acaso  
 que envuelto ya os le den en la mortaja  
 para matarle? Pues veréis mi brazo:  
 a una débil mujer más alentada  
 para el riesgo veréis: nada su esfuerzo  
 le impone a mi valor.

NUÑO

Basta ya, basta.

Mandadme luego que en su tienda busque  
allí en el centro de su tropa armada  
al feroz Almanzor; que su cabeza  
sobre la punta de mi fuerte lanza  
yo ponga a vuestros pies; que la corona  
luego a León de Abderramén os traiga;  
vereísme al punto más feroz que nunca  
romper su hueste, en su cerrada escuadra  
bañarme en polvo y en la sangre mora,  
nuevo Pelayo, y sobre rotas armas,  
y cotas y paveses penetrando,  
débil amparo serle las murallas  
de Córdoba, y sembrando luto y muerte,  
hasta las anchas vegas de Granada  
la España recorrer; cetro y cabeza  
pronto veréis rodar a vuestras plantas  
o yo en la empresa moriré.

TERESA Don Nuño,  
pues si ese mismo sois y si os halaga  
tanto, Nuño, el poder, tomad el hierro:  
¿Pensáis corresponder a mi esperanza?  
o temed...

NUÑO ¿Yo? Jamás: antes del cielo  
un rayo me confunda... Óyeme... aguarda.  
Deja a los viles la traición y el dolo.  
A los cobardes abandona esa arma.  
Tengo espada; valor Fernán González:  
yo cuerpo a cuerpo reñiré, y quien salga  
del duro acero del contrario libre,  
ese libre será. Responde. ¿Callas?

TERESA Es grande su valor.

NUÑO Y es invencible  
quien por las damas y el honor batalla.

TERESA Fuera yo loca y necia, ¿Vos vencerle?  
¿Sabéis, don Nuño, vos, de quién se trata?  
Yo os deajo: ya os conozco, y os advierto  
solamente que el labio, si es que aun ama  
algún tanto la vida, cual la tumba  
calle: y mirad que si indiscreto hablara,  
no ha de faltarme... pero, en fin, yo quiero  
fiarme aquí de vos. ¿Daisme palabra  
de sepultar lo que sabéis...? ¿Juraislo?  
Vamos.

NUÑO (¡Cielos! ni sé lo que me pasa.)  
Sí, juro.

TERESA Sea en buen hora. ¿Conoceisme?

NUÑO Demasiado.



REY ¿Cuál es la ocasión, señora,  
que cuando mi afecto piensa  
cumplir con Fernán González  
de la amistad la gran deuda  
saliendo hoy a recibirle...?

TERESA ¿Fuera salís de las puertas  
de León a festejarle?

REY ¿Y cuál otra mejor muestra  
darle puede mi amistad?

TERESA ¿Y sabéis quién con él venga,  
la ocasión de su venida...?

REY ¿Cuál otra tener pudiera  
que haberle enviado a llamar  
porque en mi corte asistiera  
a mi Consejo?

TERESA Os engañan.

¡Ay, don Sancho! ¡cuánto yerta  
aquel que en Fernán González  
hallar un amigo piensa!  
El conde es traidor.

REY ¡Señora!

¿Quién lo dice? ¿quién lo prueba?

¿Quién osa inculpar al conde  
una acusación tan fea?

Quien eso miente le infama,  
que si el conde mal quisiera  
por ventura a mis Estados,  
con alto son de trompetas  
al mundo lo publicara.

Él sacara sus banderas,  
y en campaña sus razones  
con su espada hiciera buenas.

Empero, ¿traidor el conde?

Traidor es quien le sospecha,

¡Vive Dios! que los soberbios  
nunca anidaron vilezas.

TERESA Tomad, don Sancho, ese pliego.

REY (Lee.) «Rey don Sancho: El conde Fernán González después de haber levantado a Castilla, se aprovecha de vuestro llamamiento a las Cortes, e intenta con capa de amistad quitaros el trono, sea para él, sea para restituirle a don Ordoño el Malo, a ruegos de su hija doña Urraca, que con él tiene casada, y que está en Burgos. Guardaos y el Señor Dios os guarde. Garci-Sánchez de Navarra.»

¿Queréis que a García crea,  
cuando sé que él en Pamplona  
ya otra vez en sus cadenas  
le tuvo vilmente preso?

Vos odiáis al conde...

TERESA

Sea.

Yo, don Sancho, no lo niego.  
¿Qué es negarlo? Si pudiera  
ver a mis plantas rodando  
la aborrecida cabeza  
del conde Fernán González,  
yo, no lo dudes, yo mesma  
de sus hombros la arrancara.  
¿Pensáis que no me valiera,  
si su traición inventara,  
de otro que os la descubriera  
¿o pensáis vos por ventura,  
don Sancho, que soy tan necia  
que si a engañaros me pongo  
yo misma antes os lo advierta?  
Si yo misma aquí os la digo  
es porque sé que es tan cierta  
que no es preciso fingirla,  
que a serlo yo la fingiera,  
mas buscara para vos  
quien salvase la apariencia.  
Verdad es que le aborrezco...

Mas ¿conocéis esa letra?

REY Es de mi hijo, Garci-Sánchez.

¿Acaso?

TERESA Sancho, leedla.

REY (Lee.) «Padre y señor: Don -Gonzalo Díaz, privado del conde de Castilla, levanta los pueblos y presidios de su estado, y cuando os lleguen estas letras, plegue al Señor Santiago que estéis a tiempo de evitar los daños, que acaso os prepara: toma con su gente la vuelta de León: el conde con sus ricos-hombres y principales nobles acude a las Cortes, más en guisa de hombre de guerra que de quien con pacíficos intentos se guía. Nájara, 26 de junio: era 965.-Vuestro hijo: Garci-Sánchez.»

TERESA Es traición que yo inventé:

dejad al conde que venga,  
que él presto, por Dios, dirá  
si es infundada sospecha.

Salid, hijo, a recibille.

¿A qué aguarda vuestra Alteza?

REY ¡Por San Salvador de Leyre!

¡Vive Dios! que donde quiera  
que halle al conde, que le quite  
la gana de turbulencias.

¡Así mi amistad se paga...!

¿Y quién me trajo estas letras?

TERESA El conde Mosalo Díaz,

que reventó con la priesa  
el más generoso bruto

que parieron vuestras yeguas.  
Vedle, si queréis; afirma  
que él a los rebeldes viera:  
diz que es gente recogida  
de las orillas amenas  
del Arlanza, y de Vivar,  
de Burgos, de Santisteban  
de Gormaz...

REY                                    Basta, señora.

Pagará con la cabeza.

TERESA Y ya ha tiempo que vos mesmo,

y sin que él se revoliera,  
debierais haber tomado  
tan segura providencia.

¿Paréceos que estáis seguro  
teniendo al lado esa fiera  
que sólo por conquistar,  
sólo por vencer alienta?

Si tener brazos dispuestos  
a su devoción no piensa,

¿por qué funda pueblos nuevos  
y otros arruinados puebla?

Ávila lo diga, y Osma,  
y otros ciento que la guerra  
despobló, y de castellanos  
como soberano llena.

Si a Sepúlveda fundó,  
fundáralo enhorabuena;  
mas no tantos privilegios  
a aquesa población nueva.

¿Quién le dio tales derechos?

¿Y qué arrogancia es aquesa,  
si el soberbio su poder  
con males fines no aumenta?

¿o pensáis que a su corona  
el conde añadir no intenta  
los dominios de León,  
y cuando mover no pueda  
contra los moros sus armas,

y las huestes agarenas  
tenga todas derrotadas,

Fernán González no vuelva  
contra los reyes cristianos  
entonce esas armas mesmas?

¿Os parece que no llegue  
tiempo en que la España entera  
rinda parias a Castilla,

si muchos condes tuviera  
que al conde Fernán González  
por su mal se parecieran?  
Pues yo, Don Sancho, ese tiempo  
ved que lo contemplo cerca.

Sí: los reyes de Castilla,  
merced a vuestra flaqueza,  
asentarán su corona  
mandando a la España entera:  
el feudo y el homenaje  
alzará que hoy a tu alteza  
tan mal grado reconoce;  
y abarcará su grandeza  
León, Vizcaya, Navarra,  
Galicia y Cerdania mesma,  
y Aragón y Barcelona,  
y todas aquellas tierras  
que el Tajo, Guadiana y Duero  
hasta Lusitania riegan.

Y arrojados los alarbes  
de Córdoba y de Valencia,  
rincón sólo que el esfuerzo  
hoy de Castilla les deja,  
olvidarán nuestros hijos,  
cuanto más su infamia crezca,  
que de restaurar a España  
la gloria toda fue nuestra,  
y que el invicto Pelayo  
se levantó en esas sierras.  
Sólo aseguras, Don Sancho,  
el cetro de esta manera,  
fuera de que, ¡por Santiago!  
Es para vos grande afrenta  
que el que mató a vuestro abuelo  
insulte a vuestra paciencia,  
dentro de los mismos muros  
en donde su nieto reina.

REY Mucho creer en el conde  
tamaño traición me cuesta,  
que a dejar de ser honrado  
nunca tan tarde se empieza.

TERESA ¿Vos a mi propio enemigo  
alabáis en mi presencia?  
¿Y la sangre de Ramiro  
corre, Sancho, por tus venas?  
Cede al conde, cede el cetro,  
cede el reino enhorabuena,

que no merece corona  
quien no sabe defenderla.  
Pero, escucha: si hoy que miras  
ahí de la traición las muestras,  
no castigas, como es justo,  
del rebelde la insolencia,  
no importa: tu madre misma...  
En balde salvarle esperas;  
castigar sus demasías  
bien sabrá doña Teresa. (Vase.)

#### Escena IV

REY.

¿Que no pueda rehusar  
de la traición tantas pruebas?  
¡Ah, conde Fernán González!  
¿Tu amor... tu lealtad es ésta?

#### Escena V

REY, DON NUÑO, CONDE DE MONZÓN.

NUÑO Ya, señor, enjaezado  
el mejor bridón espera;  
el mismo que os vendió el conde.  
¿No responde vuestra alteza?  
REY Don Nuño, daréis luego orden  
que doblen las guardias nuestras,  
que un alférez con su escuadra  
salga de los muros fuera;  
que las cuadras se registren...  
NUÑO Pues, señor, ¿cuál turbulencia?...  
REY Don Nuño, Gonzalo Díaz  
alza en Castilla bandera:  
si piensa Fernán González  
que es fácil que nos sorprenda  
se engaña, pues que esperarle  
desarmados fuera mengua.  
NUÑO (¡Cielos! tu odio reconozco  
Contra él, implacable reina.)  
Señor, permitid que dude...  
REY Dude o no dude, obedezca  
el buen vasallo, don Nuño;  
Que eso importa a la defensa  
de mis reinos.



NUÑO Gran señor,  
está bien. (Por tu cabeza,  
infelice conde, tiemblo.) (Vase.)

Escena VI

REY, CONDE DE MONZÓN, CRIADO.

CRIADO Gran señor, vuestra licencia  
pide el conde de Castilla  
para ver a vuestra alteza.

REY ¿El conde ya? ¡Grande dicha!

A mi enemigo me entrega  
la fortuna en mi palacio.  
Que entre presto. Mas no... espera.

Fuerza será mi semblante  
componer, porque no advierta  
cuánto a mi pecho el rigor,  
cuánto el castigo le cuesta.  
Quiero también humillarle,  
y antes que llegue a mi alteza,  
he de hacer que aquí me espere  
como quien viene a mi audiencia.

Al de Castilla decidle  
que entre y que espere mi vuelta.  
Vos, Monzón, entrad conmigo,  
que quiero vuestra prudencia  
consultar en este caso,  
y oír lo que me aconseja. (Vanse.)

Escena VII

EL CONDE FERNÁN GONZÁLEZ, DON GONZALO DÍAZ.

FERNÁN ¡Por Dios que me maravilla  
que así reciba la corte  
a persona de mi porte!  
¡Así al conde de Castilla!  
Hoy, Don Sancho, en el salir  
a recibirme se tarda,  
y eso que ya el rey me aguarda...  
No sé de esto qué decir.  
Mas en tanto que el rey viene,  
decid, ¿cuándo en San Millán  
de la Cogolla, verán  
los pliegos, do se contiene  
la carta, en que le confiero

privilegios, ¿los enviasteis?  
GONZALO Sólo uno, como mandasteis,  
llevó a Fortunio don Pero  
Gustios de Lara, señor.  
FERNÁN Sí, el que a San Millán le hago,  
aun mayor que el de Santiago,  
por el insigne favor  
que en Simancas me hizo el santo  
de aparecer combatiendo  
contra el moro: agradeciendo  
tal gracia, por eso tanto  
desde hoy su culto venero,  
y que unos pueblos den pan,  
y otros vino a San Millán,  
y carne y legumbres quiero;  
y hacer merced de la villa  
de Pazuengos al abad,  
porque más pingüe heredad  
no tenga nadie en Castilla.  
A la venida, en Arlanza  
el monasterio también  
debisteis ver; si van bien  
las obras: con confianza,  
este santuario edifico  
a San Pedro, y quiero sea,  
porque quién yo soy se vea,  
de los de España el más rico.  
En él quiero que se entierren  
mi cuerpo y el de mi esposa,  
y bajo una misma losa  
nuestras cenizas se encierren,  
cuando ordene el Señor Dios  
que pasemos de esta vida.  
GONZALO Esa esperanza cumplida  
vendrá a ser que tenéis vos.  
Y quiera el cielo piadoso  
que harto pronto eso no sea,  
y víctima yo no os vea  
hoy de un engaño alevoso.  
FERNÁN ¡Que de esa extraña manía  
no desistáis, don Gonzalo!  
¿Qué veis en esto de malo  
para tan rara porfía?  
GONZALO Mucho, señor, me equivoco  
si no hay traición encubierta,  
y ved que en estar alerta  
no siempre se gana poco.

FERNÁN Blasonas de muy prudente.

GONZALO Luego, señor, será tarde.

FERNÁN Mejor el hacer alarde  
estuvieraos de valiente.

GONZALO Si esto no os sirve de enojo  
ved que hay grande diferencia  
de cobardía a prudencia,  
y no es valor el arrojo.

FERNÁN Eso mismo me dijisteis  
cuando, en Muñón, de Almanzor  
os puso miedo el valor,  
y al trance vos o pusisteis.  
Y la batalla se dio  
junto a la villa de Lara,  
y Almanzor volvió la cara,  
que él no fue quien la ganó.

GONZALO En los trances arriesgados  
no se juzga lo que fueron,  
ni a los que los emprendieron,  
sino por los resultados.  
Si se pierden fue locura  
intentarlos, fue baldón;  
y fue grande previsión  
si se ganan, y cordura.  
No por cobarde aconsejo,  
si por vuestro amor, gran conde:  
y aquí mi espada os responde  
si no hice alarde, aunque viejo,  
de castellano, en el trance  
que yo mismo no aprobé,  
si ante el Alhagib temblé,  
si no le seguí el alcance;  
y entonces os defendieron  
otros ciento como yo,  
y en la corte, señor, no.

FERNÁN Nunca miedo me impusieron  
los traidores; quien ignora  
la traición, no la sospecha.

GONZALO Y quien la duda desecha  
tarde su confianza llora.

FERNÁN Los traidores solamente  
hacen al vil recelar,  
que se ponen a temblar  
cuando los mira un valiente.  
Y decid, ¿tanto interesa  
al rey Don Sancho mi daño  
para urdir tan vil engaño?,

GONZALO Quiéreos mal doña Teresa.  
FERNÁN ¿Y ha de temblar por ventura  
a una mujer...

GONZALO Sí esa misma...

FERNÁN Quien de toda la morisma  
tiene su vida segura?

GONZALO Recordad que ya en Pamplona  
cerca estuvisteis por ella  
de perder en la querella,  
con la vida, la corona;  
que otras Cortes hubo este año,  
y sin haber nueva guerra,  
sacaros de vuestra tierra  
para Cortes, es engaño.

Mirad, pues, si son o no  
mis sospechas bien fundadas,  
si en traer gentes armadas  
anduve acertado yo.

Es feroz doña Teresa  
y cruel en demasía,  
y hace ya tiempo, a fe mía,  
que el que vos viváis le pesa;  
No os encarezco yo nada  
que estando solos los dos...

FERNÁN ¿Y estoy solo, vive Dios,  
cuando vengo con mi espada?

No en Navarra la ceñía  
cuando en Pamplona inhumanos  
hierros me ataron las manos  
por traición de Don García.

Que entonces a bodas fui,  
y como que despreciaba  
la traición, me la dejaba  
a cuatro pasos de mí,  
Don Gonzalo; y por más seña  
que tanto la desprecié  
que yo mismo al fin solté,  
como hombre a quien se desdeña,  
a Don García el villano,  
cuando, cobrado el acero,  
en el encuentro primero  
le tuve preso en mi mano.

GONZALO Y si entonces vos la vida  
debisteis a vuestra esposa,  
¿por qué dejarla llorosa,  
por qué impedir su venida?

FERNÁN Mejor en Burgos se está,

que ella allá con su prudencia  
que no echen de ver mi ausencia  
en Castilla, cuidará.

Volved vos a consolarla;  
decid que quedo en León  
sin que ninguna traición  
pueda aún acongojarla.

GONZALO ¿Tan mal, señor, os serví,  
con tan poca lealtad,  
que con esta crueldad  
queréis libraros de mí?  
Antes yo muera; pues hallo  
que me está mejor morirme  
que de tu lado partirme.

No a tu más firme vasallo  
de ti apartes, mientras puedas,  
que yo me parto muriendo,  
y tú, el riesgo no temiendo,  
sin quien le prevenga, quedas.

FERNÁN Siempre, don Gonzalo, a vos  
os tuve por buen amigo;  
pero no temo enemigo  
con mi espada y con mi Dios.

Mucho os agradezco, sí,  
vuestra buena voluntad;  
mas por el traidor temblad,  
no tembléis nunca por mí.

No os mando yo que os partáis  
para siempre de mi lado,  
sino en haciendo el recado  
que luego a León volváis.  
Que si por ventura fuese  
vuestro temor bien fundado,  
no sería aventajado  
que a entrambos el rey prendiese.

Guárdese de los dos uno,  
que Castilla vio valientes,  
pero como vos prudentes  
no vio Castilla ninguno.

GONZALO Vuestra alteza en ese caso  
deme su mano a besar,  
que más que correr, volar  
será hasta Burgos mi paso.

FERNÁN Id con Dios y tornad luego,  
que hasta saber de mi esposa  
el corazón no reposa,  
que arde en su amoroso fuego.

GONZALO (Yéndose.) Conde bizarro y valiente,  
tal vez por tu buena estrella  
no esté doña Sancha bella  
tan lejana con su gente.

Escena VIII

FERNÁN GONZÁLEZ, REY, CONDE DE MONZÓN.

FERNÁN (El rey sale, al parecer,  
con el semblante enojado;  
¡si habrá Gonzalo acertado  
en lo que llegó a entrever!)

REY (A Monzón.) Vos cuidado que prevenida  
la guardia esté por si el conde  
altanero me responde,  
con su espada, harto atrevida.  
(Vase Monzón.)

Escena IX

REY, FERNÁN GONZÁLEZ.

FERNÁN Gran señor, a vuestros pies  
Don Fernán González puesto...  
(Levantándose.)

El rey no me oye, ¿qué es esto?  
¡Vive Dios! por San...

REY ¿Quién es?

FERNÁN Rey Don Sancho, a vuestras plantas  
está el conde de Castilla,  
el que a ninguno se humilla... (Se levanta.)  
¡Cielos, conde! ¿Y esto aguantas?  
¿Dónde, Don Sancho, aprendisteis  
a tratar con tanta afrenta  
al que mejor os asienta  
la corona que os pudisteis?  
¿Conoceisme, rey Don Sancho?  
¿Sabéis que en Burgos si os viera,  
con sólo que os recibiera  
os viniera a vos muy ancho?  
¿Que soy tan rey como vos,  
y que aunque aquí vos mandéis,  
en Burgos me obedecéis,  
y que reinamos los dos?  
¿Son estas las Cortes, son,  
con cuyo torpe pretexto

me sacasteis para esto  
del centro de mi nación?  
REY ¿Y quién es el sandio, el necio,  
el atrevido, el osado,  
que así el grito ha levantado?  
Sino porque le desprecio,  
yo le enseñara a ese conde  
a temblar en mí la ley,  
y a respetar a su rey  
como a su rey corresponde.  
Que si aun decís que reináis  
porque levantar podéis  
los Estados que tenéis,  
no sois vos el que ignoráis  
que es más el rey en León  
que no en Castilla su conde.  
FERNÁN Y decidme vos, ¿de dónde  
el derecho, la razón  
os viene de gobernar  
en Castilla? Sancho, no;  
pues decidme, ¿no fui yo  
el que me quise obligar?  
Cuando en Castilla mi abuelo  
era juez, Nuño Rasura  
y Laín Calvo, ¿por ventura  
les conquistasteis el suelo?  
Y fueran intentos vanos,  
que jamás entra un acero  
leonés, Don Sancho fiero,  
donde hay pechos castellanos.  
¿Ignoráis que Don Ordoño  
a los condes de Castilla,  
en Regular, una villa  
junto a tierra de Logroño,  
siendo mi abuelo uno de ellos,  
hizo prender a traición,  
y que después en León  
les mandó cortar los cuellos?  
Y que entonces dio su silla,  
¿no lo oísteis cien mil veces,  
en vez de Ordoño a dos jueces  
independiente Castilla?  
Y yo os tributé homenaje  
porque pensé que otro fueras  
y que más agradecieras  
mi amor y mi vasallaje;  
que no porque necesite

de quien con su fuerte ayuda  
para mi defensa acuda  
y mi valor acredite.

Yo tuve antes que nacierais  
tanta morisma vencida  
cuanta vos en vuestra vida,  
si dos mil años vinierais.

Y si mi espada desprecia  
con insultantes estilos,  
yo os haré apreciar sus filos  
y conoceréis si es recia.

REY ¡Vive Dios, conde! ¿sois vos  
el mismo que callar debe,

y en mi presencia se atreve  
así a igualarnos los dos?

¡Vive Dios! que si a mi alteza  
otra vez os levantáis,  
que os mande, pues tanto habláis,  
cortar luego la cabeza.

Que aunque en Castilla mandéis,  
no así mandáis en León;  
ni que os saque de prisión  
vuestra Castilla esperéis.

Y porque veáis vos luego  
si injusto procedo, conde,  
me responderéis, ¿de dónde  
pudo salir este pliego?

¿Esa es lealtad y es amor,  
ese el celo y la amistad,  
y la buena fe...? Mirad,  
lo que sois es un traidor.

FERNÁN ¡Vive Dios! Don Sancho el Gordo,

que si no enfrenáis la lengua,  
que os haga con vuestra mengua  
entender que no soy sordo.

¡Por San Millán! ¡vive Dios!  
Que nunca sufrió mi pecho  
la afrenta que le habéis hecho  
en este momento vos.

Si el rey de León no fuera  
quien me ha llamado traidor,  
le hiciera ver mi valor  
que más callar le valiera.

REY ¡Hola! ¡Guardia!

FERNÁN ¡Ah, don Gonzalo!

¡Y que no os creyera yo!

Pero ¡ah! Don Sancho, que no



(Sacando la espada al ver la guardia.)  
llevaré yo lo más malo.

Escena X

Dichos, DON NUÑO ANSÚREZ, GUARDIA.

REY Prendedle.

FERNÁN                      Eso no será  
con el conde de Castilla,  
que no tanto se le humilla;  
antes muerto caerá.

REY ¿A un hombre tembláis, cobardes?  
¡Ah, villanos! ¡qué osadía!

FERNÁN ¿Todos a mí? ¡oh cobardía!  
(Saliendo del escenario con la guardia.)

Pues no que me rinda aguardes;  
no, en mi vida lo verás;  
rindo al valor mis ardores,  
mas ceder a los traidores,  
mas a los viles, jamás.

Escena XI

REY, DON NUÑO.

NUÑO ¡Cielos! el conde cayó  
tropezando en la escalera.

REY Dicha fue, que sino, fuera  
el gran valor que mostró  
difícil vencer.

FERNÁN (De adentro.) ¡Oh, infame!

Sólo así fuera posible  
rendir mi brazo invencible.  
No prisiones, muerte dame.

REY Id, y en el alcázar, Nuño,  
mandad al conde poner,  
y que nadie le entre a ver  
sin una orden de mi puño.

Que la tropa se refuerce  
que contra Gonzalo enviaste,  
antes que el campo nos gaste  
y a mayor trance nos fuerce;  
por si la gente del conde,  
trasluciendo su prisión,  
viniese sobre León  
como a su ley corresponde.

Yo castigaré al aleve  
su intento de conspirar,  
y al osado que a insultar  
a mi majestad se atreve.

Acto tercero

Vestíbulo de palacio.

Escena I

DOÑA SANCHA, DON DIEGO LAINEZ en traje de romería.

DIEGO ¿Cuál es, condesa, vuestro intento ahora?

El conde, vuestro esposo, gran señora,  
aunque conoce bien vuestro amor fino,  
en Burgos os sospecha, no creyendo  
que vos sus pasos le venís siguiendo.  
Y si hasta aquí pudimos libremente  
a favor del disfraz de peregrinos  
entramos en León, cosa arriesgada,  
dejando nuestra gente  
oculta y emboscada  
lejos de encrucijadas y caminos,  
¿no fuera empresa loca  
pensar los dos de su prisión al conde  
salvar?

SANCHA Eso me toca,  
Diego Lainez, a mí: cuando en el campo  
vimos llegar, de generoso bruto  
oprimiendo el hjar, a Sisebuto,  
y la infausta noticia  
de la prisión del conde  
de su labio escuchamos, bien lo visteis,  
yo animé la primera  
a los guerreros castellanos todos  
para el asalto fiero.  
Del fiel Gonzalo los consejos cautos  
vos recordad empero:  
«La saña suspended, dijo, condesa,  
»medios de paz se prueben; preso el conde  
»su vida es de Don Sancho; no irritemos  
»su venganza feroz. ¿Qué lograremos,

»si la muerte le da, mas que los muros  
»de León, muerto el conde, derribemos?  
»Valga el ardid: la guerra no rompamos,  
»y si por bien salvarle no podemos,  
»caiga entonces León, o bien muramos.»  
El cielo, Diego Lainez, por ventura  
sabe si aquesto es miedo u es cordura.  
DIEGO Y mal pudierais contrastar las fuerzas  
de esta ciudad con la pequeña escuadra  
que nuestros pasos sigue.  
Ved la campaña de León poblada  
de aguerridos soldados, y el estruendo  
militar de timbales y atambores  
en nuestro oído resonar. ¡Quién sabe  
si le llegó a Don Sancho  
la fama ya de la que sigue al conde  
escuadra militar! ¡Oh! tiemblo, tiemblo,  
que acaso tarde sea  
y malogrado nuestro plan se vea.  
SANCHA Casual tal vez el militar estruendo  
será que vos decís, o muestra haciendo  
Don Sancho de su gente y sus banderas,  
los clarines de Marte en la campaña  
fingiendo el trance, entre su gente sola,  
en simulacro adiestrar a su saña.  
No faltará un ardid que salve al conde.  
No conocéis vos, Lainez,  
de la mujer el pecho enamorado;  
yo al conde amé, que sus virtudes tantas,  
tales hazañas como cuenta el moro  
con terror de su brazo, harpones eran  
que amor clavó en mi pecho;  
y al que tan fácil el poder tremendo  
rompe de Abderramén, y le destroza,  
al que tan fácil a Almanzor rindiera,  
flaca, de amor vencida,  
mal resistirle una mujer pudiera.  
En balde, en balde la fatal memoria  
me atormenta mil veces de mi padre  
muerto a sus manos en la lid sangrienta.  
Yo batallé; pero venció. Y entonces,  
¡Con cuánto ardor me abalancé a los riesgos  
para salvar su vida! ¡Ay sin mí, el conde,  
Lainez, aun a pesar de tanta hazaña,  
ya perecido hubiera  
de Don García a la funesta saña.  
Después yo misma con mi lloro ardiente

su enojo conjuré, cuando mi hermano  
en su poder cayó: puesta a sus plantas,  
más generoso le pedí a los cielos  
que acaso merecía  
el traidor fementido Don García.  
¿Y qué no hiciera porque el mundo todo  
más generoso le adorara y bueno  
que valiente y terrible?  
¿Y a mí a quien tanto su afición me cuesta  
me ha de faltar un medio de salvarle?  
Yo rogaré a Don Sancho,  
sus plantas besaré; si no me escucha  
levantaré a Castilla,  
que mucho al conde quiere,  
y vos su afección mucha  
conoceréis en la tremenda lucha.  
Todos las armas, todos,  
niños, mozos, ancianos y mujeres  
empuñarán; en fin, yo misma, ciega,  
ebria de amor me ofreceré a Don Sancho  
víctima en su lugar: y aunque su reino  
por robarle a mi amor se levantara,  
quien ya salvarle pudo  
una vez, otras ciento le salvara.  
Dos veces a mi esposo  
la vida habré salvado; sí, que el día  
que le saqué en Pamplona, nueva Ariadna,  
del laberinto en que le hundió García,  
no más amor al conde que hoy tenía.  
Pero alguien llega aquí: si no me engaño,  
Don Nuño Ansúrez es.

## Escena II

Dichos, DON NUÑO.

NUÑO ¡Cielos! ¿qué veo?  
¿Será verdad? ¿tan pronto  
la condesa? ¿es ficción de mi deseo?  
¿Sois vos, condesa, y así?  
¿Y en palacio, gran señora,  
cuando el rey sin duda ignora  
que podéis estar aquí?  
¿Qué hicisteis? ¡Válgame Dios!  
Si aquí su madre os sospecha  
no ha de quedar satisfecha  
mientras que no os prenda a vos.

Que es cruel...

SANCHA                                         ¿Y no podría  
hablar yo misma a su alteza,  
y pedir por la cabeza  
del conde?...

NUÑO                                         ¡Por vida mía!

SANCHA ¡Amparadme! mas ¿no es cierto  
que al rey de adentro asistís?  
Y si vos se lo decís...  
Pero, Don Nuño, ¿qué advierto?  
¿Lloráis?

NUÑO                                         Demasiado bien  
quiero al conde vuestro esposo,  
y el llanto prueba abundoso  
si os estimo a vos también.  
Y es mi rabia y mi despecho  
que sé quien le quiere mal,  
y ha de callar el puñal  
que atenta contra él, mi pecho,  
que de fiel blasona.

SANCHA                                         ¡Oh Dios!

NUÑO Pero ¿qué dije? deliro.  
(No sé qué hacer.) Mas ¿qué miro?  
No temáis, condesa, vos:  
el rey llega... es fuerza luego  
que hasta esa sala de audiencia  
os retiréis: sin licencia  
del rey vinisteis; yo llego  
a hablarle: a que él mismo os vea  
acaso le dispondré...  
Por el conde le hablaré;  
mas él viene; presto...

SANCHA                                         Sea.  
(Vase.)

Escena III

REY, DON NUÑO.

REY Don Nuño.

NUÑO                                         Señor.

REY                                                 ¿Vos solo  
en esta estancia? ¿qué veo?  
¿Vos con muestras de dolor  
en el rostro y sin saberlo  
vuestro rey?

NUÑO                                         Señor...

REY Decidlo.

¿Cuál es vuestro sentimiento?

NUÑO Hablaré, pues que tu alteza  
tiene de escucharme empeño.

El rigor que con el conde  
usas, señor, y el afecto  
que ha muchos años amigo  
al de Castilla profesó,  
la causa son del dolor  
que despedaza mi pecho.

REY Harto, don Nuño, me cuesta;  
pero eso al honor del reino,  
y eso a mi propia quietud,  
aunque es gran rigor, le debo.

Doña Teresa, mi madre,  
no ignoráis tiene en el pueblo  
gran parcialidad, y ella es  
quien pide con más empeño  
la muerte del conde: es fuerza  
que me doblegue a sus ruegos.

Y de la traición las pruebas  
yo mismo negar no puedo.

Él a Don Ordoño el Malo  
da protección en su reino;  
vos también, Nuño, lo visteis.

¿Por qué más, como guerrero,  
viene a León, rodeado  
de pendones y de aceros?

¿Por qué levantó en Castilla  
a los castellanos pechos?

NUÑO Él niega, señor, que sea  
eso que decís vos cierto;  
que si levantó Gonzalo  
bandera, fue sin saberlo él.

REY Eso es, don Nuño, claro:  
ora que se mira preso  
niega su falta. ¿Y qué dice  
de aquesta prisión el pueblo?

NUÑO La fama, señor, del conde,  
sus virtudes y su esfuerzo  
ponen de su parte a todos:  
las calles corre revuelto  
contra el que osado le acusa  
publicando mil denuestos;  
y aun corren voces que sirven  
de aumentar el descontento:  
diz que del mar han salido

muy grandes llamas de fuego,  
y que tocándolo todo  
se han metido tierra adentro.  
Que en Zamora y en Carrión  
y en Castrojeriz ardieron,  
y en Briviesca y en Pancorvo  
y en Burgos barrios enteros,  
y en Buradón y en Calzada  
las casas desaparecieron.  
Creen que la prisión del conde,  
a quien siempre amparó el cielo,  
la causa fue del prodigio;  
que todos saben, y es cierto,  
que el ermitaño Pelayo  
de la ermita de San Pedro  
le apareció por dos veces  
en dos distintos encuentros,  
la victoria asegurando;  
y dicen ser escarmiento  
aqueste por impedirle  
las grandezas que está haciendo;  
y unos, por las calles gritan,  
y otros, llenando los templos,  
por la libertad del conde  
ofrecen votos al cielo.

REY Bien está: vos cuidaréis  
que no cometan excesos.

La ocasión de eso se quita  
quitando al conde de enmedio,  
que yo a la obediencia ciega  
he de enseñar a mi pueblo.

NUÑO Si algo, gran señor, contigo  
pudieron siempre mis ruegos,  
sea tu norte la clemencia...

REY Yo salvar al conde intento,  
y estad, don Nuño, tranquilo,  
si librar su vida puedo.

Yo le haré sacar los ojos,  
y conducirlo hasta Oviedo,  
después de haberle cortado  
la su cabellera...

SANCHA (De adentro.) ¡Cielos!

REY Allí ha de amansar el conde,  
cerrado en el monasterio  
de San Vicente.

SANCHA (De adentro.) Dejadme,  
Diego Lainez; yo no puedo

sufrir más.

DIEGO (Ídem.) Tened, señora.

SANCHA Es en balde.

REY ¿Cuál estruendo?...

NUÑO (Si la condesa imprudente...)

REY ¡Hola! Nuño, ¿qué es aquesto?

¿Cuál rumor en la antecámara?

NUÑO Ya, gran señor, voy a verlo.

La condesa de Castilla  
que pretende entrar a veros  
sin vuestra orden.

REY ¿La condesa  
en León tan pronto? ¡Cielos!

NUÑO Ya se entra, señor, que en vano  
su paso impedir quisieron.

Escena IV

Dichos, DOÑA SANCHA.

SANCHA ¿Así, don Sancho, en León  
a vuestros deudos se trata?

¿Así a la alteza se acata  
de los que en Castilla son  
más que reyes? ¡Oh! Dios quiera  
que un día a Burgos lleguéis  
porque luego os sonrojéis  
de lo que con vos se hiciera.  
Allí cuando va algún deudo  
festejarle bien solemos,  
porque en tal caso creemos  
que es el agasajo feudo.  
Es de honrados el honrar,  
y a los suyos más, señor;  
y suele más el amor  
que el castigo, desarmar.  
El que nació generoso  
no sabe nunca hacer daño,  
que, o no sospecha el engaño,  
o le perdona bondoso.

REY ¿Y queréis, condesa, vos  
que con afecto de amigo  
deje al traidor, mi enemigo,  
que me mate ¡vive Dios!

SANCHA ¿Y de qué traidor habláis?

REY El conde lo es: vos, condesa.

SANCHA ¡Oh! ¿qué imputación es esa?



¿El traidor? Vos deliráis.

¿Y yo, Sancho?

REY Vos, señora:

y si vos tan prevenida

no estabais ¿esta venida

qué quiere decir ahora?

¿Qué os trae aquí cuando el conde

preso está en León? ¿Tan presto

cómo os llegó nueva de esto?

o ¿adónde vais, pues, adónde?

SANCHA (Al amor se le permita

esta inocente ficción.)

¿No es camino por León

para todo el que visita

desde Burgos a Santiago?

Y si no guardo cautela

cuando voy a Compostela,

harto bien os satisfago,

que si haceros mal quisiera,

de vos, Sancho, no fiara;

por el monte me guiara

y no a entregarme viniera:

jamás el traidor se fía

del que vendió; estuvo el daño

en pensar que sin engaño

visitar antes podía

a un pariente como vos;

que nunca, Sancho, creí

de vuestro porte que así

nos tratarais a los dos.

Cuando pienso hallar al conde

más querido y festejado

que es de Burgos adorado,

la voz de León responde

que preso en vuestras cadenas

Fernán González está.

¿Es ese el pago que da

la Cristiandad al que apenas

la lanza un punto arrimó?

¿Al que de Almanzor famoso

tantas veces victorioso

con su daño la libró?

Regadas tiene en más gotas

de su sangre las Castillas

que gentes cuentan sus villas,

que cuenta el turbán derrotas,

y que en sangrientas peleas

moros venció; y en España  
te dirán de él una hazaña  
cada colina que veas,  
cada llano por do vayas,  
y cada palmo de tierra  
a donde llegó la guerra.  
Díganlo los Abenayas,  
los Aceijas y Almanzores  
y dígalo Abderramén,  
que él le ha vencido también,  
mal que pese a sus ardores.  
Y Dios te guarde, don Sancho,  
que Hernán González perezca.  
¿Quién estorbará que acrezca  
el cordobés por el ancho  
término de España toda  
su alto poder enemigo?  
No faltará otro Rodrigo  
para la corona goda.  
Vuélveme, o rey, a mi esposo;  
si miedo a su poder tienes,  
por él quedaré yo en rehenes;  
yo compraré su reposo.  
REY ¿Así defendiendo estás,  
Doña Sancha, al matador  
de tu padre que hoy traidor?...  
SANCHA Es mi esposo y nada más.  
REY Yo la justicia no tuerzo,  
que le mató vi despacio...  
SANCHA No traidor en tu palacio;  
en el campo, con su esfuerzo.  
Y que le matara o no,  
a traición o cara a cara,  
¿quién pedir contra él osara  
si se lo perdono yo?  
Si has de errar en tu sentencia,  
yerra, Sancho, de piadoso,  
que es mejor en lo dudoso  
inclinarse a la clemencia.  
No sonará mal un día  
que digan don Sancho el bueno,  
el que a la venganza un freno  
templado poner sabía.  
Y si la clemencia no,  
pueda a lo menos contigo,  
o tú, generoso amigo,  
el llanto que vierto yo;

que el conde culpa no tiene,  
ni tiene intención traidora,  
Sancho...

REY                    ¡Condesa! ¡Señora!  
Pero alzado: mi madre viene.  
SANCHA ¡Hay suerte más inhumana!  
Cuando ya vencido está  
¿qué intención buena será  
la que trae aquí a mi hermana?

Escena V

Dichos, DOÑA TERESA.

TERESA (¡Gracias te doy este día,  
gran Dios, pues una faltaba  
que a mi rigor se escapaba  
y tu atención me la envía!)  
¿La palabra, Sancho, es ésta  
que de condenar me distéis  
al conde, o bien le pendisteis  
con enemistad supuesta  
para concederle al llanto  
de una hermosa? Ciertamente  
sois para juez, excelente;  
valéis para eso otro tanto.  
¿No veis sus ojos que perlas  
orientales nos derraman  
y el pecho en piedad inflaman?  
¿No os bajáis, hijo, a cogerlas?  
SANCHA ¿Esto se ha de usar conmigo?  
¿Y eres tú mi propia hermana?  
No; que una sierpe inhumana  
o un basilisco enemigo  
te dio su leche en la cuna,  
no en Navarra ni en Castilla,  
sino en la africana orilla  
sujeta a la media luna.  
¿En qué prisión te encerré  
cuando a Navarra viniste?  
¿Cuando que arrastrar tuviste  
grillos que yo te forjé?  
Ese rey que adoras tanto  
¿a quién debió don García,  
cuando en cadenas gemía,  
su vida, sino a mi llanto?  
Si es que no es posible en ti

vivir sin aborrecer  
¿por qué tú no has de volver  
tu odio entero contra mí?  
Olvida al conde inocente,  
que harto España ha menester,  
no de una débil mujer,  
sí del brazo de un valiente.  
Sólo el delito fue mío,  
que yo a mi padre olvidé  
cuando con él me casé;  
no del conde que con brío,  
por más fuerte, le mató.  
Ponedme a mí sus cadenas;  
serán más dulces mis penas  
si borro las tuyas yo.  
Muera yo sola a tu saña,  
que el mundo me olvidará,  
mas nunca recobraré  
otro conde tal la España.

TERESA ¿No veis, Sancho? ¡Qué virtud!  
¡Qué heroísmo! Dadle al conde,  
y su lealtad os responde  
de vuestra propia salud.  
Que ha la España menester  
de un traidor, a quien abona,  
que quitándoos la corona  
se la venga él a poner.

SANCHA No le culpes, no, que es mucha  
para el conde tal vileza:  
yo lo juro por la alteza  
del justo Dios que me escucha.  
Mírame puesta a tus plantas  
y abrazando tus rodillas;  
mira tú cuánto me humillas  
y mi corazón quebrantas  
mi dolor grande te mueva;  
borra, si es que eres sensible,  
el tormento irresistible  
que a suplicarte me lleva.  
Nunca yo mayor le tuve.  
¿Quieres más humillación?  
A tus pies ves en León  
a la que Castilla sube  
a su trono. Ya no soy  
señora y condesa tuya,  
ya soy una esclava tuya,  
si lo quieres, desde hoy.

Cruels, dadme a mi esposo,  
o bien la vida arrancadme;  
su libertad otorgadme.

¡Compasión, Sancho piadoso!

No puedo sin él vivir.

¿Y qué mal se puede hacer  
el que yo le llegue a ver,  
si es que es preciso morir?

Dame, Sancho, que le vea,  
que bañe en llanto sus pies,  
y mátanos ya después,  
si es preciso que así sea.

REY Alzad del suelo, condesa;

presto al conde podréis ver:  
mas luego habéis de volver  
a Castilla con gran priesa.

SANCHA ¡Gran Dios! ¿Es verdad? el cielo

guarde, don Sancho, tu vida,  
y te dé dicha cumplida  
como tú me das consuelo.

REY Llevadla, don Nuño, ahora.

Vuestra vida me responde;  
y ved que de hablar al conde  
sólo os concedo una hora.

(Vanse. Por una parte doña Sancha y don Nuño: por otra el rey.)

## Escena VI

DOÑA TERESA.

TERESA ¡Santo cielo! ¿Y yo lo escucho?

¿A dónde se fue mi gozo?

De una mujer el sollozo  
venció al rey. ¡Aquesto es mucho!

(Dirigiéndose hacia la puerta por donde el rey salid.)

Si palabra no tenéis,  
si la olvidáis más vilmente  
que la distéis fácilmente,  
yo haré que la recordéis;  
y veáis que doña Teresa  
lo que dice sabe hacer,  
que no llegó a mi entender  
a mal tiempo la condesa.

Acto cuarto

El teatro representa la torre donde está preso el conde.

Escena I

FERNÁN GONZÁLEZ.

¡Oh rigor de mi desdicha!

Cruel fortuna, ¿por qué  
ves con ojos envidiosos  
mi ya malogrado bien?  
¡Ah! doña Sancha, mi esposa,  
ora donde quier que estés,  
tú la humillación no sabes  
en que tu esposo se ve,  
que a saberla, tú vinieras  
mis cadenas a romper.  
Rey don Sancho, ¿quién creyera  
tan villano proceder?  
Aunque en tratarme alevoso  
comprendo que hiciste bien;  
pues ¿qué mucho que los hombres  
den muestra de poca fe  
si hasta la suerte me pone  
tropiezos ante los pies?  
¡Y que allí yo me cayera!  
¡Que no supiera vender  
mi libertad a más precio!  
¿Porqué con vida quedé,  
si de lavar mi deshonra,  
gran Dios, no me das poder?  
Tú sabes que es la venganza  
de Sancho injusta y cruel,  
que yo soy el agraviado  
por más que él diga que lo es.  
En el campo yo a su abuelo  
cuerpo a cuerpo le maté;  
no traidor en mi palacio,  
sino riñendo con él.  
Mas ¿qué ruido oigo?...

Escena II

FERNÁN GONZÁLEZ, EL ALCAIDE al paño y después DOÑA SANCHA.

ALCAIDE  
Condesa,  
advierde que manda el rey  
que antes que pase una hora  
a Castilla has de volver;  
y por la puerta secreta  
que al campo da, esto ha de ser,  
donde para abrirte espera  
un guardia; y allí también  
te aguarda con tus caballos  
tu gente.

SANCHA (Saliendo y adelantándose.)  
Andad; está bien.

Escena III

FERNÁN GONZÁLEZ, DOÑA SANCHA.

SANCHA ¡Querido esposo!

FERNÁN ¡Cielos! ¡Sancha mía!

SANCHA Concédeme, señor, que yo tus plantas  
bese mil veces y en mi llanto bañe.

¡Cuál mis ojos te ven! ¡Ah! no son estos  
aquellos lazos, no, que te estrechaban  
dulces y hermosos, cuando en Burgos, conde,  
feliz amor a entrambos enlazaba.

¿Quién, oh sol de mis ojos, pensaría  
que en hierros y cadenas se trocaran?  
Pero ¡ay! no llanto en tan amargo trance  
te pide amor al corazón; venganza,  
venganza solamente.

FERNÁN Mal pudiera  
sus agravios vengar quien torpe arrastra  
viles cadenas.

No: morir vilmente,  
ofendido, humillado, sin mis armas  
puedo sólo esperar. ¡Oh! si matando,  
morir siquiera de feroz batalla  
pudiera entre el estruendo! Digna entonces  
mi muerte fuera de mi vida: aciaga  
tal dicha, empero, me robó fortuna.

Mas ¿vos... y en este traje disfrazada?  
Pues ¿cómo, cuando en Burgos os creía,  
en estos muros mi cariño os halla?  
¿Quién nuevas os llevó? ¿Cómo pudisteis  
de mis guardas burlar la vigilancia?

SANCHA Ora deja, señor, de mi venida  
de preguntarme la ocasión ni traza.





escuchando el rumor y los gemidos  
de los que muertos por salvarme caigan?  
Nunca; jamás. A los valientes díles  
que Castilla en su seno alimentara,  
que nunca olvidará Fernán González  
cuánto le debe a su lealtad extraña.  
Que las armas dejando, a sus hogares  
se vuelvan, y que el conde se lo manda;  
que sólo así cuanto por él hicieron  
puede ahora pagar, y así lo paga.

SANCHA ¿Que ellos las armas dejen? Por ventura  
piensas, Fernán González, que lograra  
sin ti volverlos nadie a sus hogares?  
Ellos juraron, y la ardiente llama  
que arde en su corazón de amor al conde  
nadie puede entibiar. No le enseñaras  
tú a ser grande a Castilla, a ser heroica,  
y acaso en tu defensa no se alzara.

No hay tiempo que perder. Óyeme. Un medio  
podemos aun probar: con cuatro guardias  
por la puerta secreta, que da al campo,  
la entrada se defiende de este alcázar,  
que el ser aquesta parte inexpugnable  
la precaución excusa: el rey me manda  
que salga por aquí: la noche oscura  
con sus negras tinieblas nos ampara.  
Viste mis ropas, y engañados todos  
creerán ver en el bulto a doña Sancha.

FERNÁN ¿Quién? ¿Yo cubrirme con ropajes vuestros?  
¿Yo a los cobardes esconder mi cara?

SANCHA ¿Qué importa que la escondas un momento  
si luego más terrible has de enseñarla?

Al campo sal, y en el oscuro bosque  
que circunda a León de espesas hayas,  
ruinado, inmenso, colosal, suntuoso,  
un monumento antiguo se levanta.  
Templo fue de Minerva, cuando Roma  
sus dioses y sus leyes dio a la España.  
Hoy nada es ya: pero en su seno esconde  
los leales castellanos, que allí aguardan  
que un héroe los conduzca a la victoria.  
Corre, Fernán González.

FERNÁN ¡Prenda amada!

SANCHA Yo aquí me quedaré, del rey, don Sancho  
a templar el enojo, y a una flaca  
mujer, ¿qué caballero ha de ofenderla?  
No corro riesgo aquí; ninguno. Marcha.

Sin ti ¿qué hicieran los valientes todos  
contra las huestes que León prepara?  
Sin ti perecerán. Tu fuerte brazo  
el éxito hará cierto de las armas.  
Inútil es que intentes disuadirme,  
o los dos moriremos. Sí, mañana...  
Aquí contigo he de esperar... escucha...  
segará un vil verdugo tu garganta,  
o en un encierro eterno, mutilados  
los ojos...

FERNÁN                                 ¿Qué decís? ¿Así se trata  
a un nieto de Porcellos, el que a Burgos  
de muchos pueblos, por blasón, fundara?

SANCHA ¡Lejos de mí tan espantosa imagen!  
Antes que sobreviva a tal desgracia  
mira este acero que, escondido, el punto  
de derramar mi sangre sólo aguarda.  
Elige, pues, en fin.

FERNÁN                                 ¡Sancha!

SANCHA                                         Resuelve.

Mira a Castilla, triste, abandonada,  
ser presa de León, y al torpe yugo  
dar la cerviz; y mira cuál la amaga  
el moro cordobés, perdido el brazo  
que del fiero Almanzor sólo atajaba  
la ardiente furia. En fin, ¿un nombre vano  
para ti será el nombre de la patria?  
¿Y tú al amor la inmolarás cobarde  
de una débil mujer? ¡Cielos! La fama  
a par que tu prisión rauda publica  
también las nuevas lúgubres propaga  
que a entrar de nuevo al castellano suelo  
sus banderas los bárbaros preparan.  
No ya por mí, que con estéril llanto  
que corras a vencer pido angustiada;  
no ya por mí, cuyas caricias tiernas  
sin duda has olvidado; por la España,  
que más de ti esperó: vuela, bien mío.  
Salva, Fernán González, a tu patria.  
Inútil le es tu muerte: ella lo pide.  
Toda Castilla, conde, y doña Sancha,  
los dos objetos de tu amor ardiente,  
unidos lo pedimos a tus plantas.

FERNÁN ¡Imposible! ¡Jamás! Vano es el ruego.

SANCHA No hay otro arbitrio... sí... sígueme y calla.

Urge ya el tiempo y la ocasión. ¿No escuchas  
los cerrojos crujir? ¿no oyes pisadas?

FERNÁN ¡Oh mujer celestial! ¿yo abandonarte sola y aquí?... Jamás.

SANCHA No abandonada  
estaré, cuando tú, venciendo, libre  
contra León empuñarás la lanza.  
Antes de una hora en mi veloz caballo  
a nuestros tercios en el bosque alcanzas.  
Aquí es fácil que el caso no descubran,  
pues yo he de procurarlo, hasta mañana.  
Nadie espera este golpe; de improviso  
puedes dar el asalto antes del alba.  
La confusión, la noche, la sorpresa...  
Todo, en fin, la victoria te afianza  
antes que aqueste engaño se trasluzca.  
Pero el tiempo veloz corre, y... ya basta.  
Por la postrera vez... elige: o quieres  
que este acero...

FERNÁN Detente, esposa!

SANCHA Marcha.  
Nada escucho.

FERNÁN ¡Mi bien!

SANCHA Nada.  
Pues sea.

Pero ¡ay! ¡cuánta amargura me preparas,  
si descargando sobre ti don Sancho,  
dulce esposa, en mi ausencia, su venganza,  
sólo entro aquí, con el estéril gozo  
de vengarte, mi amor. ¡Ay! ¿Quién librara  
al rey don Sancho de mi furia? Tiemble,  
tiemble entonces León. Oh tú, que amparas,  
gran Dios, a la inocencia desde el cielo;  
si siempre presenté sobre tus aras  
un corazón cristiano, si en el campo  
yo vencí tantas veces por tu causa,  
no permitas, Señor, que el ciego enojo  
convierta el rey cruel contra la infanta.  
Ampárala, gran Dios: yo a tu custodia  
la fío y la consagro: por mi patria  
corro a verter la sangre, que en defensa  
de tu fe, tantas veces derramara.  
Si he de encontrarla víctima a mi vuelta,  
hiéreme con tu rayo antes que parta.  
SANCHA Ya se acerca el rumor, esposo: huyamos.  
No abandonemos la última esperanza.  
(Vanse.)

Escena IV

REY, CONDE DE MONZÓN, ALCAIDE.

ALCAIDE Fuerza es, gran señor, que el conde  
aun esté con la condesa,  
aunque el salir debe ser,  
como mandó vuestra Alteza,  
por la entrada que hacia el campo  
esconde la oculta puerta,  
porque a compasión el pueblo  
con su vista no se mueva.

REY ¿Entró alguno a ver al conde?

ALCAIDE Nadie más que la condesa.

REY Bien está: cuidado en tanto  
que nadie pase las puertas.

Y entrad, y al conde decidle  
que un gentil hombre le espera,  
quien quiere a solas hablarle,  
y esto, añadid, le interesa  
a su vida.

ALCAIDE He de buscarle,  
que aunque él aquí estar debiera,  
para divertir su enojo  
tal vez su estancia pasea,  
que es grande la torre; acaso  
viendo está por las almenas  
los campos tristes que envuelve  
la oscura noche en tinieblas,  
que en tales cuadros se agradan  
los tristes con complacencia,  
si a despedir no ha salido  
a su esposa hasta la puerta.  
Yo, como tú alcaide y siervo,  
le he de buscar por toda ella,  
y en diciéndole el recado,  
que me manda tu grandeza,  
volveré a traerte luego  
de tu preso la respuesta. (Vase.)

Escena V

REY, CONDE DE MONZÓN.

REY Yo mismo a la torre vengo,  
porque mi madre no advierta  
esta visita que acaso  
en palacio ver pudiera.

Aquí, depuesta del trono,  
conde Monzón, la grandeza,  
como simple caballero,  
mi antigua amistad intenta  
hablar al conde a mis solas;  
que mucho creer me cuesta,  
sin poderosa ocasión,  
la traición que le condena.  
Acaso ya arrepentido  
de su primitiva idea  
me descubra sus intentos,  
y acaso, Monzón, aun pueda,  
más que le pese a mi madre,  
hoy salvarle la cabeza.  
¡Oh, si penetrar pudiese  
cuanto mi pecho lo anhela!  
Rinda nuevo vasallaje  
a mi corona y mi alteza,  
jure a fe de caballero  
hacer con León eterna  
alianza, y aun el perdón  
de su pasada flaqueza  
lograré de su consejo,  
que a su castigo me fuerza.  
MONZÓN Eso al influjo se debe,  
tal vez, de doña Teresa.  
Tan sólo don Nuño Ansúrez  
y otros tres, a la clemencia  
se inclinan; que a los más grandes  
les puede dar la grandeza  
del conde enojos, y acaso  
con su muerte ellos quisieran  
estorbar que en adelante  
tanta sombra les hiciera.  
Y yo en verdad mucho temo  
que contener nadie pueda  
a doña Teresa; jura  
por las calles y plazuelas,  
excitando al pueblo todo  
a imitar su saña fiera,  
que no ha de salir ninguno,  
ni el conde ni la condesa  
de aquí, porque su venganza  
quiere dejar satisfecha;  
y aun más que a Fernán González  
maldice a su hermana mesma.  
Empero, mirad que alguno

hacia nosotros se llega...  
Si no me engaño, el alcaide.  
REY Oigamos lo que contesta.

## Escena VI

Dichos, y el ALCAIDE azorado.

ALCAIDE Gran señor, inútilmente  
por toda la torre entera  
buscó al conde mi cuidado,  
pues que en ella no le encuentra.

REY ¿Qué decís?

ALCAIDE Pero su esposa  
aun no dio a Burgos la vuelta,  
y preguntada, responde  
con natural extrañeza,  
que el conde con ella estaba,  
y en la torre estar debiera.

REY ¡Santo cielo! ¿así guardáis  
los presos que se os entregan?

ALCAIDE Señor... yo... si... al mismo punto  
se escuchan voces diversas  
que en el puente y el rastrillo  
y de las murallas fuera,  
señal de algún alboroto  
son, que vuestra madre intenta;  
y en la confusión tan sólo  
pude oír por las troneras  
a los guardas del alcázar  
gritos de ¡venganza! ¡muera!;  
Y aun, gran rey, si no me engañan  
de lejos las apariencias  
a entrar aquí se dirige  
esa muchedumbre fiera.

REY ¿Qué pensáis, Monzón, de aquesto?  
Forzoso es que yo lo inquiera.

ALCAIDE Mas ¿no escucháis el estruendo?  
¿No oís el rumor más cerca?  
Corro a estorbar que la turba  
entrando hasta aquí os ofenda. (Vase.)

REY ¿Qué hacer, Monzón? Pero ¿qué oigo?  
¿Qué ruido, qué alarma es ésta?

TERESA (Dentro.) ¿Quién me osa negar la entrada?  
Villanos, romped las puertas  
si insisten los miserables,  
por su mal, en defenderlas.

REY (A Monzón.) Ya, Monzón, el descubrirme  
en tan rudo trance es fuerza.

MONZÓN No expongáis, señor, tu vida;  
yo saldré, don Sancho: espera.

A tu lado va, señor,  
don Osorio en tu defensa.

Escena VII

Dichos, DOÑA TERESA y los suyos.

Soldados y pueblo de León agolpándose a las puertas; entran varios con teas.

DOÑA TERESA.

¡Venganza, cielos, venganza!  
¡Muera Sancha!... ¿El rey? (¡Ah, ciertas  
mis sospechas son.)

REY Teneos.

¿Dónde vais de esta manera?

¿Quién para tal desacato  
os dio, señora, licencia?

¿Nada está de vos seguro?

¿Qué ocasión, qué nueva ofensa  
para forzar este alcázar  
a tan grande exceso os lleva?

¿Donde a un preso de alta clase  
se le custodia y encierra?

TERESA ¿Qué es preso ya? ¡Fementido!

¿Yo he de oírlo con paciencia?

Cuando sé que el conde lejos  
libre los campos pasea,  
vengo, Sancho, y os encuentro  
solo aquí con la condesa  
disfrazada y...

REY ¿Será cierto?

¡Corrido estoy de vergüenza  
y de rabia!

TERESA No finjáis;  
mal el disimulo os sienta.

REY ¿Qué decís, que no os entiendo?

¡Por San Pedro de Cardeña!

TERESA ¿Con que no sabéis que al conde

le visitó la condesa,  
para dejarle su traje,  
en su lugar quedando ella?

¿Que, ya en el rastrillo, un guardia

le conoció, y resistencia  
yendo a hacer, con un puñal  
a dos derribó por tierra;  
y espantados los demás  
de sus bríos y sus fuerzas,  
a su nombre que les dijo,  
dejan temblando las puertas?  
¿Quién, si vos no le amparáis,  
a tal acción se atreviera?

REY ¿Yo ampararle que el castigo  
le previne?

TERESA                      Enhorabuena.

Antes que mañana luzca  
de Febo la luz primera,  
veréis asaltar, oh rabia!  
De León la ciudadela,  
por los tercios castellanos,  
su caudillo a su cabeza.  
Que inútilmente lo siguen  
por el campo a rienda suelta  
tus soldados, pues lo amparan  
su caballo y las tinieblas.  
Y esa loca, que ha nacido  
mi hermana para mi mengua,  
si hoy mediador ha encontrado  
para enfrenar mi violencia,  
no ha de librarse algún día  
de mi venganza. ¡Yo ciega  
de cólera estoy! Lo juro  
por la sangre que la tierra  
bebió de don Sancho Abarca,  
mi muerto padre, que muerta  
sólo, cadáver, su esposo,  
aunque entre en León por fuerza,  
la ha de sacar, y lo juro  
por esta misma cabeza  
que sobre el robusto cuello  
para daño suyo alienta.

Escena VIII

Dichos, DOÑA SANCHA.

(Al salir a la escena se quita y arroja la loriga del conde que se supone haberle dejado éste y queda en traje blanco.)

DOÑA SANCHA.



SANCHA Sí, mujer feroz; ya basta  
de fingimientos: sí, aquesta  
es doña Sancha, y su triunfo,  
sábelo, y su gloria es esa.  
REY ¡Oh Dios! ¡Qué traición! ¡Vos... Sancha!  
SANCHA Sí; mañana, aunque hoy yo muera,  
vencedor entrará el conde  
y vengará sus ofensas.  
TERESA En tanto que en necias pláticas  
inútil el tiempo vuela,  
acudamos al remedio.  
Rey don Sancho, si tú esperas  
vilmente ocioso en tu corte  
que a quitarte el trono vengan,  
mejor por tus intereses (con ironía)  
tu madre incesante vela.  
(Vase.)

Escena IX

REY, MONZÓN, DOÑA SANCHA.

REY Conde ilustre, sus miradas,  
su acento, todo me aterra:  
a las murallas corramos,  
a que guarden bien las puertas,  
y a evitar los desenfrenos  
que ya mi madre fomenta.  
Vos, señora, aunque confieso  
y admiro vuestra grandeza,  
advertid que el rey don Sancho,  
aunque burlado se vea,  
sabrà defender su trono,  
mas que en su defensa vierta  
cuanta sangre real de godos  
corre hirviendo por sus venas.  
SANCHA Oye, don Sancho: repara  
que ya no está en tus cadenas  
el conde Fernán González,  
y que de ti pende entera  
la suerte que hoy a tus reinos,  
y a tu mismo trono espera;  
que el que gobierna en Castilla  
nunca abusó de su fuerza,  
pero si al rigor le obligas,  
mañana, don Sancho, tiembla!

Acto quinto

La misma decoración del acto anterior.

Escena I

REY, MONZÓN.

REY Acaso extraño el partido  
                  os parecerá, Monzón,  
que tomo en esta ocasión;  
empero está decidido.  
Quiero que hoy mismo en los brazos  
de su esposo, la condesa  
quede, aunque doña Teresa  
quisiera apretar sus lazos.  
Que es doña Sancha mi tía  
y esto a mí me corresponde,  
como antes prender al conde  
también me correspondía.  
No se manche nuestra gloria,  
pues dirán que peleamos  
con valor, porque gozamos  
de ventaja tan notoria.  
Aquesta intención aquí  
me trae, que a mí me toca  
hacer que ella de mi boca  
lo venga a entender así.  
A vos, Monzón, caballero  
el más ilustre de todos,  
pues la sangre de los godos  
nos enlaza a entrambos, quiero  
fiar esta comisión.  
Con otros ciento escogidos  
caballeros, y vestidos  
ricamente, de León  
saldréis en noble cortejo;  
en una rica hacanea  
vaya la condesa, y sea  
presto; la elección os dejo  
de los que con vos han de ir:  
sólo a don Nuño mandé,

supuesto que no os hallé,  
diese orden de prevenir  
lo necesario, y ahora  
que estará lo más dispuesto,  
decid qué os parece de esto  
que ha de hacerse antes de un hora.

MONZÓN En nada, señor, pudierais  
emplear más bien mi celo;  
pluguiera, gran rey, al cielo  
que así la paz consiguierais.

REY No: ¿qué es la paz? No; partid,  
empero que no imagine,  
aunque a ello mi acción le incline  
a mi contrario decid  
que en trueco la paz pretendo,  
sino que quiero orgulloso  
vencerle en lo generoso,  
cual caballero cumpliendo.

Decidlo así.

MONZÓN Gran señor,  
está bien.

REY Que yo a tomar  
voy mis armas, y a mandar  
la defensa con valor  
tan luego como a mi tía  
ponga en libertad.

MONZÓN Forzoso  
ha de ser, pues temeroso  
nos amanece este día.  
Los leoneses débilmente  
se defienden; en los muros  
se encierran, donde seguros  
aun no se creen: al frente  
de los suyos, victorioso,  
bañado en la sangre nuestra,  
y dueño de la palestra  
el conde queda orgulloso.

REY Pues imagino en verdad  
que cuando mire amparadas  
de las murallas alzadas  
que defienden la ciudad  
nuestras numerosas haces,  
a retirar tocará,  
y aunque pienso que no hará  
hasta vengarse las paces,  
no osará entrar con su gente,  
cansada ya, los torreones.

Recogerá sus pendones  
y obrará más cautamente.  
Mas don Nuño apresurado  
llega aquí, torvo el semblante;  
¡Si osará el conde arrogante  
dar un ataque arriesgado!

## Escena II

Dichos, DON NUÑO.

NUÑO ¿Qué hacéis, señor, aun aquí?

Al asalto con furor  
se dispone el vencedor.  
Nunca más fiero le vi.

REY ¿Y abandonáis, don Nuño, la defensa?

NUÑO Gran rey, cuando arrimadas mil escalas  
al fuerte muro de León, que tiembla,

a ti y a tu corona amenazaban,  
logré a los nuestros rehacer: más grande  
encuentro, más feroz, señor, Simancas  
no le viera en sus campos; pero el conde  
vale él solo por mil en las batallas.

Como un coloso inmenso, infatigable  
entre la muchedumbre horrorizada  
fiero descuella, y filas de soldados  
derriba cada golpe de su lanza.

Más terrible a los moros en Clavijo  
no apareció Santiago por España.

Yo le miro lidiar, miro a los míos  
y se hiela en mi pecho la esperanza.

De repente a los muros un heraldo  
llega pidiendo hablar; entonces para  
el sangriento combate; un mensajero  
Fernán González a tu Alteza manda.

La paz propone, pero quiere al punto  
que la condesa de tus hierros salga.

Y puesto, dice, que tan mal su afecto  
en tan triste ocasión don Sancho pagas,  
el precio pide de su azor mudado  
y el caballo alfaraz que en las pasadas  
cortes tú le compraste, como el pago  
la escritura fijó; y de no, demanda  
que exenta su Castilla de tributos,  
sólo a su conde y rey le rinda parias,  
y no a los reyes de León ni Oviedo,  
que no tienen derechos a mandarla.

Esto pide, señor, y si lo niegas  
que hasta morir, combatiré, declara,  
o que en León no quede demolida  
ni piedra sobre piedra.

REY Doña Sancha

debe luego partir, pues que al efecto  
os tengo ya a los dos órdenes dadas.

La suma del azor y del caballo  
vosotros me diréis si he de pagarla.

Un año ha trascurrido, ¿cuánto monta?

NUÑO Mucho ha subido, y a pagar no alcanzan  
trescientos mil escudos.

REY ¿Y en tal caso  
qué me aconsejas, Nuño?

NUÑO Por desgracia

ya es tarde: en cuanto supo vuestra madre  
que propuestas de paz el conde manda,  
al punto envió a decirle que don Sancho  
sus pactos y sus paces despreciaba.

REY Don Nuño, ¿qué decís?

NUÑO Y ora de nuevo,

más irritado que antes, a las armas  
torna feroz. Doña Teresa en tanto  
estorba a don Ortuño, ardiendo en rabia  
las prevenciones que hace de orden mía  
para llevar al conde a doña Sancha.

REY ¿Qué es lo que escucho?

NUÑO Y furibunda, loca,

más que mujer, guerrero, con la espada  
que a un caballero le arrancó ella misma  
defiende con los suyos esta entrada.

REY ¡Oh! ¿qué mujer es esta? Don Osorio,

al momento marchad, y con la escuadra  
que encargada os está, las prevenciones  
andad a proteger para la marcha,  
y por Sancha volveos; disculpadme  
con ella, si en persona acompañarla  
no puedo, que urge el tiempo; y a mi madre  
decid vos (A don Nuño.) que don Sancho aquí la llama,  
y a las puertas tornad. Antes de mucho  
defendiendo sus ínclitas murallas  
verá a su rey León; mas ella viene,  
desceñida la ropa, ensangrentada...

Id, don Nuño. (Vase éste) (¡Hasta cuándo mi paciencia  
fatigarás, oh madre, con tu audacia!

Escena III

REY, DOÑA TERESA.

REY ¿Sois vos la que cuando mando  
contradice mis decretos?  
¿Quién os dio, doña Teresa,  
contra mi poder derechos?  
¿Quién os coronó en León?  
¿Qué significa ese acero?  
¿O son esas, por ventura,  
armas de mujeres?

TERESA ¡Cielos!

¿Qué lenguaje, Sancho, es ese?  
¿Vos queréis enviar, es cierto,  
a su esposo a doña Sancha?  
¿Eso es gobernar el reino?  
Eso es, hijo fementido...

REY Poned a la lengua un freno,  
que si mi madre sois vos,  
ved que yo soy el rey vuestro:  
porque tanto os he sufrido,  
no imaginéis que consiento  
que tengáis, reinando yo,  
las riendas vos del gobierno.  
Y si no me obedecieseis  
de buen grado, allá veremos  
si para granjearme un día  
vuestro debido respeto  
faltan a mi pecho bríos  
y en mis dominios conventos.  
Que ya al rostro se me asoma  
entre los años el vello,  
para tomar neciamente  
de una mujer los consejos.  
o mande yo, o mandad vos,  
mirad que no disputemos  
el poder, que aunque tuvierais  
mayor partido entre el pueblo  
que el que tenéis, me parece  
que a contrarrestar mi esfuerzo  
no fuerais bastante vos.  
A la estancia recogeos,  
y esperad en el palacio  
a que los hombres de esfuerzo  
con su espada determinen  
la fortuna de los pueblos.  
Mejor le sienta la aguja

a la mujer que el acero,  
que no se inventó la espada  
para los oficios vuestros.  
Cesen ya, cesen de darme  
enojos vuestros excesos,  
que si ora me ata las manos  
con sus lazos el respeto,  
pudiera ser que algún día  
olvidara lo que os debo.  
Cuando mejor que don Sancho  
sepáis en cualquier torneo  
correr cañas, o romper  
una lanza con desnudo,  
y derribar del arzón  
con un bote a un caballero;  
cuando a vencer a los moros  
aprendáis en mil encuentros,  
y a gobernar las naciones  
con el prudente consejo,  
venid a tomar entonces  
la dirección de mis reinos.  
Lo juro: entonces, señora,  
por la vida que yo tengo,  
por el Dios que nos escucha,  
que la autoridad os cedo.  
Pero en inútiles quejas  
instantes preciosos pierdo,  
y más la patria merece  
y más los leoneses pechos,  
que están vertiendo su sangre  
en defensa de mi cetro,  
que no tan vana querrela  
y tan loco devaneo.  
(Vase.)

Escena IV

DOÑA TERESA.

TERESA ¡Qué afrenta! ¡Que eso escuchase!  
¡Corrida estoy! ¡Qué despecho!  
Mal imaginas, buen Sancho,  
si piensas que te obedezco;  
antes que mi hermana salga  
has de atravesar mi pecho,  
antes yo misma en el suyo  
he de esconder este acero.

A estorbar que el de Monzón  
pueda conseguir su intento  
han de bastarme los míos  
que ya alicionados tengo.  
¡Hola! (Llamando.) Es fuerza que ante todo  
el estado averigüemos  
del asalto y...

Escena V

DOÑA TERESA, ALCAIDE.

ALCAIDE Gran señora...

TERESA ¿Qué es del conde de Monzón?

¿Por doña Sancha no ha vuelto  
como el rey dejó mandado?

ALCAIDE Nadie ha llegado, y me temo  
que apretando el cerco el conde  
haya dejado ese empeño  
inútil ya, a la defensa,  
que es más urgente, acudiendo.

TERESA ¿Tan aprisa el conde vence?

ALCAIDE Es tan grande su denuedo  
que es vana la resistencia:  
crece por puntos el riesgo,  
y aún más, porque en la ciudad  
partido en bandos el pueblo,  
quien el alcázar defiende,  
quien el muro, y quien dispuesto  
en favor del conde acude  
a abrirle las puertas.

TERESA ¡Cielos!

¿Y que esto mis ojos vean  
y triunfe Castilla?

ALCAIDE Dentro

de las calles ya se han visto  
castellanos, los primeros  
que valientes se han echado  
desde el muro, si bien presto,  
por ser pocos, han pagado  
su temerario ardimiento.  
Mas imitado de muchos  
este valeroso ejemplo,  
poco tiempo el rey, por más  
que le ayuden sus guerreros,  
disputará la victoria  
a los castellanos fieros



que como leones combaten.

TERESA No me ha de sobrar el tiempo.

¿Hiciste lo que encargado  
te dejé?

ALCAIDE Señora, ciego  
obedecí tus mandatos.

TERESA En buen hora: vamos presto.

La condesa sale aquí.

Déjala; no tardaremos  
en volver. Corre. ¡Insensata!

El conde podrá vencernos;

pero yo sabré, vencida,

morir vengada a lo menos.

(Vase.)

Escena VI

DOÑA SANCHA.

SANCHA Cesó, gran Dios, el tumulto;

nada oigo; cesó el estruendo.

Ya torna a lucir el día,

y en balde con él espero

que torne también mi esposo

a sacarme de mis hierros.

Quién sabe si en este instante,

víctima de tu denuedo,

por salvarme yaces roto

y despedazado el pecho.

¡Oh bárbara incertidumbre!

¡Oh inexplicable tormento!

Corazón acongojado,

deshazte en llanto sin duelo,

pues para ti sin el conde

no hay en la tierra consuelo.

Ojos que marchar le visteis

y no volveréis a verlo,

pues que el conde ya no vuelve,

lloremos, sin fin, lloremos.

TERESA (Al paño al alcaide: éste trae en una bandeja coba y daga.)

No hay ya tiempo que perder:

seguidme: este es el momento.

Escena VII

DOÑA SANCHA, DOÑA TERESA, ALCAIDE.

SANCHA ¿Quién se acerca en esta oscura  
mansión? Pero ¡oh Dios! ¿qué veo?

TERESA ¡Vive Dios! que mientras más  
la miro, más la aborrezco.

SANCHA ¡Qué aparato cruel! ¿Qué es lo que intentas?  
¿Qué pretendes de mí? ¡Qué aspecto! ¿Callas?  
¿Qué es de mi esposo, dime? ¿Todavía  
no es del rey vencedor?

TERESA ¡Mísera!

SANCHA ¡Ay! Habla.

Sí, ya lo veo; tu feroz sonrisa  
harto claro me explica su tardanza.  
¿Es vencido? ¿Le han muerto? No te acerques.  
¿Qué intención?... esa copa... tus miradas...  
gran Dios, ampara mi inocencia!

TERESA ¿Tiemblas?  
Pronto no temblarás.

SANCHA ¡Oh, qué palabras!

TERESA ¡Ferozes, como yo! Pues que los lazos  
nos unen de la sangre y nos hermana,  
quiero yo nuestro amor también con sangre  
nuestra sellar. ¿Entiendes? Pues ya tardas.

SANCHA ¡Qué horror! ¿Qué es lo que has dicho? ¡Rey Don Sancho!  
¡Don Sancho! Nadie me oye...

TERESA Bien guardadas  
por mis gentes estamos. ¡Ea! presto,  
si entre viles martirios en la plaza  
no quieres a un verdugo dar tu vida:  
elige: o el veneno o esa daga.  
Aun te doy a elegir.

SANCHA ¡Piedad!

TERESA En balde  
ruegas. Presto ha de ser: elige y calla  
para siempre.

SANCHA ¡Morir! ¡Ahora, en los años  
en que todo a vivir me convidaba!

¡Ay! yo tiemblo morir... Tente ¡infelice!  
(Cae abrazada a sus rodillas.)

TERESA ¿Pretendes que yo misma, desgraciada...?

SANCHA ¡Fernán González! Deja que a mi esposo  
pueda en mis brazos estrechar.. Aguarda  
siquiera a que le vea... Dime al menos  
qué es de él...

TERESA (Mucho tardamos. Engañarla  
quiero, y que expire de dolor.) ¿Pensaste,  
necia, que si tu esposo respirara,  
y vencernos pudiese, yo a su esposa

matara, exasperándole en su saña?  
¿Por dónde imaginó con un puñado  
de hombres, de Sancho resistir las armas?  
Sin esperar cerrado entre sus muros  
a tan débil contrario, la campaña  
corrió ardiente en su busca el hijo mío:  
presto lo escarmentó. Sola, en la plaza  
yo encargada quedé. Juzga tú ahora  
si está escrito allá arriba, que a la helada  
tumba descieras hoy a reunirme  
con tu difunto esposo, que te llama.

SANCHA ¡Cielos!

TERESA (Mas, ¿qué rumor? Fáltame el tiempo.)

SANCHA Dame la copa. ¡Por piedad, hermana!

Dámela presto ya..., yo te lo pido...

Toda la apuraré.

TERESA Toma y acaba.

(Más cerca ya el rumor... ¿será que?) (Se oyen voces)

SANCHA ¿Acaso?

TERESA No, no te halague un resto de esperanza.

Esos los gritos son de los leoneses  
que tornan, y con vivas la pasada  
victoria solemnizan.

SANCHA ¡No hay remedio!

(Al decir esto y llegar la copa a sus labios, se oye un gran estruendo y entra el primero Fernán González. Doña Sancha lo ve, deja caer la copa, y huye a refugiarse en los brazos del conde; al mismo tiempo que doña Teresa da varios pasos atrás para coger la daga que tiene el Alcaide y la persigue; pero se echan sobre ella los castellanos de que se llena la escena.)

SANCHA ¡Santo cielo!

TERESA ¿Qué miro?

FERNÁN (Desde el fondo)

¡Sancha! ¡Sancha!

TERESA No ha de valerte: muere...

SANCHA ¡Esposo mío!

(Queda en los brazos del conde sin sentido.)

TERESA ¡Oh rabia! No: dejadme... Sin venganza

yo no anhelo vivir. Adiós, esposos  
a mi pesar felices! Fueron vanas  
mis diligencias todas. ¡Oh! que el cielo  
os maldiga a los dos, como en mi rabia  
yo os maldigo también: eternamente  
mi rencor a las furias os consagra.

Escena VIII

EL CONDE, DOÑA SANCHA, DON GONZALO DÍAZ, CASTELLANOS etc.

SANCHA (Volviendo en sí.)  
¿Eres tú, Fernán González?  
¿Tú entre mis brazos, mi dueño?  
FERNÁN Para nunca, Sancha mía,  
tornar a soltarme de ellos.  
Castellanos, reportaos,  
que ya el enemigo es nuestro.  
De nuestras invictas armas  
ya está León todo lleno,  
y hasta el rey don Sancho gime  
de mis armas prisionero.  
De mi alazán generoso  
pues no satisface el precio  
y del azor, haga en cambio  
dejación de sus derechos  
pretendidos a la silla  
de Castilla, y sea exento  
de hoy más todo castellano  
de homenaje a León y Oviedo.  
Y pues que yo, por ser justa  
mi querella, no pretendo  
lo suyo, a nuestros hogares,  
castellanos, tornaremos.  
Donde con mayores glorias  
brillen nuestros altos hechos,  
que bien merece Castilla,  
patria feliz, que tenemos,  
que la hagan dichosa y grande  
nuestras virtudes y esfuerzos.

FIN DEL DRAMA

Poesías

Soneto

A un mal artista que se atrevió a hacer el busto de doña Mariquita Zavala de Ortiz después de su fallecimiento

Tente, mentido Fidias que, profano,  
dando al mármol inerte alma fingida  
tornar imaginabas a la vida  
a Cintia bella con esfuerzo vano.

La grosera facción tu inhábil mano

deja en la piedra a trechos esparcida,  
que con torpe cincel hiere atrevida,  
remedo informe del cincel de Cano.

No, si Apolo contigo fue severo,  
te vengues crudo en la indefensa hermosa  
del arte, con que lucha tu flaqueza.

Si la muerte, de hollarla temerosa,  
sus rosas respetó, no tú más fiero  
borrar pretendas su inmortal belleza.  
Abril 1829

#### Epigrama

Al esposo de doña Mariquita Zavala, habiendo mandado hacer un busto de esta señora,  
después de su muerte, a un artista que le hizo torpemente

No más llorar, Miguel; que la esperanza  
torna el busto del dueño malogrado.  
Si bien la semejanza,  
por no afligirte el alma conmovida,  
del artista el cincel disimulado  
dentro en la piedra la dejó escondida.  
Abril 1829

#### Epigrama

Repentino a un clavel improvisado

...Esta, que ves, florecilla,  
esparcida en el papel,  
por más que a tus ojos pese,  
vive Dios que es un clavel.

#### Anacreónica

Toma esa sucia plata,  
toma, platero, ese oro,  
y en el ferrado yunque  
suena el martillo tosco.

Cansa el metal  
sonante, y al golpe ponderoso  
la denegrada fragua  
retumbe en ecos broncos.

No con pesada mano  
de un casco fragoroso  
ni de bruñida cota  
dibujes los contornos  
donde Mavorte fiero  
con el semblante torvo  
anime a la refriega  
sanguinario loco.

Hazme, platero, un vaso  
cóncavo, igual, redondo,  
donde beber yo pueda  
del jugo más sabroso;  
del que nos dan las uvas  
en el templado otoño,  
y sobre todo hazlo  
cuanto pudieres hondo.

Con el buril esculpe  
en su luciente dorso  
no de feroz guerrero  
el atezado rostro.

Ni el brazo peregrino  
del extranjero corso,  
en Austerlitz y en Lodi  
y en Jena victorioso.

Ni el rayo que obediente,  
presagiador de lloro,  
llena a su voz terrible  
de espanto el orbe todo.

Ni el bronce ya homicida  
que con fragor sonoro  
muerte despide y luto  
entre el ardido plomo.

Ni el mentecato grave  
que en el papel añoso  
mentidos bienes busca  
bajo su antiguo polvo.

Graba mi rostro alegre  
vertiendo risa y gozo  
al delicado aspecto  
del jerezano mosto.

Y a Baco el rubio grano  
pisando allí afanoso,  
sacando del racimo

el zumo blanco y rojo.  
Y amor también que juegue  
con pámpanos hojosos  
y entre la cepa umbría  
se esconda con su dolo.  
Y allí Célida hermosa  
vertiendo vino en torno,  
y alma prestando y fuego,  
y vida al cuadro todo.  
Burlando ya mis penas,  
secando ya mi lloro,  
o ardiendo en puras llamas  
a los robustos mozos.  
Y así de honores tantos  
si le fabricas pronto,  
te llenen los mortales  
de tu vivir celosos;  
como abundantes tragos  
con el tazón lustroso  
del tinto Valdepeñas  
he de vaciar beodo.

Abril 1829

### Anacreónica

Quiero cantar las lides  
en cítara entonada  
sonando el eco horrendo  
de fúnebres batallas.  
Mas rebelde mi lira  
cuando mi mano airada  
la pulsa, a Fili bella,  
sólo a mi Fili canta.  
En balde, en balde quiero  
las épocas pasadas  
renovar en mi lira  
y antiguas las hazañas.  
Amor las cuerdas todas  
sacude con sus alas  
y obstinado celebra  
la bella que le encanta.  
En balde yo las cuerdas  
ardiendo en ira y rabia  
una y otra y mil veces

despechado mudara.  
Sólo a la linda Fili  
cuando yo la pulsaba,  
sólo sus quince hermosos  
amor con ella alaba.  
Suena, pues, lira mía,  
tus voces acordadas  
hoy el natal de Fili  
den a los ecos blandas.  
Y al vibrarlas Favonio  
vuele y con dulce calma  
en su cabello de oro  
deposite sus auras.  
Vuele el amor a Fili  
y entréguele su aljaba  
y bullicioso juegue  
en sus pomas de nácar.  
Del tardo Manzanares  
las ninfas y zagalas  
cojan vistosas flores  
y hagan de ellas guirnaldas.  
Suenen, lira, tus cuerdas  
en la fresca mañana  
la rosa del capullo  
arrojando sus gracias.  
Volad, versos, a Fili,  
y en premio suplicadla  
que torne sus ojuelos  
a mirarme apiadada,  
y en tantos besos deje  
que en su labio de grana  
mi labio robe el fuego  
que en su coral se guarda;  
cual ve corderos blancos  
pacer en la comarca,  
y como tiene el prado  
fragantes flores gayas;  
como hebras blondas rizas  
sobre su frente vagan  
y deja el mar menudas  
arenas en la playa;  
como suspiros tiernos  
por ella el pecho lanza,  
como zagales bellos  
se abrasan en su llama.

Abril 1829



## Epigrama

Siempre ha gemido la prensa;  
pero hoy que le das, Talidio,  
a imprimir tus obras todas,  
gime al menos con motivo.

## Oda

¿Por qué, mariposilla,  
volando de hoja en hoja,  
haciendo vas alarde  
ya de inconstante y loca?

¿Por qué, me di, no imitas  
la abeja que industriosa  
el jugo de las flores  
constante en una goza?

Advierte que no vaga  
del alelí a la rosa,  
que una entre miles busca  
y una fragante sola.

Y cuando ya la elige  
hasta exprimirla toda,  
jamás voluble pasa  
sin disfrutarla a otra.

¿No ves también que el pecho  
de ella liciones toma?  
que así jamás libada  
deje de amor la copa.

Si en tus cambiantes raros  
el sol que te colora  
deslumbra nuestros ojos  
con tintas mil vistosas;

¿Por qué, avecilla leve,  
rehúsas voladora  
sola, una flor y un cáliz  
cubrir de orgullo y gloria?

Para el batir tus alas,  
para en las blancas pomas,  
y en el turgente seno  
de la que el pecho adora.

Allí una florecilla  
dulce fragancia hermosa  
al seno de mi Fili  
con ambición le roba.

Vuela, mariposilla,  
que si una vez tan sola  
en sus matices quieta  
de sus delicias gozas.

No ya más inconstante  
has de querer traidora  
volver a la floresta  
a revolar entre otras.

Vuela, avecilla, vuela,  
recoge sus aromas,  
y tórnate a mí luego  
y dame cuanto cojas.

## Letrilla

Allá cuando niño

creí placentero  
ver a Anacreonte  
en mis gratos sueños.  
Traía en el hombro  
su fiel mensajero,  
la blanca paloma  
de rizado cuello.  
Y con su piquito  
a veces un beso  
le daba al anciano  
y un arrullo tierno;  
y él agradecido  
el dulce alimento  
entonces le daba  
de sus labios mismos;  
la copa de zumo  
llenaba Liéo,  
que con miel mezclaba  
de panal bermejo.  
Y al lado llevaba  
el falaz artero  
la lira más suave  
que vates oyeron.  
Su barba en perfumes

bañaba y su pelo;  
brillaban sus ojos  
cual si echaran fuego.  
Llegose el beodo  
a mi blando lecho,  
ya cantando amores,  
ya mosto bebiendo;  
y con risa loca  
el alegre viejo  
mostrome la lira  
con su propio dedo.  
Quíseme a sus brazos  
arrojar, mas presto  
despertome el susto  
y el súbito esfuerzo.  
Y entonces ¡oh prodigio!  
aunque fuera sueño.  
Halleme la lira  
que dejara el griego.  
Cogila turbado.  
Pulsé, y amor luego  
que en la cuerda estaba  
respondiome ledó.  
De entonces mi lira  
alegre conservo  
y si bien no dulce  
como en otro tiempo,  
mis ocios divierte  
sonando a lo menos  
amores tan sólo,  
tan sólo Liéo.

Oda

¿Dónde, abeja incansable,  
dónde vas susurrando?  
¿De alguna flor sabrosa  
buscas la miel acaso?  
No más, no más registres  
el tomillo del prado;  
no más el cáliz puro  
vayas de flor buscando.  
Sin aguardar que el tiempo  
reverdezca los ramos,

la miel más dulce y rica  
toma aquí todo el año.  
Llega de Lisi hermosa,  
llega a los suaves labios,  
y en su calor te guarda  
del aire y frío insano.  
¿Qué rosa, qué flor bella  
habrás nunca gozado  
que dé tan suave aroma,  
sabor tan delicado?  
La miel coge que miras  
continuo destilando,  
ven luego y en los míos  
ponla de rato en rato.  
Y vuelve nuevamente,  
y exprime sus encantos,  
y torna al labio mío,  
abejilla, a dejarlo.  
Y tantas veces firme  
renueva tu trabajo  
como en mis días besos  
tengo en ellos sellados.  
Que, yo, abeja preciosa,  
también cuando libarlos  
tierna Lisi me deja,  
jamás, jamás me canso.  
Cuida empero no herirla,  
cuando la estés besando,  
con el duro acicate  
el terso cutis blanco.  
Tiembla en mi crudo ejemplo,  
que por herirla ufano,  
el corazón en pena  
¡ay triste! me ha costado.  
Que el que una vez la hiere  
luego pierde el descanso,  
y abrasado en su fuego  
muere al punto en sus brazos.  
Si, empero, incauto alguno  
te pretendiese osado  
quitar la vez, escucha,  
que lo pretenda en vano.  
Súbito en él esconde  
el tu aguijón airado  
y aprenda en su castigo  
cuanto fue temerario.  
Y en vez de miel suave

sepa en tu hierro amargo  
que a Tirsi bien tan grande  
le está sólo guardado.

### Epigrama

A un mal poema titulado «Las miserias del hombre»

#### Las miserias del hombre

canta Talidio;  
y yo al oírle, todas  
ya las olvido.

Porque es entre ellas  
el escuchar su canto  
mayor miseria.

### Letrilla anacreóntica

#### Venga, Fili,

bullicioso  
el sabroso  
de Jerez.  
Del buen mosto  
de la uva  
la honda cuba  
vaciaré.

Si en la plácida  
hermosura  
mi ventura  
toda está,  
y en la cepa  
deliciosa,  
¿justo, hermosa,  
no será

Que unas veces en mi vaso,  
y en tus labios otras beba,

ya del rancio de Peralta,  
ya la dulce miel hiblea?

Si del vino  
todo el año  
no has engaño  
en el beber;  
en la copa  
vacía, chico,  
suave y rico  
moscatel.

Si en el pecho  
conmovido  
late henchido  
corazón,  
¿por qué, Fili,  
pues, te aíras,  
y me miras  
con rigor

Porque a veces en mi vaso,  
y en tus labios otras beba,  
ya del rancio de Peralta,  
ya la dulce miel hiblea?

Mientras haya  
vino y bellas,  
las querellas  
depondré.  
Es mi gozo  
su sonrisa,  
mi divisa  
es el placer.

Ese brazo  
blanco y bello  
a mi cuello  
le has de uncir.  
Vayan lejos  
las quimeras  
y no quieras  
impedir

Que unas veces en mi vaso  
y en tus labios otras beba,  
ya del rancio de Peralta,  
ya la dulce miel hiblea.

Ese trozo  
de cervato  
que ya ha rato  
rojo está,  
saca, Fili,  
de entre el humo,  
con el zumo  
venga acá.

Echa en tanto  
que algo quepa,  
de la cepa  
el buen licor.  
Y esta, Fili,  
entre placeres,  
es, si quieres,  
ocasión

De que a veces en mi vaso  
y en tus labios otras beba,  
ya del rancio de Peralta,  
ya la dulce miel hiblea.

Mientras pasa  
el crudo frío,  
que vacío  
nunca esté.  
Lejos vayan  
de tu pecho  
el despecho  
y el desdén,

Mientras Fabio  
el bosque umbroso  
va cuidadoso  
a registrar,  
yo gozando

con mil lazos  
tus abrazos,  
bien será

Que unas veces en mi vaso  
y en tus labios otras beba,  
ya del rancio de Peralta,  
ya la dulce miel hiblea.

Mientras huye  
del montero  
el artero  
jabalí;  
y la jauría  
que acaudilla  
la corcilla  
ve morir;

En los restos  
de una encina  
la cecina  
se ha de ahumar,  
y empinando  
el Valdepeñas,  
pues me enseñas,  
bien querrás

Que unas veces en mi vaso  
y en tus labios otras beba,  
ya del rancio de Peralta,  
ya la dulce miel hiblea.

Y el cabrito  
venga, que asas  
en las brasas  
y el pernil,  
y de mieles  
rica torta  
presto corta  
y dame a mí.

Con el brazo,  
más desnudo,



hazme un nudo  
alrededor,  
y la copa  
tan vaciada,  
llena, amada,  
que es razón

Que unas veces en mi vaso  
y en tus labios otras beba,  
ya del rancio de Peralta,  
ya la dulce miel hiblea.

Gira, suerte,  
aquesa rueda,  
si me queda  
que empinar:  
que las penas  
de contino  
en el vino  
se han de ahogar.

Ya se dobla,  
Fili hermosa,  
temblorosa  
aquella luz.  
Mosto, Fili,  
vacía el resto,  
toma presto  
y bebe tú,

Ya que a veces en mi vaso  
y en tus labios otras beba,  
ya del rancio de Peralta,  
ya la dulce miel hiblea.

¿Quieres, necia,  
los traguillos  
repetillos  
como yo?  
Deja, Fili,  
el loco intento  
que aun me siento  
con vigor,

Y otro fuerte  
desafío  
de más brío  
has de acabar.  
Cada brindis  
que alce el brazo  
un abrazo  
tú me da;

Mientras tanto que en mi vaso  
o en tus labios, Fili, beba,  
ya del rancio de Peralta,  
ya la dulce miel hiblea.

Si quisieron  
los amores  
tus colores  
encender;  
si fue la uva  
desgajada,  
ya preñada  
del placer;

Como el pece  
el agua hendiendo,  
que bebiendo  
ha de morir;  
ya beodo  
tú me deja  
cual la abeja  
en el jazmín,

Que unas veces en mi vaso  
y en tus labios otras beba,  
ya del rancio de Peralta,  
ya la dulce miel hiblea.

Si al tocarte  
brotas luego  
vivo fuego  
en el mirar;  
cual la chispa  
al golpe fiero  
del acero

el pedernal:

Si contino  
tus caricias  
mil delicias  
vierten ya  
¿Por qué, Fili,  
a mis placeres  
no les quieres  
agregar

Que unas veces en mi vaso  
y en tus labios otras beba,  
ya del rancio de Peralta,  
ya la dulce miel hiblea?

Porque apenas  
en el año  
el rebaño  
guardo yo,  
y vaciando  
aquí a la lumbre  
una azumbre  
del Chinchón;

De las nieves  
a la llama,  
o en la cama  
cuido huir;  
me aborrecen  
dañadores  
los pastores  
del redil,

Y no quieren que en mi vaso,  
o en tus labios, Fili, beba  
ya del rancio de Peralta,  
ya la dulce miel hiblea.

Ni me pueden  
las hermosas  
envidiosas  
ya sufrir,

porque nunca  
tan travieso  
yo las beso  
como a ti.

Mas ¿qué importa  
si reímos  
y vivimos  
bien los dos?  
Mientras tú  
besar te dejas,  
guarde ovejas  
el pastor.

Y entre tanto que en mi vaso  
o en tus labios dulce beba,  
ya del rancio de Peralta,  
ya sabrosa miel hiblea.

Si disfruto  
de mil modos,  
digan todos  
mal de mí;  
que yo vengo  
mis agravios  
en tus labios  
de carmín.

Vaya entonces  
por cada uno  
que importuno  
me haga mal,  
otro beso,  
y de la bota  
del de Rota  
un trago más,

Y haz que siempre ya en mi vaso,  
ya en tus labios, Fili, beba  
ya del rancio de Peralta,  
ya la dulce miel hiblea.

Y la cama

has de mullirme  
que dormirme  
siento ya;  
y ya miro  
tu belleza  
y la pieza  
vueltas dar.

Cuando un tiempo  
ya en la bota  
no haya gota,  
del Chinchón,  
trataremos,  
Fili hermosa,  
si es que es cosa  
justa o no

Que unas veces en mi vaso  
y en tus labios otras beba,  
ya del rancio de Peralta,  
ya la dulce miel hiblea.

Y echa presto  
bien mullido  
del ejido  
ese vellón;  
que mis venas  
va inflamando  
fuego blando  
del amor.

Cuando pasen  
treinta abriles  
juveniles  
por tu tez,  
pensaremos  
ya sin susto  
si es que es justo  
o no lo es

Que unas veces en mi vaso  
y en tus labios otras beba,  
ya del rancio de Peralta,  
ya la dulce miel hiblea.

Abril 1829

Letrilla

Arroyito limpio

ruin y mal pensado  
que entre guijas duras  
pasas murmurando;  
y esos tus cristales  
corres a mezclarlos  
con las arenillas  
doradas del Tajo;  
si llegas a Fili  
cuando esté en mis brazos  
cesa tu murmurio  
maldiciente y bajo,  
que la niña Fili  
si acierta a escucharlo,  
cuando sin testigo  
los dos nos besamos,  
presto, medrosilla,  
temerá si acaso  
vas de sus ternezas  
hablador mofando,  
y el pudor entonces  
a mi tierno halago  
con repulsa fiera  
dejará burlado.  
Y vosotras, ninfas  
de los verdes prados,  
que sabéis sin duda  
lo que corre hablando;  
y vosotras, flores  
de colores gayos,  
que en su margen pura  
refrescáis el labio;  
por la ninfa Fili  
decidle algo al paso  
y en el blando seno  
florido acalladlo.  
Y así, mi arroyuelo,  
si entre los peñascos  
de hoy más, comedido,

te deslizas manso,  
nunca el noto fiero  
te altere bramando,  
ni ábrego en estío  
te enjague el regazo.  
Mas dulce Favonio  
y el céfiro blando  
que ricen tus alas  
con soplo anhelado.  
Y así zagalejas  
labios purpurados  
acerquen ansiosas  
a tu dorso claro;  
y a tus ondas fíen  
tesoro guardado,  
y la envidia seas  
de mozos gallardos.  
Abril, 1829.

Oda

¿Qué importa, linda Fili,  
qué importa que te digan  
si mi cariño pagas  
maliciosas amigas?  
¿Qué vale porque el ciclo  
les niegue tanta dicha  
que de mi amor y el tuyo  
ya murmuren, ya rían?  
¿No ves que son en ellas  
esas necias hablillas  
tristes recursos, Fili,  
de estériles envidias?  
Si el fuego que me abrasa  
le encendiste tú misma,  
apágalo en tus brazos  
y lo demás descuida.  
Que no cuando te viera  
cautivo el primer día,  
para encenderme el alma  
consejos les pedías.  
Si para hacerme el daño  
no curaste de amigas,  
¿por qué para enmendarle

de todo el mundo cuidas?  
Torna hacia mí piadosa  
esas brillantes niñas,  
y deja que mi premio  
le busquen tus mejillas.  
Deja que en ellas coja  
dulcísima ambrosía  
que sólo me entretiene  
para tu amor la vida.  
Y en tus ojuelos deja  
bañados en sonrisa  
que ebrio de amor y gozo  
todo el placer exprima.  
Y ardiente y juguetona  
responde a mis caricias,  
y deja, hermosa Fili,  
a todos ya que digan.  
¿No ves en los verjeles  
las aves parlerillas?  
¿no ves que en sus amores  
de otras jamás se cuidan?  
Nunca arrullada y tierna  
la blanca palomita  
triste se recatara  
de la ajena malicia.  
Cuando el osado amante  
sus besos solicita,  
las encrespadas alas  
ella también le pica.  
Y cuando al fin ardiente  
dichoso se publica,  
tal vez, Fili, es su gloria  
mirarse ya vencida.  
Y entonces en sus ojuelos  
amor más dulce brilla  
cuando el orgullo añade  
los triunfos a las dichas.  
Tú también, amor mío,  
sensible las imita,  
si tanto me idolatras  
a gloria ten ser mía;  
y mientras que en mi fuego  
tus glorias se repitan,  
goza, dichosa Fili,  
y al mundo todo olvida.



## Oda

### Del aterido invierno

se acercan ya los fríos,  
los árboles coposos  
desnudos ya los miro.

Y en la agrupada nieve  
blaquean revestidos  
de copos desatados  
donde el verdor ha sido.

En el lontano oscuro  
brillan los altos picos  
del recio Guadarrama  
todos encanecidos.

Naturaleza triste  
llora el tiempo perdido,  
y en lluvias se deshace  
y espera al blando estío.

Mas ¿a mí qué? si el orbe  
se anega, mis amigos,  
y los torrentes bajan  
del monte desprendidos.

Si en mi cerrada choza  
Fili se está conmigo,  
y aun más que Fili a veces  
cien odres de buen vino.

Y en tanto que sus galas  
y el verde primitivo  
recobra el campo alegre,  
hoy mustio y aterido;

Y en la estación de amores  
divierto yo el oído  
en canciones ligeras  
de sueltos pajarillos;

Y gozo en la floresta  
oloroso tomillo,  
y blancas azucenas  
y balsámico mirto;

O miro a las zagalas  
en juegos no aprendidos  
cual leves mariposas  
girar en torno mío;

Y en la festiva tarde  
bailar con sus queridos,  
sus miembros agitando

al son del caramillo;

O en la ribera grata  
del onduloso río  
las aguas sucederse  
sobre su cauce antiguo;

O la naciente hierba,  
apenas ya nacido,  
segar, junto a la oveja,  
el saltón cabritillo,

Los ecos fatigando  
por desiguales riscos,  
sencillos, discordantes,  
sus trémulos balidos;

Y el lanudo carnero  
y el toro embravecido  
a su pareja ardiente  
buscar de amor ardidios.

En tanto que esto gozo,  
y el tiempo en raudo giro  
torna a la tierra joven  
de Primavera el brillo;

Para pasar las noches  
del hivernoso frío,  
las híasdas pluviosas  
para escuchar tranquilo,

Ni amores de una bella  
me faltan, ni un amigo,  
ni una enraciada bota,  
ni menos falta un libro.

En vano proceloso  
cruzando en el ejido  
los vientos se combaten  
sonando agudos silbos.

Al fuego conversamos,  
juntos allí reímos  
del que ignorante busca  
los placeres mentidos.

Que para aquel se guarda  
la dicha, que, entendido,  
el tiempo como viene  
recibe así tranquilo.

De rato en rato un vaso  
en que rebosa un vino  
más dulce que aquel néctar  
del celebrado Olimpo,

Vaciado a la redonda  
en turnos repetidos

mil veces se ve lleno  
y otras tantas vacío.

El techo es un reparo  
a la inclemencia y brío  
del aquilón furioso  
que brama de continuo.

En la dudosa llama  
tenemos luz y abrigo,  
y aunque en rústica choza  
no del palacio envidio.

Del bosque separado  
al más gigante pino  
parece ya deshecho  
quejarse en mil chasquidos.

No aquí del avariento  
el oro enmohecido  
penetra ponzoñoso  
a mi feliz retiro.

Que del amor deseosos  
tan sólo y el buen vino,  
si todos son felices  
son igualmente ricos.

Y aquel que alegre danza,  
y duerme bien bebido,  
y es rico aquel tan sólo  
que quiere y es querido.

Ni menos de la corte  
el macilento vicio  
a las bellezas trujo  
sus juegos más lascivos.

Y andar aquí bien puede  
desnudo el ciego niño  
si en la ciudad viciada  
va de rubor vestido.

No sabe aquí la hermosa  
como al fiel pastorcillo  
se puede, infiel amante,  
dar trato fementido.

Que a amor le guarda sólo  
la zagala sus lirios,  
y nunca los profana  
sino el que es de ellos digno.

Ni fue jamás besada  
sino es de su querido  
la simple zagaleja  
que una vez bien le quiso.

Y aquí en la choza alegre

placeres son sencillos  
los que al trabajo siguen  
del día fenecido.

Y a veces si Corilda  
se viene con Mirtilo  
de esbeltas aldeanas  
y pastores seguidos;

En darles de aquel néctar  
grande placer sentimos,  
y en que la copa apuren  
del jugo del racimo;

Y en ver que alborozados  
riñen enardecidos  
el premio de las danzas  
que reparte Cupido.

Llueva, pues, y granice  
y tiemble estremecido  
el antes firme suelo  
que sin cuidados piso;

Del cielo el trueno airado,  
del aire los bramidos,  
alteran esos pechos  
que abrigan el delito.

Que no del daño ajeno  
me reconviene el mío,  
y en ruinas caiga el orbe,  
si quiere, desunido;

Que en tanto de las bellas,  
del saludable vino  
felice disfrutando  
y al lado de un amigo;

Me tengo por dichoso  
cuando el vellón mullido  
recibe en su blandura  
mis miembros adormidos;

Y cuando ya a la aurora  
del trabajo el aviso  
me vuelve a dar del gallo  
el canto matutino.

La flor de Cintia

No, Cintia, des a Anardo  
la linda florecilla  
que tienes en tu seno,  
mi amor, tan escondida.

No se la des; advierte  
que a Anardo si la fías  
al punto entre sus manos  
verás tu flor perdida.

Que a todas igualmente  
la pide, si son lindas,  
y luego la deshoja  
una tras otra hojita.

Dámela a mí, que el pecho  
a nada más aspira  
sino a libar su aroma,  
dejándola enterita.

Y luego que a mis labios  
la toque, bella Cintia,  
verás como la vuelvo  
intacta florecita.

Al terremoto de 1829

dominata per annos  
..... crudelis ubique  
Luctus, ubique pavor, et plurima mortis imago.  
Virg. Eneid. L. II.

Urbs antiqua ruit, multos

¿Dónde, Genio del mal, yace escondido  
tu asolador poder que al orbe aterra?  
¿Dónde procaz de mortandad henchido  
sus fuerzas torna a devastar la tierra?  
Genio que hasta la alzada Cinosura  
la tu crinada crencha de serpientes  
alzas ufano, y en el mar profundo  
el cauce huellas con la planta impura;  
que, como arista, el mundo  
del uno al otro polo sacudiendo

le vas de luto y congojado lloro  
y de pavor cubriendo,  
¿dónde la osada mano,  
¡oh! Gigante del mal! dinos, en dónde  
contra el débil humano  
con su influjo fatídico se esconde?

¿Quién al destrozo universal te incita?  
¿Quién armó con el rayo fulminante  
esa diestra fatal? ¿Será llegado  
de derruirse el orbe ya el instante?  
La ancha espalda se agita  
de la tierra entreabierta, y un acento  
en su seno retumba desgarrado,  
que semejante le propaga el viento  
al ronco estruendo que lanzó el nublado.  
El huracán ruidoso  
de la abrasada Sirte desprendido  
cuanto raudo recorre va talando,  
de las ardientes alas  
miedo y horror vertiendo proceloso  
y en derredor la muerte propagando.

La hora llegó fatal. Del hondo seno  
de la tierra indignada  
protervo el Genio en funeral gemido  
«muerte» gritó, y el eje conmovido,  
de mortandad preñada  
se abrió la tierra, y al ambiente puro  
con fuerza destructora  
muerte lanzó; y en el abismo oscuro  
la ardiente lava hierve bullidora;  
con alto estruendo horrísono estallando  
estremecido el suelo,  
hechos ardientes cascos  
contra el sereno cielo,  
montes rompiendo, despidió peñascos.

Chócase el monte con el monte alzado  
y ambos a par deshechos  
con sus altivas cimas  
de pinos coronadas y de helechos  
del agitado suelo desaparecen,  
y al mortal, que el fragor tímido escucha,  
inmenso llano en su lugar le ofrecen,  
humilde resto de la ardiente lucha.  
Aquí donde la fuente

dar al cansado viajador solía  
hospitalaria su cristal luciente,  
mortal infesta aparecida ría  
de abrasadoras lavas ponzoñosas  
las vegas, otro tiempo deliciosas,  
que ya trocadas en erial desierto  
de estériles arenas se han cubierto.

Los profundos veneros  
donde el diamante nace esplendoroso,  
y el oro puro y la luciente plata,  
hechos inmensa hoguera  
dejan ardidos su mansión primera,  
con la preciada piedra refulgente,  
que en líquidos arroyos se desata,  
y al asombrado día  
rompiendo el valladar que los tenía  
se derraman en férvido torrente.

Ya tiemblan conmovidas las ciudades,  
el huracán en su recinto zumba,  
y al suelo hundida la falaz techumbre  
sobre el tímido humano se derrumba.  
El alta torre de apiñada piedra  
que hasta la alzada nube,  
de hierro armada, a desafiarla sube,  
en el cimientto hondísimo dudosa  
a la cabaña iguálase humildosa.  
Y el ancho mar entonces,  
en sus inmensos términos estrecho,  
al horroroso impulso  
líquidos montes de encrespadas ondas  
saca del hondo lecho  
de la agitada Tétis, y en la orilla  
las deja y vuelve y con rabiosa espuma  
ardiendo en ira suma  
las provincias amaga,  
y de la endeble resistencia airado  
hombres y brutos y ciudades traga.

Así un tiempo también firme existía  
la Atlántida famosa,  
y la Libia en sus yermos arenales  
a la fecunda América se unía;  
mientras tu mole inmensa y espumosa  
no dijo con palabras eternas,  
«sepárense los juntos hemisferios,

y sea ya de hoy más al uno ignoto  
el otro opuesto mundo.»  
Y el continente anchísimo y remoto  
sumiste, mar voraz, en el profundo.

Nueva Cartago Ibera,  
teatro antiguo de sangrientas luchas,  
que en tus vencidos muros  
de Scipión tremolaste los pendones,  
ya el suelo amaga tu cercana ruina.  
¿Cuál te gritan, no escuchas  
en derredor cien pueblos derribados?  
«Nada en escombros, dicen, separados  
te servirán tus fuertes torreones.»  
Asombrado el guerrero  
desde la inerme losa,  
donde ha siglos reposa,  
hoy mal segura, entre el desorden, fiero  
de indignación alzando su semblante,  
mira el destrozo y en su asiento antiguo  
a Murcia sacudida vacilante.

Y tú de las Hespérides antiguas  
verjel siempre florido,  
coronado de eterna primavera,  
feliz recuerdo del Edén perdido;  
tú que en la rica falda  
de preciada esmeralda  
ostentas en las ramas orgullosas  
las bellas pomas de oro deliciosas  
¿será también que en el volcán hundida  
así de nuestro suelo desaparezcas  
como al nacer del mundo, ya perdida  
de los primeros padres la inocencia  
se hundió a sus ojos la mansión querida,  
cuando el Tigris y Eufrates  
en su seno sus ondas revolcaban  
y el Fisón y el Gehón, ya luengos climas  
por largo tiempo en la corriente undosa  
de su vasta riqueza engalanaban?

Gime el anciano sobre el yerto anciano,  
llora el amigo el insepulto amigo,  
y el hijo pequeñuelo,  
tendiendo al pasajero débil mano,  
pídele amparo y paternal consuelo,  
y el regazo materno, que enemigo



el volcán le robó; la casta esposa  
del adorado dueño despartida,  
en el dolor sumida  
lenta fallece cual cortada rosa.  
Como idumea palma que la cresta  
hacia el Olimpo con orgullo enhiesta,  
si el huracán furioso  
corre implacable y hiere  
el seno fresco, hermoso  
a la truncada compañera, al punto  
vase el verdor lozano marchitando  
y mustia muere la cerviz doblando.

El gallardo mancebo que anhelante  
al lecho intacto de escondidas flores  
su pudorosa amante  
virgen conduce en plácidos amores,  
donde apurar espera los placeres  
el abrasado pecho, encuentra solo  
tumba fatal con despiadado dolo.  
No ya orlado de rosas,  
que en su lugar le ciñen  
lúgubres ramos de ciprés funesto  
las sienes amorosas  
y la estancia anhelada  
trocó en sepulcro con su amor y amada.

Congojosa en las ruinas tierna madre  
el fruto de su amor entre sus brazos  
oprime con exánimes abrazos,  
y el hijuelo alimenta  
del resto infirme de su escasa vida,  
y de la sed fallece, y ya no alienta,  
y grita, y por el ámbito sonante  
retumba el eco de su voz no oída.  
Muere y el tierno infante  
en lágrimas inútiles deshecho  
sobre el cadáver gime,  
y del exhausto pecho  
la muerte sólo ponzoñosa exprime.

Tímida virgen temblorosa y pura,  
aquí dudando entre el feroz amago  
al padre anciano que miedoso sigue  
lejos conduce del fatal estrago  
por incierto camino  
a la merced vagando del destino.

Antígona piadosa el muro alzado  
de alta Tebas huyendo,  
así también un día  
al padre mutilado  
la horrorizada patria discurriendo  
de la sangrienta mano conducía.  
Así también Eneas, de las llamas  
a la futura Roma libertando,  
en la frigia ribera,  
el padre encanecido  
espaldudo a las naves condujera.

Tierra, tierra fatal a tu habitante,  
que en tu hondísimo seno  
al malo injusta igualas con el bueno,  
¿por qué cuando tirano  
el fiero domador del ancho mundo  
a dominar tus términos trajera  
sus huestes vencedoras, y doloso  
de afrentosa opresión y servidumbre  
el grito horrible diera,  
por qué entonces terrible de tus montes,  
oh tierra, no moviste  
la peñascosa cumbre,  
y al agresor hundiste  
bajo su derrocada pesadumbre?  
Y cuando el Guadalete,  
testigo a tanto mal, entre sus olas  
con asombrados ojos  
vio chocarse con árabes despojos  
lanzas, cotas, adargas españolas,  
para salvar la patria del oprobio  
¿por qué tu ardiente saña  
al vencedor no hundía,  
y al muelle godo que en la triste España  
el patrio hogar al árabe cedía?

Mas ¿cuál a mis oídos llega en tanto  
dulcísimo un acento?  
Enjague el triste labrador su llanto,  
que en la tormenta fiera  
de alma beneficencia el eco suave  
se esparció por el viento,  
y al noble esfuerzo de virtud sublime  
alzarse ve su habitación primera.  
Cese, humanos, un punto  
el triste sollozar de aquel que gime.

De el Turia caudaloso  
a la nevada cumbre del Pirene,  
y al contrapuesto astur sonó la fama  
el eco del lamento congojoso.  
En noble compasión hierven los pechos  
y acorren con ardor vuestros hermanos  
a levantar vuestros caídos techos.  
Dame, Anfriso, tu lira entretejida  
de rosas mil, que en célicas guirnaldas  
gracias y amores plácidas orlaron,  
cuando a tu voz del Betis aplaudida,  
virtud sus cuerdas de oro resonaron,  
alma beneficencia repitiendo,  
cuando el saber bebiendo  
en la florida margen del Uliso  
cantara Apolo y escribiera Anfriso.

Tu blanda voz en torno resonaba:  
«hombres, hermanos sois; vivid hermanos»  
y no ya de dolor amargo lloro  
el oprimido humano derramaba:  
lágrimas dulces en ferviente coro  
de amor y compasión sólo vertía  
y a tus sonoros cantos aplaudía.  
«Y soy felice, clama enternecido,  
si ya enjugar el llanto  
me es dado de mi hermano en el quebranto  
y en soledad amarga descaído.»

La tímida hermosura generosa  
si no inmensa riqueza,  
al entusiasmo de virtud gloriosa  
el fruto da de fraternal terneza,  
y su canto le ofrece,  
y cuanto más piadosa  
muy más bella aparece,  
y la blanda armonía  
al infeliz aduerme que gemía.

El hombre al claro ejemplo  
sus virtudes imita  
y de la alzada gloria al alto templo  
ya trasportado grita,  
«mientras el hombre aliente  
no su mísero hermano se lamenta.»  
¿Dónde el que dijo impío

«no hay ya virtud» se esconde?  
Los ojos tienda a la inmortal España,  
ruja el monstruo implacable,  
y «aun hay virtud» a su pesar gritando,  
a la voz del Eterno  
con su funesto bando  
tórnese a hundir en el profundo Averno.

Mas ¿qué? ¿de nuevo el destructor incendio  
torna a prenderse? En balde humilde lloro,  
y súplicas y ruegos y lamentos  
exhala en sus tristísimos acentos  
el humano infeliz; desapiadado  
torna a mover el Genio  
el muro quebrantado  
y torna a derribar, y fuego y muerte  
de las entrañas del volcán lanzando,  
¡piedad! en balde resonara en torno,  
que su poder infando  
pueblos enteros en la tierra esconde;  
¡piedad! escucha, y sangre,  
y horror, y muerte y destrucción responde.

La confusión se aumenta y el ruido;  
abrasadores rayos  
entre el fragor de horrísono estallido,  
y encendidas hogueras  
el monte lanza, y truenas, y nunca acaba  
de dar al viento la encendida lava;  
vanse del ancho cráter derramando  
largos arroyos del hirviente fuego,  
eterna destrucción infanda luego  
en su calor mortífero llevando.  
No ya tu santo fuego, sacra musa,  
inspirado demando.  
Genio inmortal de Plinio malogrado,  
tú que a rasgar el velo misterioso  
de la naturaleza fuiste osado,  
ven, y el modo revela portentoso  
cómo el orbe movido hasta el cimiento  
vacila en su dudoso fundamento.  
Ven, mártir de la gloria,  
y tu arrojo publica denodado,  
y tu claro renombre  
eternal en los fastos de la Historia  
a la posteridad laureado asombre.

¿Por qué braman los vientos encerrados?  
¿El fondo se halla del abismo inmenso?  
¿Qué encendida materia reproduce  
el humo opaco y denso?  
¿Quién la mecha conduce  
y a los senos la acerca resguardados?  
¿Cuál fue la mano que movió primera  
la ingente masa, y sanguinaria y fiera  
el cráter entreabrió, que al golpe insano  
la muerte vomitó? ¿Por qué se extiende  
del ocaso a la aurora  
la mano asoladora?  
¿Y quién el genio ha sido  
que el orbe desquiciando  
en el mal complacido  
le fue de lloro y de terror llenando?

¿Qué voz empero del preñado vientre  
del volcán abrasado  
rauda se esparce por el ancho viento,  
y cual trueno sonante  
que lejos se oye en la región distante  
sube a herir el alzado firmamento?

Y «ciegos, grita, conoced mortales  
»la mano del Señor que en las alturas  
»del empinado monte  
»hoy su trono asentó; de gloria lleno  
»desniveló en su saña el horizonte.  
»Esos horrendos males,  
»a vuestra débil comprensión arcanos  
»males no son humanos.  
»El que impulsa los orbes refulgentes  
»en curso igual por el espacio inmenso,  
»y en él los equilibra, los ardientes  
»volcanes encendiera  
»y a trechos en el orbe los pusiera.»

Sí, inmenso Dios; tu brazo poderoso  
en el trastorno universal se ostenta.  
De santo amor tu inmenso poderío  
y de temor sagrado tu alta ira  
llenar el pecho mío,  
y el ignorado canto respetoso  
suena en tu honor la desusada lira.  
La mente sublimada  
a los pasados siglos se traslada,

y tu poder conoce prodigioso.  
Tú que alteras el mundo,  
el mismo, Señor, fuiste  
que en el Gólgota alzado,  
para borrar al hombre su pecado  
en rudo leño redentor moriste.  
Y la tierra tembló, y el claro cielo  
de oscuridad cubrió sus luces bellas;  
rasgó el templo su velo;  
los muertos sus sepulcros agitaron,  
y de las yertas losas quebrantadas  
pálida frente pavorida alzaron;  
y retrembló el abismo.  
Tú fuiste entonces el mismo,  
cuando a la faz del suelo y las estrellas,  
hombre, débil morías,  
y Dios, el universo estremecías.

Tú que en Siná de majestad velado  
al hombre hablaste en la encendida zarza.  
¿Quién a mi canto diera  
que a tu sublime alteza remontado  
el olvido venciera?  
Como atrevida garza  
que ufana hendiendo la encumbrada nube  
a contemplar el sol ardiente y vivo,  
en raudo vuelo por el éter sube;  
tu grandeza cantara y alto nombre,  
y el brazo poderoso,  
cuando el crimen triunfando  
tus iras provocaba contra el hombre,  
y maldición eterna pronunciando,  
de tu obra primera pesaroso,  
mares, Señor, lloviste,  
y al mundo en ellos vengador sumiste.

Al escogido pueblo en servidumbre  
a tu clemencia plugo  
romper airado el ominoso yugo  
y a Israel libertar; de la alta cumbre  
de la fatal pirámide ensalzada,  
nuncio de llanto y mortandad maligna  
sobre el Nilo extendió su mano armada  
el ángel de tu Gloria,  
y al débil concediste la victoria.  
Los fuertes sucumbieron,  
y del fértil Egipto

los hijos primogénitos cayeron.

Y tu las aguas con robusta mano  
en apartados montes sostuviste  
e Israel las cruzó; y entonces ufano  
también quiso a pie enjuto  
cruzarlas el impío.  
Tu mano sustrajiste,  
y las aguas sobre él se desplomaron,  
y con su enorme peso lo abrumaron.

Tú paz al enemigo le enviaste  
y despreciola ciego y maldecido,  
y al ronco son del cántaro rompido,  
a la tierra en tu ira  
de Jericó los muros igualaste.  
Alzó la frente impura  
de nuevo el crimen y el puñal sangriento  
poniéndole en la mano  
«hiere, al hombre gritó, hiere a tu hermano.»  
Y al torpe Sodomita licencioso  
lanzaste fuego ardiente,  
y con la infiel Gomorra eternamente  
a llamas a Sodoma redujiste  
y en pavesas al aire la esparciste.

Piedad, Señor, piedad. ¿Será que acaso  
los orbes fabricaras,  
y en el espacio inmenso los volcaras  
para destruirlos luego? Hasta el ocaso  
desde el remoto oriente  
tu infinito poder el hombre siente.  
Y volver a la nada  
puedes, Señor, el universo entero  
con sólo imaginarlo si te agrada.

Tú cuando tronador el Mongibelo  
hasta el alzado cielo  
escupe de Sicilia los peñascos,  
y el hervidor Vesubio arroja en torno  
del encendido horno  
masas informes en ardidos cascos,  
y Trinacria y Parténope movidas,  
entre espesa ceniza oscurecidas,  
ven abierto el abismo,  
con tu dedo tú mismo  
al destructor volcán el fuego prendes

y sus fraguas hondísonas enciendes.  
Y entonces tu poder la ingente masa  
de la tierra abarcando,  
oigo crujir el eje rechinando.  
La alta torre sacude y la cimbreo  
tu diestra omnipotente,  
y la ciudad antigua titubea.

Así un tiempo ostentaron su belleza  
de los pueblos vivientes ya borrados  
Herculano y Pompeya, y su firmeza  
cediendo a los furoros  
del inquieto volcán, sus moradores  
tristes fueron con ellos sepultados.  
Así también cayó del fiero luso  
emprendedor y activo  
la famosa ciudad, cuyo cimiento  
el itacense navegante puso.  
Y así ¡oh dolor! también acaso un día,  
ciudades opulentas  
cuyo orgullo a los siglos desafía;  
Cádiz que el pie ostentosa  
sobre la inquieta espalda zozobrosa  
del mar inmenso de olas turbulentas,  
como tu antecesora, firme asientas;  
y tú, antigua Granada,  
que sobre fuego movedor la frente  
levantas a la célica morada;  
tú que en la Alhambra al arrogante moro  
entre púrpura y seda y perlas y oro,  
viste ostentar la pompa del Oriente:  
también caeréis acaso al golpe crudo,  
y entonces al pasajero  
en silencio de ruinas elocuente  
moviendo a derramar copioso llanto  
seréis objeto funeral de espanto.

No empero el triste punto fue llegado:  
cesa, inquieto volcán, la ardiente guerra  
que a la llorosa tierra  
nuncio fatal de llanto y desconsuelo  
del seno ardido entre fragor le envías,  
que aun más felices días  
tornarán a lucir al quieto suelo.  
¿O será, Jehová, que por ventura  
en tu funesta saña  
sabio decretas en la mente pura



borrar del orbe la afligida España?

Piedad, Señor. ¿Acaso no bastaron  
tantos siglos de pena todavía  
de llanto y destrucción y de tormentas  
que la espelunca impía  
lanzó contra mi patria? ¿No apuraron  
los iberos la copa envenenada,  
que más borrasca a la borrasca aumentas?  
En su sangre vertida  
y en sangre de sus hijos empapada  
¿lavar sus hondas culpas no pudieron  
las abundosas fuentes  
del amargo penar inagotables  
que tantos siglos por su mal corrieron?

No más tu saña a su doliente ruego  
sorda, en fragor contino  
brote la destrucción; en sus horrores  
que la tierra aquietada cese luego;  
rico y ópimo fruto  
torne a dar de su seno fatigado,  
y cese el llanto y desaparezca el luto.  
El iris vuelva a rutilar gayado  
de mil colores y a su brillo augusto  
cuando el eco de paz al orbe suena  
muera en su germen mismo  
el roedor gusano de la pena.  
A su lugar bajando  
vuelvan los mares a su cauce a unirse,  
y a la abrasada arena  
furioso rebramando  
torne funesto el huracán a hundirse.

Obediente al esfuerzo de tu brazo  
al lloroso mortal naturaleza  
leda sonría en maternal regazo;  
y los caudales ríos ondulosos  
que al lejos se lanzaron  
y las fértiles vegas inundaron,  
mansos conduzcan a remotos mares  
su quieta espuma en nuestros quietos lares.

Y en tanto que el humano himnos entona  
a ti, Señor, y tu poder ensalza,  
y ya pasada la fatal tormenta  
ledo sus techos derrüidos alza;

enjugando a los míseros el lloro,  
sobre el yermo volcán tus altos hechos  
pasando en la memoria,  
pueda yo en lira de oro  
sonar tu excelsa gloria,  
y de blanda ternura  
con entusiasmo noble embebecida  
el alma en la virtud hermosa, y pura,  
de inmensa admiración, y de suave  
ardiente gratitud, en dulce canto  
trueque feliz el congojoso llanto.

### Epigramas

Llamas, Fabio, a tu papel  
con petulancia sagrado,  
por eso se alberga en él,  
Fabio mío, tanto malo.

Si has de poner por justicia  
a cuantos te llaman necio,  
no nos pongas uno a uno,  
pon, Fabio, al público entero.

### Soneto

Al concierto dado por las bellas de Mantua en la platería de Martínez para socorro de los  
desgraciados del terremoto

Llegó en sordo lamento al Manzanares  
El grito de los pueblos que cayeron,  
Y piadosas sus bellas le ofrecieron  
El fruto de sus célicos cantares.  
Llevolo el eco hasta los hondos mares  
Y su llanto los tristes suspendieron,  
Y a sus acentos asombrados vieron  
De nuevo alzarse sus antiguos lares.  
Como en Grecia dulcísimo y sonoro  
Hiriendo el aire el poderoso canto  
Blando pulsaba Anfión la lira de oro;  
Y en techos y columnas se ordenaban  
Las piedras, atraídas del encanto,

Y la discorde Tebas levantaban.

Anacreónica

El beso

¿Por qué, si te hizo bella,  
más pura que la aurora,  
el ciego Dios de Gnido,  
más que su madre hermosa,  
Por qué de enojo y rabia  
tu frente se colora  
cuando al descuido un beso  
mi labio al tuyo roba?

Si late henchido el pecho  
del fuego que atesora,  
si tus bullentes pomas  
al juego me provocan,  
¿Querrás que nunca necio  
la timidez deponga,  
y el corazón sofoque  
la llama en que rebosa?

Si quieres que respete  
tu boca encantadora,  
deja, Célida, luego,  
deja de ser hermosa,

¿No ves cómo atrevida  
la hiedra vigorosa  
al olmo se entrelaza  
con osadía loca?

En vano de su triunfo  
el noto la despoja,  
en vano la rechaza  
el ábrego que sopla.

¿No ves cómo animada  
esfuerzos mil redobla  
y sube sin respetos  
hasta abrazar la copa?

El laso caminante  
perdido que se embosca,  
que con la sed ardiente

el crudo can agobia,

Si siente allí cercana  
la fuente bullidora,  
¿ves al raudal sonante  
cual sin temor se arroja?

Por más que la corriente  
oiga murmuradora,  
el labio seco aplica  
sobre las puras ondas.

¿O ya a la abeja nunca  
cabe a la esbelta rosa  
de su capullo abierto  
ves respetar las hojas?

No más tu rostro airada  
con gravedad compongas,  
por más que en tus mejillas  
mi ardiente labio ponga.

Ni deja más señales,  
cruel, mi ardiente boca,  
cuando atrevidos labios  
a tus carmines tocan,

Que por el éter puro  
el ave voladora,  
o el plomo despedido  
que por su mal le corta,

Que deja impresa huella  
en las fugaces olas,  
frágil barquilla osada  
que por los mares boga,

Ni es fácil que Lisardo,  
que tus caricias goza,  
de extraño labio aleve  
la huella reconozca.

Que el beso fugitivo  
en la ocasión dichosa,  
tan luego cual se imprime,  
tan luego ya se borra.

Mas si el rigor insano  
de tu venganza loca,  
ni ya mis besos quiere,  
ni el dártelos perdona,

Devuélveme, Celida,  
el que te di yo ahora,  
y en paz quedemos luego  
y a tu amistad me torna.

Julio 1829

## Romance

Al Excmo. Señor duque de Frías pidiéndole sea padrino de su boda

Deja la templada lira  
por más que sus ecos dulces  
el sagrado coro Aonio  
con célico asombro escuche;  
Tú en quien la Fortuna amiga  
con admiración reúne  
los laureles de Helicon  
de la cuna al claro lustre;  
Deja que mi tosca musa  
el fúnebre llanto enjague,  
que cabe el perdido amigo  
por tus mejillas discurre;  
Que si ya la yerta losa  
sus tristes despojos cubre,  
basta que sobre ellos tierno  
una lágrima tributes.  
Ya la antorcha de Himeneo  
que amor a encender acude  
al blando pecho de Silvia  
alegre, a mis ojos luce.  
Ya las rosas pasajeras  
del tálamo se descubren,  
que la espina punzadora  
entre las hojas encubren;  
Que ¡ay triste! el ardor del pecho  
y el volcán que le consume,  
marchitando su frescura  
ni las dejara que duren.  
Así a mirar el capullo  
rasga el sol la espesa nube,  
y hasta el cáliz por gozarle  
sus vivos rayos conduce.  
Ni ve que su mismo fuego  
presto su beldad destruye,  
y que donde el goce empieza  
el placer allí sucumbe.  
Ya me brinda de Himeneo  
sonriendo alegre el numen  
del placer la ardiente copa  
para que ansioso la apure.  
Ya el amor que hacer eterno

jura el lazo que nos junte  
la joven palma de Silvia  
a su templo restituye.

Y ya sobre el ara antigua  
quiere el cielo que nos une,  
que amante y esposo a un tiempo  
constancia eterna la jure.

Mas no la vid amorosa  
al cielo enlazada sube  
sin que del olmo robusto  
la alta firmeza la ayude.

Ni jamás el nido pone  
con la compañera dulce  
el amante pajarillo  
sin que antes el bosque cruce.

Y de la pomposa encina  
la sombra amiga procure,  
y amparado se cobije  
bajo la hojosa techumbre.

No es mucho que antes que el cielo  
nuestros destinos anude,  
porque a mi enlace presidas,  
a tu amistad me refugie.

Tú me deja cuando Silvia  
ruborosa el sí pronuncie  
y haga mis dichas eternas  
en el lazo indisoluble,

Que oiga a tu sombra seguro  
cuanto la Fama divulgue  
y de sus ruidosos ecos  
contigo a la par me burle.

¿Qué a mí sus débiles voces,  
por más que a mi oreja zumben,  
como a tu amparo me acoja  
y Padrino te salude?

Que así dos tiernas palomas  
que ven bajar de la cumbre  
turbas de gárrulas aves  
que devorarlas presumen;

Si en sus pechos inflamada  
del amor la ardiente lumbre,  
su blando y sabroso yugo  
de Cipria al carro las unce,

Al hueco tronco seguras  
de sus robadores huyen,  
el vano rumor escuchan  
que no miedo las infunde.

A la margen del arroyo  
que entre guijuelas discurre  
así el céfiro gozoso  
besa las flores voluble,

Y como, abierta la rosa,  
su suave aliento disfrute,  
deja en impotente esfuerzo  
al arroyo que murmure.

Cuando ya pródigo el cielo  
nuestros votos asegure,  
a ti, infanzón, su fe pura  
el garantizarle cumple.

Y aquel ¡ay! que antes liviano  
sus juramentos excuse,  
las tormentas de Himeneo  
sobre su cabeza anuble.

Así si yo en la borrasca  
miro matizar las nubes  
un iris en ti gayado  
que la tempestad conjure.

Vuelva al tálamo Himeneo  
no bien mis bodas alumbre  
la hermosa que de tu lado  
larga distancia desune;

Y un infanzón generoso  
a par de la bella núbil  
conceda a tu amor paterno  
que herede tu nombre ilustre:

Que cuando algún extranjero  
al león de España insulte,  
así a vengar sus baldones  
el invicto acero empuñe,

Como en la paz duradera  
cuando las ciencias escude,  
de sus mayores ostente  
fiel las ínclitas virtudes.

Ni para ti la Fortuna  
su curso próspero mude,  
ni jamás el infortunio  
con sus cadenas te abrume;

Y ni el artesón dorado  
el sacro coro rehúse  
cuando con divinos sonos  
la lira inspirada pulses;

Si en la deseada aurora  
con tierno afán, noble Duque,  
al placer de ser esposos

el de ser tus hijos unes.  
Agosto 1829

Al Exmo. Sr. D. Manuel Varela

1.º DE ENERO DE 1830

Implore tu ardiente lumbre  
el Genio, Musa, en buen hora,  
que al son del bronce tronante  
alza el grito de victoria.

El que es a cantar osado  
entre los rayos de Arcola,  
de Austerlitz entre los truenos  
al vencedor de la Europa.

Y en dulce emoción ardiendo  
de gratitud la alma ansiosa,  
mi blanda lira en suaves  
acentos el viento rompa.

Si falta el estro radiante  
que al Genio sublime endiosa,  
para enardecer mi pecho  
fuego a la virtud le sobra.

O tú, Varela, que enjugas  
del triste la faz llorosa,  
tú que el raudal atajaste  
a la pública congoja,

Acepta en humildes tonos  
mi dulce ofrenda obsequiosa,  
que mi corazón sincero  
de agradecido blasona.

Si canté bajo tu amparo  
la alta ruina asoladora,  
y sobre el triste colono  
la torre que se desploma:

Sobre el montón de ruinas  
para el bien más poderosa  
tu mano que la del genio  
maléfico asoladora,

Del alto templo que airado  
el ronco huracán destroza  
lanzas de nuevo a las nubes  
la cúpula esplendorosa.

Y cuando la erguida cresta  
de nuevo enhiesta orgullosa,



tu alto nombre murmurando  
al Olimpo se alza y toca.

Blandas márgenes del Miño  
que visteis brillar la aurora,  
que a las ninfas de Hipocrene  
será de eternal memoria,

Las que en su cuna ceñisteis  
las guirnaldas olorosas  
del nuevo blasón de España  
a la frente brilladora;

La verdad, las simples gracias  
de vuestras gayas pastoras,  
sus dulcísimos acentos  
prestad a mi voz sonora.

Suele así brillar más pura  
en verjel fragante rosa  
cuando de aurora apacible  
sus suaves matices toma.

Que cuando el can ardoroso  
con vivos rayos la dora  
también con mentido halago  
la marchita y la deshoja.

Sin ti, Varela, las musas  
de la Hesperia congojosas  
vieran hollar la ignorancia  
los laureles de Rioja,

Y fugitivas de un suelo  
que la ignorancia baldona  
juguete al rencor contrario  
aun gimieran silenciosas.

Mas ¿qué sirve -el rubio Apolo  
gritó entonces- que recojan  
con osada frente lauros  
tantas liras españolas,

Si su canto no escuchado  
en el silencio se ahoga  
cual suele del bronce herido  
morir vibración sonora?

Que nunca Marón pudiera  
cantar la empresa piadosa  
si para templar su lira  
no le diera Augustos Roma.

Y sin Mecenas Horacio  
para el ardor de la oda,  
¿cómo a Píndaro robara  
la inspiración creadora?

Que mal del sol sin los rayos

en los doseles de Flora  
el matizado capullo  
sabe desplegar su pompa.

Otro Mecenas ostente  
nueva Mantua vencedora,  
digno de sus blandos cisnes,  
digno de la antigua Ausonia.

Y la lira que sublime  
habló en Guzmán vigorosa  
con nuevas glorias mayores  
las glorias pasadas borra.

¿Será, Musas, que en mi pecho  
vuestro ardiente fuego corra  
y que a los futuros siglos  
llegue mi voz victoriosa?

Cuando el amparo me disteis  
que guardáis para vosotras,  
¿fue para dejar oscura  
mi lira vilmente rota?

No, que si al Prelado ilustre  
mi acento eleváis ahora  
que supo al excelso trono  
alzar la voz generosa

Para entregar a la Fama  
en las hojas de la Historia  
las ambicionadas palmas  
que Inarco en el Pindo logra,

Y hollando del fanatismo  
la cabeza tenebrosa,  
con señales indelebles  
grabar su eterna derrota,

También cuando ardí por Silvia  
en dulce hoguera amorosa,  
un infanzón, de Himeneo  
ardió para mi la antorcha,

Que hijo digno de las Musas  
honró la desierta losa,  
orilla al Herault, del padre  
de la alma lira española

Y por él rindió la España  
justo homenaje a su gloria;  
por él asombró a las gentes  
que sus cenizas le roban.

Recibid, genios sublimes,  
las eternas coronas,  
que a vuestras frentes destinan  
sus agradecidas sombras.

Cuando en los futuros siglos  
Meléndez, Inarco se oigan,  
con ellos, Varela, Frías,  
partiréis también sus glorias.

Y será, sabio Prelado,  
que siempre ya mi voz ronca  
con tristes sollozos tierna  
fatigue las duras rocas.

Si a tantos hacen felices  
por tu mano bienhechora  
tantos soles, para un triste  
¿nunca lucirá una aurora?

Sé puerto amigable mío  
cuando la mar borrascosa  
amaga ya mi barquilla  
débil tragar en las hondas.

Si, a las dulces resonancias  
tú de mi lira humildosa  
acogida blanda diste  
a mi combatida prora;

Como el faro luminoso  
que en la distancia remota  
astro de vida aparece  
al que en las tinieblas boga

No más con furor sañudo  
cebe la desgracia loca  
en mi pecho palpitante  
su garra devoradora.

¿Qué? Cuando a mi patria entera  
un astro su luz hermosa  
por sus términos distantes  
difunde consoladora;

Cuando al asomar Cristina  
huyen las espesas sombras  
de la noche, y a la España  
días de ventura tornan;

¿Será que anegada en llanto  
que los tristes ojos brotan  
mi alma en el público gozo  
gima triste y gima sola?

No, Varela, que tu pecho  
el santo fuego atesora,  
para bien del desgraciado,  
de la virtud bienhechora.

Cuando la fama propicia  
lleve desde el Tajo al Volga,  
las preces que por ti al cielo

envíe el alma gozosa;  
Con letras de vivo fuego  
en mi pecho, a tu memoria,  
grabará tu nombre ilustre  
la gratitud ardorosa.

A una hermosa que dio en hacer buenos versos

¿No te bastan los rayos de tus ojos,  
de tu mejilla la purpúrea rosa,  
la planta breve, la cintura airosa,  
ni el suave encanto de tus labios rojos?  
¿Ni el seno que a Ciprina diera enojos,  
ni esa tu esquiva condición de esposa,  
que también nuestras armas, Nise hermosa,  
coges para rendir nuevos despojos?  
¿A celebrar de tantos amadores  
ingrata el fin \*\*\* te previenes  
que a manos morirán de tus rigores?  
Ya que en tus redes nuestras almas tienes,  
la lira déjanos, ya que no amores,  
para cantar al menos tus desdenes.

Octava

Con motivo de hallarse en cinta nuestra muy amada Reina doña María Cristina de Borbón

Bastante tiempo, oh Rey, la refulgente  
Antorcha de Himeneo ardiste en vano,  
Y un sucesor al Trono inútilmente  
Esperó de tres Reinas el Hispano.  
Sí: salud a Cristina que esplendente  
Vino a partir tu solio soberano;  
Que ella es, Fernando, la que al Trono Ibero  
Dos veces le asegura un heredero.

Al día 1.º de mayo

¿Tornas, infausto día,  
trayéndole a mi mente

fortunas olvidadas  
de tiempos más alegres?  
¿Acaso deslumbrarme  
ora también pretendes  
con esperanzas locas  
perdidas tantas veces?  
Hoy fue que de ilusiones  
un tiempo yo juguete  
pensé que ya tocaba  
mil anhelados bienes.  
Mas tú corriste luego,  
y aquella ingrata aleve,  
cruda, en tan largas penas  
trocó dichas tan breves.  
¿Acaso a recordarme,  
risueño, me amaneces,  
que en pos de nuevas burlas  
luego a sus plantas vuele?  
Ora tal vez brillando  
cual rosa entre claveles  
a mil adoradores  
la faz graciosa vuelve.  
Dila que entre esa turba,  
que hoy a sus pies advierte,  
quien como yo la adore  
no es fácil que lo encuentre;  
que si otros más la dicen  
ninguno tanto siente  
como éste que callando  
ni verla ya pretende;  
como el que por tributo,  
único reverente,  
a sus divinas plantas  
sus lágrimas le ofrece.  
No pases sin decirle  
esto a mi bien, no piense  
que el más rendido amante  
nunca olvidarla puede,  
por más que en honra mía  
el circo aquí resuene.  
¿Qué a mí, que aplaudan todos  
como ella me desprecie?  
¿Qué valen pata un pecho,  
que eterno amor somete,  
qué valen, conseguidos,  
los lauros florecientes?  
Al que le abrasa el fuego

que el ciego dios enciende,  
los lauros envidiados  
son galardón estéril,  
si su gentil belleza  
el mísero no tiene  
a quien ornar con ellos  
la majestuosa frente.  
Yo, más que no el ruido  
de palmas mil batientes,  
preciara el de sus besos,  
emblemas del deleite.  
¿Y esa mentida gloria,  
cuál rico don me ofrece,  
si a enardecer no basta  
un corazón de nieve?  
Cuando mi humilde numen  
honra el estruendo alegre,  
yo solo de mi hermosa,  
yo lloro los desdenes.  
¡Oh! callen los aplausos  
mientras su amor me niegue,  
que amante despreciado  
de ella, no los merece.  
Dila que ya estos lauros  
arranque de mis sienes;  
yo todos se los trueco  
por solo un beso ardiente;  
que me corone un día  
de amor y de placeres;  
y coja quien los quiera  
los fútiles laureles.

FIN DE LA OBRA

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



**editorial del cardo**

